

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

COLEGIO DE HISTORIA

“La influencia del arte tarasco en el estilo de Tenochtitlan,
según las apreciaciones de Miguel Covarrubias”

Tesis que para obtener el título de:

Licenciada en Historia

Presenta:

María Xóchitl Galindo Villavicencio

Directora de la tesis:

Dra. Dúrdica Ségota Tomac

México D.F.

agosto de 2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres

Agradecimientos.

A mis padres, que confiaron en mí y me apoyaron.

A Rubén, que desde una goleta anclada mas allá de ninguna parte, cada mañana me recordó lo mucho que significa perseguir los sueños. Porque nunca pensé que pudieras existir y existes.

A Dúrdica Ségota, por guiarme, animarme y alentar mis ideas. A mis sinodales, José Rubén Romero, Emilie Carreón, Juan Manuel Romero y Lynneth Lowe por su disposición a comentar conmigo este trabajo.

A Les, Pau, Mon y Marce, que fueron inspiración y apoyo en las dificultades.

Índice.

	Página
Introducción	5
Capítulo 1: Los uacúsecha dentro del contexto de los pueblos tarascos.	
1. Los pueblos tarascos y las etapas de su desarrollo	10
Los uacúsecha	16
2. El brumoso origen de los pueblos tarascos	18
3. El desarrollo del concepto de 'lo tarasco'	31
4. La controversia del gentilicio y del idioma	38
Capítulo 2: Tarascos y mexicas, las posibilidades históricas de un encuentro en Michoacán.	
1. La migración mexicana	47
2. Los mexicas en Michoacán, la información en las fuentes del Altiplano Central	51
Fuentes basadas en la Crónica X	51
El Códice Telleriano - Remensis, 1555 y el Códice Vaticano A, 1562	52
Fray Juan de Tovar, Historia y creencias de los indios de México, 1578	62
Fray Diego Durán, Historia de las Indias de Nueva España e Islas de tierra firme, 1581	64
Fernando Alvarado Tezozómoc, Crónica Mexicayotl, 1609	67
Fray Bernardino de Sahagún, Historia general de las cosas de Nueva España, 1577	70
Domingo Chimalpain, Tercera relación de las diferentes historias originales, 1607 - 1637	74
3. Los mexicas en Michoacán, la información en las fuentes michoacanas	77
3.1 Fray Jerónimo de Alcalá, la Relación de Michoacán, 1539 - 1540	77
3.2 Fray Alonso de Larrea, Crónica de la orden de N. Seráfico P. S. Francisco, provincia de S. Pedro y S. Pablo de Mechoacan en la Nueva España, 1639	80
3.3 Fray Antonio Tello, Crónica miscelánea de la Santa Provincia de Jalisco, 1653	83
3.4 Fray Isidro Félix de Espinosa, Crónica de la provincia de San Pedro y San	

Pablo, 1752	88
4. Recapitulación	92
Capítulo 3: Las apreciaciones de Miguel Covarrubias con respecto al arte mexicana y tarasco.	
1. Miguel Covarrubias	97
Covarrubias: las afirmaciones sobre la influencia tarasca en el estilo mexicana	103
2. Corpus tarasco	111
La escultura en piedra en Michoacán, los Chacmool y el coyote tarasco	111
La cerámica tarasca	116
3. Corpus mexicana	119
3.1 La escultura en piedra de Tenochtitlan, el Chacmool, el coyote y la serpiente	119
3.2 La cerámica mexicana	123
4. Imágenes	126
4.1 Escultura y cerámica tarasca	126
4.2 Escultura y cerámica mexicana	134
5. Recapitulación	140
Conclusiones	146
Bibliografía	153

Introducción.

Hace 50 años, en 1957, se publica póstumamente el libro de Miguel Covarrubias *Indian Art of Mexico and Central America*. En esta obra, el segundo tomo de una trilogía inconclusa, su autor presenta numerosas apreciaciones acerca del arte precolombino. Entre éstas, llamaron mi atención aquéllas hechas con respecto a los orígenes del estilo mexica. Miguel Covarrubias señaló a la escultura tarasca de Michoacán como una de las tres influencias básicas que habían dado forma al arte de Tenochtitlan, por otra parte, habló del estilo de Tenayuca y del llamado Mixteca-Puebla como las otras dos tradiciones de las cuales bebió el estilo mexica. Con esta investigación, busqué contextualizar de la manera más completa posible, las apreciaciones estéticas que Covarrubias señaló al respecto, principalmente, del caso tarasco. Me ceñí a lo tarasco porque me pareció que encontrar ecos de este estilo en el mexica 'primitivo', era la más enigmática de sus apreciaciones.

Posteriormente, me di cuenta de que Covarrubias no aventuraba nada al respecto de las posibles vías de apropiación de tales influencias o del momento histórico en el que éstas podían haber tenido lugar. Basado en su habilidad de observador y comparador, nos sugirió una apreciación, dejando, en mi opinión, el camino abierto para que subsecuentes estudios afirmaran o desmintieran sus observaciones. La intención de esta investigación fue justamente buscar las posibilidades históricas de sus apreciaciones plásticas. Partí de la idea de que las observaciones de Covarrubias podían ser ciertas en el sentido estrictamente visual, pero con la premisa de que debían explicarse desde un punto de vista histórico: las coincidencias entre los estilos y los paralelismos culturales siempre pueden existir y sólo el análisis histórico puede determinar si son fruto de influencias o de contactos realmente ocurridos.

La investigación que expongo ahora, es el resultado del análisis de los relatos históricos de algunas fuentes del siglo XVI, XVII y XVIII; de los datos históricos aportados por los hallazgos de la arqueología, de interpretaciones recientes de la historia tarasca y mexicana, además de mis propias apreciaciones sobre algunos ejemplos escultóricos y cerámicos mexicanos y tarascos.

Cuando comencé esta investigación, me di a la tarea en primer lugar, de buscar en las fuentes referentes a la migración mexicana, algunos de los datos que recordaba con respecto a Michoacán. Y es que el episodio de los mexicanos robando la ropa de sus congéneres en el lago de Pátzcuaro es uno de los datos de la clase de 'Cultura Náhuatl' que sin duda, se retienen en la memoria. Supuse que era un buen comienzo ver que tenía por delante el trabajo de elegir las fuentes que hablaran del suceso, descartar aquellas que no lo incluyeran y sobre todo, averiguar si era posible que Miguel Covarrubias hubiera encontrado en ellas el germen histórico de lo que afirmaba. Tras esto, me dediqué a buscar y a observar una serie de piezas artísticas de ambas culturas para poder relacionarlas y hallar por mí misma, aquello que había leído en *Indian Art of Mexico*...

Visité el Museo Regional y el Museo del Estado en Morelia, Michoacán, que entre ambos, poseen la colección más amplia de objetos tarascos. En el primero obtuve numerosas imágenes de cerámica y de escultura tarasca, en el segundo, la prohibición de fotografías lo hizo imposible y mi requerimiento al director de la institución no cambió la situación. En otra ocasión estuve una semana en Pátzcuaro conociendo por primera vez la región del lago y sus alrededores, visité Tzintzuntzan y obtuve algunas imágenes de cerámica del museo de sitio. En Ihuatzio, visité la zona arqueológica y con desilusión comprobé que no existía un museo de sitio. Lo más significativo de los

hallazgos en la zona, tres Chacmooles y algunas esculturas con forma de coyote, estaba repartido entre el Museo Nacional de Antropología y el Museo Regional del Estado.

Estuve en numerosas ocasiones en el Museo Nacional de Antropología. Mis prioridades ante ese acervo visual gigantesco, evidentemente fueron la sala de Occidente y la sala Mexica, sin embargo, reconozco que a cuenta de esas visitas, adquirí una afición museística que no había descubierto antes.

Como parte importante de la investigación debo incluir también las visitas durante casi dos meses al Archivo Técnico del INAH, donde revisaba los reportes arqueológicos del estado de Michoacán con la esperanza de encontrar imágenes que siguieran corroborando las serias dudas que ya para ese momento, tenía al respecto de las coincidencias estilísticas entre el arte tarasco y el mexica.

Pero sin duda, la columna vertebral de esta tesis fue la lectura de fuentes, primarias y secundarias. Fui visitante frecuente de la biblioteca del Instituto de Investigaciones Antropológicas, la de Investigaciones Históricas, la de Estéticas y la de Filológicas, así como la Biblioteca Samuel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Biblioteca Central. La biblioteca de mi padre fue puesta a mi disposición por lo que, en casa, también tuve un vasto acervo para consultar.

Dediqué la primera parte de la exposición de los resultados de esta investigación a contextualizar a las culturas tarascas dentro de la historia posclásica occidental mesoamericana. Confronté algunas de las tesis más recurridas y actuales para explicar los orígenes de estas culturas con el fin de comenzar a caracterizar a los sujetos de la investigación, aquellos que pasaron a la historia como los creadores de un estado poderoso y del cual, se conservan las manifestaciones artísticas que pudieron haber inspirado a Miguel Covarrubias. Asimismo señalé algunos de los avatares que el concepto 'tarasco' experimentó antes de convertirse en la idea de una cultura con límites

temporales y espaciales definidos. Todo ello, con el afán de delimitar los sujetos y el objeto de estudio.

La segunda parte de la exposición está dedicada al análisis de fuentes etnohistóricas en el sentido de hallar los puntos en común que pudiesen tener las historias tempranas, mexica y tarasca. Busqué en algunas fuentes del siglo XVI, XVII y XVIII, referentes al centro de México y al área tarasca, datos que señalaran indicios de las relaciones entre estos dos pueblos. Así, pude establecer las posibilidades históricas de un encuentro tarasco - mexica y discutir si éste podía servir de base a una tradición conjunta. En este mismo capítulo se establece una cronología que resume los principales acontecimientos de estos dos pueblos entre los siglos XI y XIII. En este pequeño esquema, se menciona la factibilidad del paso de los mexicas por Michoacán y un encuentro entre éstos y algún grupo tarasco, pero señalando como imposible la determinación de la duración de este episodio. Tras el análisis de fuentes, también se indicó la improbabilidad de que los mexicas hubieran tenido contacto con el grupo tarasco uacúsecha en pleno apogeo. Es decir, se descartó la posibilidad de que, de haberse dado el encuentro, los mexicas convivieran con aquéllos cuyas expresiones artísticas se conservan. Las consecuencias de ello, resultaban claras: las afirmaciones de Miguel Covarrubias con respecto a las influencias tarascas en el arte de Tenochtitlan, parecían cada vez más improbables.

Creí necesario también incluir una breve biografía de aquél a cuyos comentarios había dedicado mi investigación, así que concluí con un capítulo en donde expuse algunos datos interesantes de su vida, de su obra y sobre todo, de su manera de trabajar. Una vez agotadas las posibilidades históricas de la recepción de influencias tarascas que hubiesen dado lugar a la construcción artística de Tenochtitlan, volví a las posibilidades visuales que Covarrubias sugería. Si bien históricamente ya parecían

imposibles sus afirmaciones, había que discernir lo que sucedía con un corpus que incluyera aquellos ejemplos que, según su percepción, indicaban que entre tarascos y mexicas había existido en algún momento un nexo, directo o indirecto, que les hacía coincidir en sus tradiciones artísticas. Seleccioné, presenté y describí ejemplos escultóricos y cerámicos tarascos y mexicas; eligiendo un corpus de piezas según los criterios que Covarrubias había señalado en *Indian Art of Mexico and Central America*. De esta manera, al final de la exposición, me vi en posibilidades de señalar lo que me parecía probable y lo que me parecía imposible.

Capítulo 1: Los uacúsecha dentro del contexto de los pueblos tarascos

1. Los pueblos tarascos y las etapas de su desarrollo.

Para comenzar a hablar de los sujetos de esta investigación, se debe hacer su caracterización como etnia concreta. Para ello es necesario decir que durante el Posclásico en Michoacán convivieron varias etnias o pueblos que compartían la misma lengua, el tarasco o purépecha. No sabemos cuándo ni cómo llegaron estos pueblos hablantes del tarasco, pero sí sabemos, por la Relación de Michoacán¹ que una de dichas etnias de habla tarasca llegó a las inmediaciones de Zacapu y que su caudillo se llamaba Hire Ticatame. Se establece por lo general que la fecha de tal acontecimiento es a finales del siglo XII o principios del XIII de nuestra era.²

Este pueblo, el principal protagonista de la crónica michoacana más completa con que contamos, es del que hablaré en la primera parte de la exposición. Se dispone de datos de los tarascos que arribaron probablemente a finales del siglo XII y lo que es innegable, gracias a la información que proporciona el mismo documento, es que no fueron los primeros en introducir el idioma en Michoacán, sino que hablantes de tarasco se encontraban ya asentados en el sitio. Dada esta situación, no se puede identificar a la etnia que nos atañe sólo mediante el criterio lingüístico. Para la época en que hacen su

¹ Generalmente es aceptado que dicho documento, cuyo título completo es Relación de las ceremonias y rictos y población y gobernación de los indios de la provincia de Mechuacán, fue escrito por Fray Jerónimo de Alcalá alrededor de 1539. Conocido también como Códice Escorialense por encontrarse en la biblioteca del monasterio de El Escorial, Madrid, la Relación de Michoacán como es más comúnmente nombrada, posee sólo la segunda parte del documento original. A pesar de ello es la crónica más completa que se tiene para el estudio del Michoacán prehispánico.

² Hellen Pollard, *Tariacuri's legacy: The Prehispanic Tarascan State*, Oklahoma, University of Oklahoma Press - Norman and London, 1993 (The civilization of the American Indian Serie.), p. 14; cfr. Francisco Miranda, estudio introductorio de *La Relación de Michoacán*, México, Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Publicaciones y Medios, 1988, p. 34; cfr. Marcia Castro-Leal, *Tzintzuntzan: capital de los tarascos*. Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1986, p. 193.

aparición en tierras michoacanas, comparten esta afinidad cultural con más pueblos cuya única noticia nos es dada por la Relación, que no revela de ellos más que su existencia.

Como lo menciona Eduard Seler, "la gente que hablaba esta lengua [el purépecha], habitaba en las montañas, valles y lagos, rodeada de otras tribus de habla distinta y naturalmente enemigas, y disgregada en parte por fracciones de pueblos extraños."³

El pueblo del que hablamos, conforma en el contexto de la historia del posclásico michoacano, el Estado tarasco. Debe tomarse en cuenta, sin embargo, que una separación tajante de los grupos tarascos es un tanto ficticia si suponemos que necesariamente existieron interrelaciones que, a la postre, consolidarían la posición de aquéllos que pasaron a la historia como la elite dominante. Probablemente dicho Estado, comenzó a amalgamarse por las conquistas y el comercio de los advenedizos con los pueblos de las regiones limítrofes, además de la probable incorporación de aliados.⁴ Se puede dar cuenta, gracias a la información que se halla en la Relación de Michoacán, de una serie de alianzas matrimoniales entre los tarascos que arribaron en el siglo XII y los pobladores ya asentados en las inmediaciones del lago de Pátzcuaro. Además del tarasco, la Relación menciona que había también hablantes de náhuatl, de manera que la historia del siguiente siglo incluye de forma trascendental a todos los pueblos de la región que de una u otra forma intervinieron en el desarrollo de los acontecimientos. Tal parece que los tarascos a quiénes nos referimos, al llegar a Michoacán se fundieron con

³ Eduard Seler, "Los antiguos habitantes de Michoacán", introducción, correcciones y notas de Francisco Miranda, traducción del alemán de Erika Krieger, en Relación de Michoacán, coord. Moisés Franco Mendoza, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 2000, p. 153.

⁴ Donald Brand, "La región tarasca" en La arqueología en los anales del Museo Michoacano, época I y II, comp. Angelina Macías Goytia, coord. Lorena Mirabell, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993 (Antologías, Serie Arqueología), p. 461. Este autor, bachiller en artes, doctor en filosofía y especialista en geografía, escribió en los años treinta del siglo pasado y dedicó gran parte de sus estudios al conocimiento del noroeste de México, incluido por supuesto Michoacán.

pueblos que contaban con cierto adelanto cultural, dando lugar a lo que hoy conocemos como la "típica civilización tarasca".⁵

La arqueología sistemática en la región occidente de Mesoamérica, surgió hasta el año de 1930 con la llegada de la escuela norteamericana de arqueología. Donald Brand, pionero al lado de Carl Sauer en los estudios científicos de las costas occidentales mexicanas⁶, escribió en 1943 el valioso estudio "Bosquejo histórico de la geografía y antropología en la región tarasca"⁷, que sigue estando vigente como fuente para el estudio de la antigua provincia de Michoacán. En este estudio señala que los límites o los criterios de la cultura o culturas tarascas arqueológicas no habían sido establecidos y al parecer, seguimos sin poder establecerlos claramente.

Sin embargo, Brand admite que existieron tres etapas en el desarrollo de esas culturas. Al período más antiguo lo nombra "primitivo sedentario"⁸ y al parecer éste corresponde a los años en que el último grupo tarasco se instala en las riberas del lago de Pátzcuaro y, según lo narra la Relación de Michoacán, establece las primeras alianzas matrimoniales con los pueblos ya asentados: Hire Ticátame, en cierto sentido el primer héroe cultural de su grupo, se emparenta con el señor de Naranjón, casa con su hija y engendran a Sicuirancha. A partir de Sicuirancha se forjarán alianzas matrimoniales durante cinco generaciones hasta el nacimiento del segundo héroe cultural tarasco, Tariácuri. Del matrimonio de Hireticátame hasta la preparación de Tariácuri por parte de los sacerdotes para el ejercicio del poder, habrían pasado alrededor de cien años. Durante esta misma etapa, que podría también nombrarse como de la 'narración

⁵ Eduardo Noguera, *Cultura tarasca*, México, Ediciones encuadernables El Nacional, 1942 (Biblioteca del Maestro, no. 24), p. 54.

⁶ María de los Ángeles Olay, "El occidente, una historia en construcción" en *Introducción a la arqueología del Occidente de México*, coord. Beatriz Braniff Cornejo, Colima, Universidad de Colima - Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004 (Colección Orígenes), p. 49.

⁷ Reproducido completamente en *Anales del Museo Michoacano*, Morelia, Mich., segunda época, núm. 5, 1952, p. 41 - 163.

⁸ Brand, "la región tarasca...", p. 460.

fundacional', se pone de manifiesto la habilidad cazadora de los 'chichimecas'⁹, apelativo por el que los recién llegados gustan llamarse a sí mismos quizá en relación a su condición nómada.

Con un episodio que termina con el "flechamiento" de los hombres de Naranján, el relato de la Relación hace énfasis en las habilidades de los tarascos en labores más propias de nómadas que de sedentarios. Se hace patente entonces, la torpeza de sus vecinos y cuñados del lago para obtener la piel de un venado. Al parecer este pueblo pretende ostentar un origen ajeno al entorno de arriba.¹⁰ A partir de aquí comienza un relato de alianzas y traiciones, de pueblos desconfiados y temerosos de los cazadores advenedizos, en el cual, incluso los grupos con quienes compartían la misma lengua, se mostraron recelosos de establecer tratos con quienes parecían ser un grupo poderoso, y bien podrían generarles más problemas que beneficios. Sin embargo, a mediados del siglo XIII, consiguen asentarse legítimamente.

La segunda etapa que Donald Brand califica como un período de "diferenciación regional extensiva", corresponde a la dominación del grupo tarasco, que para este momento ya encabeza Tariácuri sobre las demás tribus de la región. Así, históricamente tiene lugar el establecimiento de un Estado.

Una tercera etapa corresponde, según el mismo autor, al "período pantarasco y a una cierta fusión de culturas pero que no ha eliminado completamente las diferencias

⁹ Wigberto Jiménez Moreno señala: "Chichimeca etimológicamente significa 'linaje de perros' por lo tanto, parece ser el nombre totémico de un clan, como los nombres de clanes de la costa noroeste de los Estados Unidos; pero como este nombre 'chichimecas' correspondía originalmente a tribus nómadas vino a significar nomadismo y, como estos eran bárbaros, vino después a quedar como sinónimo de barbarie; después los españoles llamaron así a todos los indios bárbaros; según Sahagún había tres clases de chichimecas... Este nombre de 'chichimeca' llegó también a significar 'advenedizo' o 'inmigrante' ". Wigberto Jiménez Moreno, "Historia Antigua de México", edición de Miguel Pastrana en *Históricas*, boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, no. 74, sept. - dic. 2005, p. 12. Más adelante se discutirá el tema de los posibles orígenes tarascos incluyendo el chichimeca.

¹⁰ Un relato parecido al de los mexicas, en tanto ensalzan un origen humilde y después cuentan una historia grandiosa.

locales”¹¹. Este capítulo de la historia tarasca se identifica con la unificación política de Michoacán en el ‘trunvirato’ Pátzcuaro - Ihuatzio - Tzintzuntzan, destacando que Tangaxoan II absorbe las funciones de los otros señoríos a favor de Tzintzuntzan. Francisco Miranda califica un cuarto período como la “etapa imperial” que habría sido preparada por Tangaxoan II y por tanto, se centra en Tzintzuntzan y corre de mediados del siglo XV hasta la conquista española.¹²

Uno de los trabajos más recientes que han aportado datos al respecto del oscuro episodio de la llegada del grupo tarasco en el siglo XII y la conformación del Estado, es el de la arqueóloga norteamericana Helen Pollard, quien desde 1970 ha investigado los procesos sociales en el antiguo occidente de México. Lideró de 1990 a 1995 un proyecto arqueológico en los sitios de Urichu, Jarácuaro y Pareo, en la Cuenca de Pátzcuaro. Tras los resultados de esta investigación y gracias a la información etnohistórica, ecológica y arqueológica obtenida anteriormente, expuso que durante el período Posclásico habría ocurrido una transformación significativa entre las poblaciones de las tierras altas del centro de Michoacán, transformándose la Cuenca del lago de Pátzcuaro en el núcleo geográfico de un imperio expansionista, conocido ya por los españoles como el 'reino tarasco'.¹³ Sugirió a su vez, que las primeras presiones para la centralización política en la Cuenca de Pátzcuaro, ocurrieron durante el Postclásico Temprano (900 - 1200) cuando probablemente coexistieran en ella, diez comunidades autónomas, cada una organizada en su interior de manera estratificada y gobernada por una pequeña elite, quizá de distintas filiaciones étnicas o lingüísticas.¹⁴ Debido a cambios climáticos menores, el

¹¹ Brand, “la región tarasca...”, p. 460.

¹² Miranda, “Estudio introductorio” de La Relación de Michoacán..., p. 34.

¹³ Helen Pollard, "Proyecto: Los señoríos Urichu, Xaracuaro y Pareo: un método para investigar el desarrollo del Estado tarasco" en El Occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas, Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara - Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación (ORSTOM), 1998, p. 212.

¹⁴ Ibid.

nivel del lago habría aumentado y la tierra irrigable se vio afectada seriamente al ser reducida su extensión. De manera que probablemente la unificación tarasca se dio a raíz de la competencia política que los grupos que habitaban la cuenca de Pátzcuaro entre estos años, entablaron por el control de la tierra irrigable, disponible en diversas medidas, a consecuencia de las fluctuaciones del lago.¹⁵

Con el propósito de explicar el surgimiento del Estado tarasco y la unificación de los distintos señoríos en el área de las cuencas de Zacapu y Pátzcuaro, Helen Pollard estableció una cronología cerámica para los sitios que investigó.¹⁶ Tomando en cuenta distintas fases de ocupación en el área, a saber, desde 350 d.C. en Jarácuaro hasta el año de 1525 en Tzintzuntzan, la cronología es una de las aportaciones más significativas de este proyecto debido a la escasez de datos cuantitativos para etapas anteriores a la consolidación plena del Estado tarasco.

¹⁵ Ibid. p. 213.

¹⁶ Vid., Christopher Fisher, Helen P. Pollard y Charles Frederick, "Intensive agriculture and socio-political development in the Lake Patzcuaro Basin, Michoacán, Mexico" en *Antiquity*, núm 73 (1999) p. 645.



Fig. 1. Islas y asentamientos del Lago de Pátzcuaro y La ex - ciénega de Zacapu (Imagen de satélite, tomada de Google Earth).

1.1 Los uacúsecha.

Del grupo tarasco que arribó a la Cuenca de Pátzcuaro a finales del siglo XII, es decir del que la Relación de Michoacán hace un énfasis mayor, se distinguen por lo menos cuatro subgrupos de linajes o familias unidas por la veneración a Curícaueri, o más que eso, unidos entre sí por el 'proyecto' del dios, el de su culto y el de la guerra.

La Relación de Michoacán da cuenta de tres de estos linajes al principio de la segunda parte del documento, donde se narra "cómo empezaron a poblar los antecesores del Caçonçi" y se da voz al Sacerdote mayor o Petamuti:

Vosotros, los del linaje de nuestro dios Curícaueri, que habéis venido, los que os llamáis Eneami y Çacápuhireti y los reyes llamados Vanacaze, todos

los que tenéis este apellido, ya nos habemos juntado aquí en uno, donde nuestro dios Tirépenie Curícaueri se quiere quejar de vosotros y ha lástima de sí.¹⁷

En el pasaje citado el dios reclama que sus guerreros se hayan hecho comodinos, y que no cumplan con sus deberes sociales. Los Eneami, los Çacápuhireti y los Vanacaze son tres de esas familias integrantes del grueso del grupo tarasco del siglo XII. El cuarto linaje se menciona más adelante, cuando los cuñados de Hire Ticátame¹⁸ roban un venado que éste cazó y el caudillo sigue el rastro del animal hasta encontrarlo, demostrando que fue él quién fabricó la flecha que le dio muerte:

‘Mira esta flecha que yo la hice’. Y los otros, enojándose de oír aquello empujárosle y dieron con él en el suelo. Y Ticátame como quien era águila, Vacúseecha, enojose y sacó una flecha de su aljaba, armó su arco y tirósela a un cuñado suyo de aquellos y hirole en las espaldas y luego a otro y tornose a su casa.¹⁹

Ticátame, el caudillo que encabezaba a los tarascos de quienes se ha venido hablando hasta ahora, es nada menos que un Vacúseecha o Uacúseecha como se ha tenido a bien modificar la palabra. Son pocas las referencias que la Relación de Michoacán hace al respecto del nombre del linaje del cual descienden todos los Cazonçis tarascos, pero cuando el narrador explica las ceremonias que se hacían si un nuevo Cazonçi tomaba las riendas del reino anota:

Y entraba así mismo el cazonçi a su vela y hacían la cirimonia de la guerra y al tercero día mandaba que fuesen a la guerra y llamaba todos los señores de su

¹⁷ Fray Jerónimo de Alcalá, La Relación de Michoacán, coord. Moisés Franco Mendoza, Morelia, El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 2000, p. 340. En adelante, todas las citas hechas, corresponden a esta edición del documento.

¹⁸ Ticatame, Hireticátame, Hire Ticatame, Hireti Ticatame o Yreti Ticatame son distintas formas de escritura que se presentan en la Relación de Michoacán y que se refieren al mismo caudillo.

¹⁹ Relación de Michoacán..., p. 345.

linaje, llamados uacúxecha, que son águilas y juntábanse todos en la casa dicha del águila, dedicada a su dios Curícaveri...²⁰

Son los tarascos uacúsecha los protagonistas de la grandiosa historia del ascenso de un pueblo nómada que llegó a conformar un imperio, tras lo cual llegó la tragedia de su destrucción a manos de los conquistadores españoles. La Relación de Michoacán recrea entonces el devenir de este grupo tarasco y esta investigación girará en torno a ellos.

2. El brumoso origen de los pueblos tarascos

Sin duda la hipótesis más socorrida para explicar el origen de los uacúsecha es la de un grupo chichimeca de cazadores nómadas que arribó desde la región septentrional de nuestro país al estado de Michoacán en el marco de una oleada más grande de inmigrantes.

El padre Francisco Plancarte y Navarrete escribió en 1893 el estudio más completo que se tiene acerca de los tecos, grupo étnico nahuatlato que construyó asentamientos en algunos puntos del valle de Zamora²¹; Wigberto Jiménez Moreno señaló entonces que el territorio de Michoacán había estado habitado primero por tecos y después por tarascos; sugirió que estos últimos habían llegado a Mesoamérica en la misma ola migratoria en que llegaron los tolteca - chichimeca.²² Por "tarascos", Jiménez Moreno se refiere al grupo de inmigrantes del siglo XII. Eduardo Noguera por su parte, explica también que los más antiguos habitantes de Michoacán eran los tecos y que los tarascos

²⁰ Ibid., p. 638.

²¹ Gerardo Sánchez, "Viejos y nuevos estudios sobre el Michoacán prehispánico" en Historiografía michoacana: acercamientos y balances, coord. Gerardo Sánchez y Ricardo León Alanís, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas - Morevallado Editores, 2000, p. 50.

²² Apud. Ricardo Ávila Palafox, "Medio siglo de reflexión sobre el Occidente de México" en El Occidente de México en el tiempo: aproximaciones a su definición cultural, coord. Ricardo Ávila Palafox, Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, 1994. p. 27.

descienden de ellos. El fraile Alonso de Larrea, quien escribe su crónica en 1639, asimismo, sostiene que 'algunos indios muy antiguos' le han informado que los tarascos descienden de los tecos, sin embargo como se verá más adelante, Larrea no lo cree.²³

Estos tecos han tenido distintas denominaciones y se les conoce con nombres diferentes según la localidad en que habitan; en Jalisco se les llama tecoxines o tecoquines, en Oaxaca chochos o chuchones, en Puebla, popolocas, tecos en Michoacán y pupulcos en Guatemala.²⁴ Los autores citados hablan de los tecos como los antiguos habitantes de Michoacán admitiendo su filiación náhuatl, pero de la presencia del idioma purépecha en la región, nada se menciona.

Paul Kirchhoff escribe en el estudio introductorio de la edición de 1956 de la Relación de Michoacán que "un pequeño grupo de inmigrantes cazadores todavía semi primitivos asimila en poco más o menos seis o siete generaciones todo lo esencial de las instituciones, costumbres e ideas de los pueblos agrícolas enemigos y conquista el resto".²⁵ Sin duda habla de los uacúsecha y los describe como chichimecas. Estos chichimecas que llegaron a establecerse en Michoacán, señala Kirchhoff, "parecen en alguna forma emparentados con aquéllos que en distintas épocas arribaron a la meseta central".²⁶ El autor señala que los uacúsecha serían parte de la segunda y última oleada de grupos cazadores - recolectores provenientes del norte, quienes habrían arribado en un estadio menos civilizado. Los tarascos que se encontraban ya asentados cuando esta serie de movimientos humanos tuvo lugar, pertenecen, según Kirchhoff, a una primera

²³ Fray Alonso de Larrea, Crónica de la orden de N. Seráfico P.S. Francisco, provincia de S. Pedro y S. Pablo de Mechoacan en la Nueva España, edición de Patricia Escandón, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán - Fideicomiso Teixidor, 1996, p. 73.

²⁴ Noguera, Cultura tarasca... p. 35.

²⁵ Paul Kirchhoff, "La Relación de Michoacán como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarascas" en Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán (1541), transcripción, prólogo, introducción y notas de José Tudela, Madrid, Aguilar, 1956, p. XXV.

²⁶ Ibid.

oleada de inmigrantes chichimecas que tiene a bien llamar "ex - chichimecas".²⁷ Resumiendo, Kirchhoff propone que todos los grupos tarascos asentados en Michoacán tienen un origen chichimeca y se establecieron en las inmediaciones del lago de Pátzcuaro básicamente en dos momentos distintos.

Sin embargo, el autor reconoce que algunas de las creencias y algunos rasgos de su cultura no corresponden a lo típicamente nahua, es decir, los tarascos tienen una cultura disímil a las demás naciones chichimecas. Además, nuevamente tenemos la laguna del idioma y no queda claro el porqué un grupo chichimeca no tendría la misma lengua de otros pueblos del Altiplano mexicano que indudablemente son descendientes de chichimecas.

Considerando la información etnográfica de las fuentes coloniales que existen para el estudio del Michoacán prehispánico y realizando sus propias interpretaciones, además de Paul Kirchhoff, autores como Eduard Seler, Donald Brand y Alfredo López Austin señalan que los antiguos habitantes de Michoacán tienen un origen chichimeca. Al mismo respecto comenta otra historiadora dedicada al estudio del occidente antiguo:

La utilización de estos elementos [el venado y los fogones] no es una característica exclusiva de la civilización tarasca; sabemos que constituyen parámetros dentro de múltiples rituales mesoamericanos. Están, por ejemplo, frecuentemente mencionados en las fuentes referentes a la civilización mexicana, la más cercana cronológica y culturalmente [...]. Por otra parte la utilización reiterada del venado a la caza invita a volverse a las sociedades donde la tradición de caza ha sido, y es todavía, algunas veces, importante. Los ritos realizados por el grupo Uacúsecha son comparables a los que practicaban los nómadas chichimecas del norte de México en la época de la

²⁷ Ibid.

conquista [...]. Los tarascos compartían una cierta forma de ideología con grupos de la Sierra Madre Occidental.²⁸

Así mismo, casi todos los cronistas michoacanos que refieren en sus escritos datos de la población indígena del lugar, hablan del origen de los tarascos relacionándolo con la historia mexicana y señalando un mismo origen étnico para los mexicanos y los tarascos. Aludiendo así, a un origen chichimeca para los grupos de habla purépecha que habitaron Michoacán. En el siguiente capítulo se abordará con detalle la información que las fuentes coloniales ofrecen al respecto.

En adelante se hará una pequeña revisión de otras teorías dadas por investigadores de la cultura tarasca, apoyados básicamente en las evidencias arqueológicas de las excavaciones realizadas en el área de influencia tarasca.

Los inmigrantes del primer período del desarrollo tarasco, calificado por Donald Brand como "primitivo sedentario", al parecer estarían buscando un sitio definitivo de asentamiento, trayendo consigo una especie de profecía que les aseguraba que hallarían la ubicación para el asiento de su dios Curícaueri, en el mismo lugar donde sus antepasados lo habrían hecho alguna vez:

[...] y llegaron a aquel lugar y estaban allí encima unas piedras alzadas como ídolos, por labrar, y dijeron: 'ciertamente, aquí es, aquí dicen los dioses que estos son los dioses de los chichimecas, y aquí se llama Pazquaro donde está el asiento. Mirad que esta piedra es la que se debe llamar Zirita cherengue y ésta Vacúsecha, que su hermano mayor, y ésta Tingárata y ésta Mivequa ajeva. Pues mirad que son cuatro estos dioses'.²⁹

²⁸ Brigitte Faugère-Kalfon, "Venados y hogueras sagradas en la Relación de Michoacán: reivindicación nórdica y construcción del Estado en los pueblos tarascos" en *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*, coord. Veronique Darras, México, Centre Français d' Études Mexicaines et Centraméricaines, 1988, p. 97.

²⁹ Relación de Michoacán, p.363.

Al parecer la palabra uacúsecha además de darle nombre al linaje y por extensión al grupo tarasco del que Tariácuri era descendiente, denomina también a algún dios menor cuyo culto era exclusivo de este subgrupo.

Si los tarascos uacúsecha serían descendientes o no de gente que habitó anteriormente ese lugar y habrían 'regresado' al sitio queda aun por investigar, el principal indicio de que así pudo haber sido es que existe un diálogo entre Uapeani, nieto de Hire Ticatame y un pescador de la isla de Xaraquaro, en el que Uapeani, tras probar la variedad de pescado que traía aquél, interrogar al pescador sobre los nombres de sus dioses y haberlos reconocido, dice:

¿Cómo es esto? ¿parientes somos? Nosotros pensábamos que no teníamos parientes: topado habemos parientes. ¿Cómo es esto? ¡Somos parientes y de una sola sangre! Respondió el pescador, sí señor, vuestros parientes somos.³⁰

Cabe la posibilidad de que los inmigrantes hubieran vuelto a un sitio donde sus antepasados habitaran. El punto de partida de las suposiciones de un "origen antiguo" de los tarascos es en primer lugar, que el idioma ya existía antes de la repentina aparición de una probable segunda oleada de hablantes de tarasco. Además, al principio de la segunda parte de la Relación de Michoacán, el Petamuti menciona que la progenie real tuvo su asiento en la región de Zacapu en una montaña a la cual se le da el nombre de Uringuampexo.

Patricia Carot habla de que, tras dieciséis años de investigaciones, se ha visto que existe una larga secuencia de ocupación que se evidencia en Loma Alta. Un sitio construido sobre una antigua isla hacia la ribera occidental de la ex-ciénega de Zacapu desecada a principios del siglo XX. La ocupación del sitio es la más larga conocida en la

³⁰ Ibid., p. 355.

región y va desde el 150 a.C. al 1500 d.C.³¹ Además Naranjón, el primer lugar donde los tarascos se contactan con los habitantes locales según la fuente etnohistórica, está ubicado en la orilla sur de la ex - ciénega de Zacapu, a siete kilómetros al sur del sitio de Loma Alta.³²

La autora propone que esta entidad cultural tiene un origen local y no nómada como generalmente se acepta. Su origen sería precisamente alrededor de las cuencas lacustres de Cuitzeo, Queréndaro, Zacapu y Pátzcuaro y lo que interpreta del episodio del encuentro con 'los abuelos del camino' es "el reencuentro de grupos que se habían separado siglos antes, el retorno de los que habían partido rumbo al norte, en una región que corresponde actualmente a los estados de Zacatecas y Durango, en donde desarrollaron la cultura Chalchihuites (100 - 900 d.C.)".³³ La tesis de que cazadores - recolectores recién llegados desde el lejano septentrión y que milagrosamente en unos cuantos años y unas cuantas generaciones hubieran consolidado uno de los imperios más poderosos que existían en Mesoamérica al momento del contacto, no es del todo aceptable según esta interpretación.³⁴

Otra teoría muy discutida acerca del origen de los tarascos es la de una posible migración desde Sudamérica. Apoyados una vez más en indicios lingüísticos, los investigadores que propugnan esta teoría, parecen haber encontrado datos que en todo caso, hacen plausible el origen peruano o ecuatoriano de estas gentes que habitaron el occidente mexicano.

³¹ Patricia Carot, "Arqueología de Michoacán: nuevas aportaciones a la historia purépecha" en Introducción a la arqueología del Occidente de México, México, Universidad de Colima - Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, p. 446. Vid. Charlotte Arnaud, et.al. Arqueología de las lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México, México, Centre D' Études Mexicaines et Centraméricaines, 1993 (Cuadernos de Estudios Michoacanos, núm. 5), p. 255.

³² Ibid., p. 448.

³³ Ibid.

³⁴ Ibid., p. 447.

A finales del siglo XIX, Eduardo Ruiz, célebre ciudadano michoacano, escribano público y abogado por el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, escribió Michoacán: paisajes, tradiciones y leyendas³⁵, un estudio novelado de la Relación de Michoacán en donde anotó por primera vez la semejanza de la lengua tarasca con el quechua de Sudamérica, de lo que dedujo que los tarascos habían venido del Perú. En este estudio da rienda suelta a sus deducciones otorgándose libertad para situar incluso en la ciudad de Cuzco el asiento de la progenie de los adoradores de Curicaueri. Señala la capital del 'imperio inca', como la ciudad originaria de los pueblos tarascos además de parangonar frecuentemente en la narración palabras en tarasco y quechua.

Los dioses del cielo dijeron a Curicaberis que había de ser rey y había de conquistar toda la tierra, y que sus descendientes heredarían su poderío: su reino se dividiría en cuatro partes y había de haber un señor principal en cada una de las cuatro fronteras, siendo rey de una y emperador de todas... y esos cuatro señores que constituían la cuádruple alianza, eran los descendientes de los caudillos de cuatro tribus hermanas, cuyos progenitores poblaron en tiempos que se hundieron ya en el abismo de los siglos [...] las feraces vertientes de los Andes, sobre cuyos depósitos de plata y oro se asienta la sagrada ciudad de Cusco.³⁶

Combatido con ironía por un médico de profesión pero con vocación de historiador, otro célebre ciudadano michoacano, interesado en la historia antigua de los pueblos que habitaron esa entidad del occidente de México y fundador del Museo Michoacano, Nicolás León; escribió que el contenido de la obra de Eduardo Ruiz era obra más de imaginación que de historia. Además de lo disparatado que se le hacían las

³⁵ Eduardo Ruiz, Michoacán: paisajes, tradiciones y leyendas, Morelia, Mich., Basal editores S.A., 1984.

³⁶ Ibid., p. 20 - 21.

extravagantes ideas sobre el origen de los tarascos, las que calificaba de simple imaginación vulgar³⁷

Tras esto, ambos autores siguieron apelando en favor de sus teorías creando una controversia que duró algunos años. No se hará ahora un recuento de las declaraciones que se publicaron en algunos medios impresos de difusión en aquella época, baste comentar un dato curioso que Gerardo Sánchez Díaz saca a la luz, y es que, en una respuesta que dio Eduardo Ruiz a su adversario intelectual, le recordó que él mismo había prometido un estudio sobre la cerámica tarasca comparada con la peruana, lo que hacía suponer que antes de 1891, año de la primera edición de Michoacán: paisajes y leyendas, Nicolás León también habría detectado algunas similitudes culturales entre ambos pueblos. Sin embargo esa promesa no fue cumplida. Tal vez, señala Sánchez Díaz, el lic. Ruiz se adelantó en dar a conocer la teoría de las semejanzas incaico - tarascas y eso debió ocasionar el disgusto del fundador del Museo Michoacano³⁸.

A pesar de haber escrito una novela, parece ser el primer estudioso que habla sobre una analogía entre estas dos lenguas. Eduard Seler sería el segundo cuando en 1902, dentro de su estudio *Die alten Bewohner der Landschaft Michuacan*, señala que "la lengua de los indios de Michoacán se relaciona fonéticamente con las lenguas del territorio andino de Sudamérica."³⁹

El lector más entusiasta de Eduardo Ruiz es quizá José Corona Núñez, arqueólogo michoacano encargado de las zonas arqueológicas de occidente y noroeste en 1946, y poco después jefe de antropología de Nayarit. Fue en este estado de la República, en las localidades de San Blas y Compostela⁴⁰ donde tuvo la oportunidad de excavar tumbas de

³⁷ Gerardo Sánchez Díaz, "En torno a una discusión centenaria: el origen sudamericano de los tarascos prehispánicos" en *Historiografía michoacana: acercamientos y balances...* p. 37.

³⁸ *Ibid.*, p. 38.

³⁹ Seler, "Los antiguos habitantes...", p. 150.

⁴⁰ José Corona Núñez, *Historia de los antiguos habitantes de Michoacán, desde su origen hasta la conquista española*, Morelia, Mich., Basal Editores S.A., 1988, p. 9.

tiro. A partir de los resultados allí obtenidos, además de la expresa inspiración y admiración hacia el trabajo de Eduardo Ruiz, propuso que el pueblo constructor de dichas tumbas, de arquitectura tan peculiar y única en Mesoamérica en la región de occidente, habría llegado hasta ahí navegando por las costas del Pacífico. Pudiendo ser los contactos entre el occidente de México y el norte de Sudamérica tan antiguos como 200 a.C., fecha que corresponde al horizonte formativo de las culturas de Perú en que se sitúa la cultura Chavín⁴¹. La tesis de Corona Núñez es que los constructores de las tumbas de tiro (correspondientes al período Preclásico) vinieron de Sudamérica por la vía del Pacífico y que su filiación era la de tarascos. A estos primeros emigrantes los llama "pretarascos" para diferenciarlos de una segunda oleada conformada por los que denomina "tarascos históricos", los tarascos de los que habla la Relación de Michoacán, es decir los uacúsecha. El idioma tarasco habría dejado en la zona ecuatorial de América a un 'hermano', el quechua, y habitantes de estas latitudes habrían emprendido una ruta marítima con destino a México haciendo escalas en Panamá y El Salvador. Con respecto a los "tarascos históricos", habrían seguido la ruta terrestre ilustrada por un documento que se conoce como el Lienzo de Jucutacato⁴². Las afirmaciones de Corona Núñez resultan muy aventuradas, baste señalar que el Lienzo al que hace referencia como la ilustración del derrotero tarasco, es un documento pictográfico que fue elaborado y usado en la segunda mitad del siglo XVI como prueba jurídica para mostrar los derechos que las autoridades indígenas de Jicalán pensaban tener sobre varios yacimientos de minerales de cobre y tierras colorantes en la Tierra Caliente de Michoacán.⁴³

⁴¹ Ibid., p. 12.

⁴² Ibid., p. 53.

⁴³ Hans Roskamp, "La metalurgia prehispánica y colonial en Jicalán, Michoacán, México: una prospección arqueológica", informe presentado a FAMSI: Fundación para el avance de los estudios Mesoamericanos, Inc., 2003 [en línea] disponible en <http://www.famsi.org/reports/02011es/section01.htm> [consultado el 6 de febrero de 2007].

Miguel Covarrubias, en su *Arte indígena de México y Centroamérica* comenta que la cultura de los tarascos, al igual que la mayoría de los del occidente de México, “posee fuerte individualidad y cierto primitivismo que la coloca aparte de las culturas refinadas y muy elaboradas del resto de Mesoamérica, y que la hacen semejante más a las de América Central y Colombia”.⁴⁴ Interpretando de esto que los tarascos podrían ser representantes de una serie de culturas periféricas de la costa del Pacífico con algunos contactos con las culturas de Mesoamérica.

Por su parte Robert Chadwick, piensa que definitivamente existió una intrusión sudamericana en la región media del Balsas en los tiempos posclásicos tardíos⁴⁵. Y aunque se refiere al sitio de Arcelia, Guerrero, donde se halló una estructura de adobe con una puerta trapezoidal de forma inca, es interesante señalar la relación sudamericana - occidental, atribuida a la coincidencia de algunos rasgos estilísticos.

Por otra parte, el geógrafo Vincent Malmström⁴⁶, basado en estudios lingüísticos, de patrones de asentamiento y de rasgos culturales afines entre los tarascos y algunas culturas sudamericanas, sugiere la probabilidad de que algunos inmigrantes sudamericanos se aventuraran a navegar desde el subcontinente hasta Michoacán costearo por el Pacífico, de esta manera, sin una embarcación adecuada para navegar en mar abierto y sin provisiones suficientes, afirma el autor, pudo ser posible realizar la travesía, añadiendo distancia pero reduciendo riesgos. Además, el primer río a lo largo de la costa mesoamericana que habrían encontrado los navegantes y que les habría ofrecido acceso al interior sería el Río Balsas. Al proponer el arribo a Michoacán a través

⁴⁴ Miguel Covarrubias, *Arte indígena de México y Centroamérica*, trad. del inglés de Sol Arguedas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1961, p. 115.

⁴⁵ Robert Chadwick, “Archaeological Synthesis of Michoacan and Adjacent Regions” en *Handbook of Middle American Indians*, Vol. 11: *Archaeology of Northern Mesoamerica Part 2*, editor general Robert Wauchope, editores del volumen 11 Gordon F. Ekholm e Ignacio Bernal, Austin, Tx., University of Texas Press, 1971, p. 677.

⁴⁶ Vincent Malmström, “Geographical origins of the tarascans” en *Geographical Review*, vol. 85, no. 1, enero, 1995, (Versión PDF).

del mar, echa por tierra la credibilidad del Lienzo de Jucutacato que, como se verá más adelante, describe una ruta por tierra.

Luego de estudiar la viabilidad de una travesía marítima, una primera suposición es que el idioma purépecha está emparentado con el quechua, la lengua nativa de los incas o incluso con el chibcha de Colombia.

Además de la supuesta afinidad de los idiomas, Malmström reconoce otros elementos sudamericanos en el bagaje cultural de los tarascos. Por ejemplo, hace notar que el estilo cerámico de las vasijas de asa - estribo tan típicamente tarascas es muy similar al de algunos ejemplares hallados en Perú o Ecuador. Además, encuentra en la manera en que las piedras individuales son cortadas y ajustadas en la construcción de las yácatas, una fuerte reminiscencia de las técnicas constructivas empleadas en los Andes no sólo por los Incas sino también por la anterior civilización de Tihuanaco. En Michoacán, estas piedras especialmente cortadas son llamadas xanamu y se reconocen como una característica propia de la cultura tarasca. Malmström propone el año 800 de nuestra era como el inicio de la migración purépecha desde Sudamérica porque la primera evidencia de metalurgia en Mesoamérica aparece entonces. Según sus cálculos, siete u ocho canoas llenas de migrantes llegando en 800 d.C. habrían sido suficientes para generar la población que se sabe, había para el año 1500. Es decir, la escala de migración fácilmente podría haber sido suficiente para generar una población precolombina del tamaño del actual grupo hablante de purépecha en Michoacán y podría haber sido suficientemente pequeña para ser acomodada en una flotilla de tamaño muy razonable.

El llamado Lienzo de Jucutacato cobra importancia en tanto parece tratarse de la pictografía de un viaje, quizá una migración. Ya Fray Alonso de Larrea menciona el lienzo como la evidencia de que los tarascos pintaron el origen de su venida y aunque

equivocando los lugares referidos, puesto que sitúa el sitio de partida en las siete cuevas o Chicomóztoc, Larrea cree sin reparos que se trata del testimonio del origen tarasco⁴⁷. Se ha visto ya que Corona Núñez lo interpreta como tal, pero para varios autores más, el Lienzo de Jucutacato describe la peregrinación de un grupo de habla náhuatl puesto que tiene anotaciones en esta lengua. El inicio de la migración aquí representada se sitúa según Seler, en un lugar mítico en el mar oriental que baña la costa de Veracruz y se dirige hacia el pueblo de Xiuhquillan (Jicalán, Uruapan), Michoacán. Las vestimentas de los personajes son las utilizadas tradicionalmente por los tarascos, las camisas largas y no el maxtlatl de los mexicas, aunque la mayor parte de las anotaciones están en náhuatl. Además, el nombre del lugar originario, Chalchiuhtlahpazco, no se ha ubicado geográficamente. Este lienzo, pintado en rojo y negro es un pedazo de tela de algodón que fue encontrado en el poblado de Jucutacato, situado a algunos kilómetros al sur de Uruapan, Michoacán, sin embargo puede ser originario de Jicalán. Actualmente lo conserva la Sociedad de Geografía y Estadística.

El Lienzo es un documento colonial, posiblemente dibujado por petición de los conquistadores españoles, narrando la visita en 1533 del oidor Vasco de Quiroga al poblado de Xiuhquillan, importante centro metalúrgico en Tierra Caliente de Michoacán con objeto de obtener información sobre la minería de la región, las técnicas, la cantidad de extracción, los caminos y algunos datos que interesaban a la corona española⁴⁸. O posiblemente, como lo expone Roskamp, fuese un documento pictográfico utilizado como prueba jurídica en favor de los indios de Jicalán.

Una etapa importante dentro de la discusión sobre los orígenes data del XXXIII Congreso de Americanistas realizado en San José de Costa Rica en 1958, en el que se

⁴⁷ Larrea, *Crónica de la orden...*, p. 71.

⁴⁸ Román Piña Chan, "El lienzo de Jucutacato o Xiuhquillan" en *Los arqueólogos frente a las fuentes*, comp. Rosa Brambila y Jesús Monjarás-Ruiz, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, (Colección Científica, núm. 322), p. 214 - 215.

Llevaron a cabo discusiones que estuvieron marcadas por la corriente metodológica que imperaba en el mundo, el 'difusionismo'. A través del estudio de los lazos culturales y la búsqueda y definición de rasgos compartidos, se intentaba explicar la dinámica de los pueblos en el tiempo y en el espacio⁴⁹. Arqueólogos que habían explorado en las costas de Ecuador, Perú, Colombia, Costa Rica, Guatemala y México discutían los posibles intercambios efectuados entre el área andina y México. Las evidencias que parecían más sospechosas eran las tumbas de tiro a las que siempre se les calificó de 'poco mesoamericanas'. Así, cobró forma el llamado 'Proyecto A' cuyo objetivo fue el de hacer un reconocimiento arqueológico por la costa pacífica mexicana y encontrar indicios de comunicación entre Sudamérica y Mesoamérica en los sitios mencionados. Se hicieron excavaciones en Nayarit, Jalisco, Colima y Michoacán, siendo los mejores resultados, los datos arqueológicos de occidente con que no se contaba hasta la fecha. En el marco del proyecto, las investigaciones no consiguieron encontrar los indicios de aquello que se buscaba. El 'Proyecto A' no buscaba los orígenes tarascos específicamente, pero en su conjunto, nació de una inquietud similar a la que llevó a varios investigadores precedentes a plantearse la posibilidad de un contacto entre las costas occidentales de México y Sudamérica, debido principalmente a los hallazgos arqueológicos sui géneris y a las particularidades de un idioma único en Mesoamérica.

Se ha citado hasta ahora el trabajo de algunos autores, quienes con métodos propios han contribuido a una discusión que está lejos de concluir. Quizá la variedad en las teorías propuestas sea resultado de la poca documentación con que se cuenta. Sin embargo, debe señalarse que tras un siglo de investigaciones diversas, se han abierto posibilidades de explicación al complicado problema de los orígenes tarascos del que hasta ahora nada se sabe con certeza.

⁴⁹ Olay, "El Occidente, una historia...", p. 55.

3. El desarrollo del concepto de 'lo tarasco'

El camino recorrido desde que los primeros investigadores de la cultura tarasca publicaron sus teorías, hasta los estudios más recientes tratando de caracterizar a las etnias tarascas, tampoco ha estado exento de problemas similares al de los orígenes. En la historiografía sobre el tema se puede seguir la pista al desarrollo del concepto de 'lo tarasco', término que ha sido modificado sobre todo a la luz de las investigaciones arqueológicas. En el primer apartado de este capítulo se señaló quiénes eran los sujetos de la investigación. Para llegar a destacar la singularidad del grupo Uacúsecha han tenido que pasar años de discusiones sobre la denominación en primer lugar, del occidente mesoamericano, después, de los antiguos habitantes de Michoacán; posteriormente, de los tarascos como generalidad y por último de los distintos grupos de filiación tarasca.

El Occidente de Mesoamérica fue definido generalmente, con base en aquéllos rasgos culturales típicamente mesoamericanos, ausentes en el área. El ejemplo más significativo de estas ausencias es una arquitectura (quizá exceptuando la de la zona tarasca) que no es por mucho, tan vistosa como la del resto de las regiones en que se ha dividido a Mesoamérica.⁵⁰ Así, al Occidente se le calificó de tener un carácter marginal y una dinámica cultural oscura.⁵¹ A través de las últimas dos o tres décadas, el ritmo de las investigaciones arqueológicas en Occidente se ha acelerado, y se han hecho descubrimientos arqueológicos notables; nuevos sitios y nuevas interpretaciones han demostrado la gran complejidad cultural en esta área durante la época prehispánica. La

⁵⁰ Ibid., p. 48.

⁵¹ Olay, "El Occidente, una historia...", p. 43.

arqueología en esta región, sin embargo, ha tenido poca influencia en la definición de la cultura mesoamericana.⁵²

Su estudio, además, se abordó tardíamente entre otras razones, porque la violencia con que fue conquistada la región arrasó con pueblos y poblados, siendo nuevamente el caso del lago de Pátzcuaro y sus habitantes, una excepción. El tardío interés por esta área suscitó confusiones con respecto a la continuidad de la ocupación de ciertos grupos. El occidente se dio a conocer a través de su arte cerámico básicamente y fueron las llamadas tumbas de tiro las que ofrecieron los primeros materiales. A partir de la belleza de tales evidencias arqueológicas se empezó a generalizar lo 'occidental' incluyendo en ese apelativo a diversas culturas sin reparar en su tiempo y espacio de ocupación. La primera prueba que debieron superar las culturas tarascas fue entonces la de la inclusión atemporal en el contexto de todo el Occidente.

Miguel Covarrubias en su *Arte indígena de México y Centroamérica*, dedica un capítulo especial a las culturas de Occidente ya que no le parece razonable incluirlas en ninguno de los horizontes del arte mesoamericano⁵³, sin embargo hace notar a los lectores que tampoco es razonable amontonar las antigüedades de esta región bajo la etiqueta de 'tarascas', debido principalmente a que los indígenas de lengua tarasca no aparecieron sino muy tarde en la historia y que no ocuparon más que una pequeña parte del territorio de lo que conforma el Occidente mesoamericano.⁵⁴ Covarrubias hace esta aclaración porque las generaciones anteriores tomaron por cierto lo que él mismo advirtió como erróneo.

⁵² Eduardo Williams, "El antiguo Occidente de México: un área cultural mesoamericana" Informe Presentado a FAMSI: Fundación para el avance de los estudios Mesoamericanos, Inc., 2003 [en línea] disponible en <http://www.famsi.org/spanish/research/williams/> [Consultado el 11 de mayo de 2006].

⁵³ Covarrubias, *Arte Indígena...*, p. 92.

⁵⁴ *Ibid.* p. 93.

Muchos autores han coincidido en que el occidente mesoamericano no siguió el proceso de evolución cultural de los grupos del centro y del sur de México. Durante el llamado Clásico no hay evidencias de un gobierno centralizado donde la religión desempeñara una función predominante ni se construyeron grandes urbes. Otto Schöndube propone un largísimo estadio de desarrollo para occidente que va desde el 2000 a.C. hasta el 600 d.C.⁵⁵ y que equipara con el desarrollo preclásico del resto de Mesoamérica de manera que esta área habría experimentado un formativo muy prolongado para venir a 'incorporarse' al desarrollo mesoamericano tardíamente, adoptando sus rasgos generales hasta el período Posclásico. Además, señala el mismo autor, el occidente durante el último periodo de existencia de Mesoamérica, vivió una 'época inquieta', con grupos en movimiento y al parecer con diversos conflictos de carácter bélico.⁵⁶ Y una vez incorporado al desarrollo general, el llamado 'arte anecdótico' desaparece para dar lugar a nuevas formas y costumbres más afines al sentir mesoamericano propio del siglo IX d.C. en adelante.⁵⁷

Con 'arte anecdótico' Schöndube se refiere al arte que durante lo que él considera su larguísimo formativo, caracterizó a diversas culturas de occidente conocidas como las culturas de las tumbas de tiro, peculiaridad arquitectónica funeraria que se extiende por sitios en Nayarit, Jalisco, Colima, Michoacán y Zacatecas. Las piezas que acompañaban los enterramientos y que se inscriben en esta tradición, son sobre todo figuras modeladas en arcilla que recrean a deidades protectoras e individuos de la sociedad que eran acompañantes de los difuntos⁵⁸, representaron hombres y mujeres en posiciones que reflejan muchas de las actitudes de su vida cotidiana, inclusive en poses guerreras y

⁵⁵ Otto Schöndube, "El Occidente, tierra de ceramistas" en México en el mundo de las colecciones de arte, México, Secretaría de Relaciones Exteriores - Universidad Nacional Autónoma de México - Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 85.

⁵⁶ Ibid., p. 92.

⁵⁷ Ibid.

⁵⁸ Felipe Solís, "Figuras y figurillas" en Cien obras maestras del arte mexicano, época prehispánica, México, Editorial México Desconocido - Aeroméxico, 1998, p. 102.

hasta con enfermedades, copiando también primorosamente las plantas y los animales con que convivían.⁵⁹ Los ejemplos más mostrados en los libros de arte son sobre todo los guerreros provenientes de Jalisco, figuras femeninas en actividades cotidianas o enfermas halladas en Nayarit y los perros regordetes de Colima. Así, los estudios sobre el Occidente mesoamericano se caracterizaron por la interpretación de un formativo muy extenso o como lo ha llamado Salvador Toscano, 'una fosilización del estilo arcaico'. Ahí fructificó una tradición artística de tal peculiaridad que fue capaz de unificar e identificar artísticamente a un territorio muy grande.

A lo largo del período virreinal, la memoria de los pueblos de la costa occidental mexicana acabó por convertirse en olvido. "La de los pueblos asentados en la meseta tarasca logró permanecer de la mano de los franciscanos y agustinos. Tal vez la presencia de los indios purépechas a través de la Colonia construyó la idea de que solo ellos habrían sido los habitantes del amplio Occidente mesoamericano"⁶⁰. Además, como se mencionó, la arquitectura tarasca fue la excepción a una carente monumentalidad en el Occidente. De esta manera, la cultura tarasca, la única que contaba con textos de referencia, la que poseyó el desarrollo más sobresaliente del Posclásico occidental y que fue símbolo de la resistencia ante el 'imperio mexica', abanderaba y daba nombre a la tradición cerámica y artística más sobresaliente de su área cultural.

En 1939 el escritor José Alvarado publicó un artículo titulado "Hipótesis sobre la cerámica tarasca", en donde presenta acompañando al texto, figuras cerámicas antropomorfas, en su totalidad procedentes de la llamada 'cultura de las tumbas de tiro' y anota:

⁵⁹ Felipe Solís y Ángel Gallegos, "Arte funerario en el Occidente de México en la época prehispánica" en Correo del Maestro, núm. 42, nov. 1999 [en línea], disponible en <http://www.correodelmaestro.com/anteriores/1999/noviembre42/artistas42.htm> [consultado el 3 de dic. de 2006]

⁶⁰ María de los Ángeles Olay, "El Occidente mesoamericano" en Descubridores del pasado en Mesoamérica, México, Editorial Océano - Turner Publicaciones - Antiguo Colegio de San Ildefonso, 2001, p. 197.

Observando la cerámica tarasca, se puede adivinar el concepto que los tarascos tenían del hombre. Lo primero que se advierte en las figuras es la presencia de dos elementos completamente distintos: el terror y la ironía. Un terror que se manifieste en gestos faciales crueles y espantosos, en pavorosas composiciones zoomorfas: los rostros de la obra tarasca son de seres aterrorizados, pero también de criaturas que inspiran terror, que contagian su miedo misterioso y horrendo. Para los tarascos el hombre aparece como un motivo de ridículo [...] es algo viviente que no merece ni respeto ni admiración, sino quizá, simple conocimiento.⁶¹

Según sus apreciaciones, se trata de la representación de seres humanos desacralizados, retratados en su miserable cotidianidad. El juicio del autor, en mi opinión no coincide con la notable vitalidad que exhiben estas piezas, además de la acuciosa observación de la naturaleza que se hace necesaria para la creación de tales obras; sin embargo, el comentario más importante que hay que hacer es que sin duda se trata de figuras que no pertenecen a la cultura tarasca. Estamos ante una peculiar descripción de ejemplares de ese 'arte anecdótico' que tantos años caracterizó al occidente. La 'cultura tarasca', bajo este signo, fue considerada por antonomasia, como la cultura del occidente mesoamericano y la alfarería de la tradición de las tumbas de tiro, como la expresión 'tarasca' del arte.

Paul Westheim escribió en 1962 *La cerámica del México antiguo*, fenómeno artístico, donde se observa la utilización del mismo criterio para denominar la cultura tarasca:

La denominación 'cultura tarasca' abarca las diferentes regiones del occidente de México: Michoacán, Guerrero, Guanajuato, Jalisco, Colima y Nayarit. En su producción cerámica de sorprendente variedad, se manifiesta una inventiva

⁶¹ José Alvarado, "Hipótesis sobre la cerámica tarasca" en *Artes Plásticas: raíces y frutos de la cultura*, núm. 2, dir. Manuel Rodríguez Lozano, verano de 1939, México, p. 69.

plástica de gran seguridad artística. El rasgo distintivo del arte tarasco es su acusada mundanidad, todos los tipos humanos que desfilaban por la vida cotidiana de este mundo indígena, aguadores, guerreros, acróbatas, jugadores de pelota, músicos, parejas de amantes, grupos de madre e hijo.⁶²

La de Westheim se trata también de la apreciación de una expresión cerámica llena de ejemplos de vida cotidiana, una descripción que sin duda nos remite a los ejemplos nayaritas y colimenses del arte funerario de las tumbas de tiro, pero en definitiva, ajena al arte tarasco.

Por último, a los ejemplos precedentes se puede agregar el de Salvador Toscano, quien en su libro *Arte precolombino de México y de la América Central* afirma que la alfarería tarasca acusa tres épocas culturales claramente definidas. La primera sería la etapa arcaica, correspondiente a El Opeño, Zamora. El horizonte medio, representado por las vasijas con técnica alveolada o al falso cloissoné procedentes de Jiquilpan, Michoacán y el horizonte moderno posterior a 1200 y contemporáneo de las civilizaciones que alcanzaron a conocer los españoles. El periodo moderno es el propiamente tarasco - continúa Toscano -, el que conocemos históricamente por la *Relación de Michoacán*, "el de la alfarería de Tzintzuntzan, Ihuatzio, Pátzcuaro, Chupícuaro y Colima".⁶³

Toscano plantea una continuidad cultural o incluso estilística llamada 'tarasca' que iría desde el preclásico, señalando a El Opeño (o el Lopeño) como el antecedente más lejano, llegando hasta la alfarería de Tzintzuntzan o el excelso ejemplo de Chupícuaro como los descendientes más próximos que habría tenido una cultura con miles de años

⁶² Paul Westheim, *La cerámica del México antiguo, fenómeno artístico*, trad. del alemán de Mariana Frenk, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1962 (Colección de Arte, 11), p. 66.

⁶³ Salvador Toscano, *Arte precolombino de México y de la América Central*, prólogo de Miguel León - Portilla, ed. de Beatriz de la Fuente, 3ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1970, p. 170.

de desarrollo. Desde luego se trata de una afirmación que ha sido ampliamente desmentida por la arqueología. Las prospecciones arqueológicas han dado lugar a algunas cronologías que aseguran que hay distintas fases de ocupación en el propio Michoacán y estudios diversos han asegurado que se trata de estilos cerámicos distintos sin una aparente continuación tan prolongada⁶⁴. Por ejemplo, señala Donald Brand que “la cerámica policromada de Lumholtz de Cherán no ha sido encontrada en otra parte, la cerámica policromada de Chupícuaro no está extensamente representada, los materiales de Apatzingan indican una filiación con Colima por una parte y con Tzintzuntzan por la otra”.⁶⁵

Es cierto que del occidente mesoamericano se sabe poco todavía y que la cultura más estudiada dentro de esta área cultural ha sido la tarasca, en gran parte gracias a los registros escritos que hacen alusión a ella. Lo que se sabe ahora es que la tradición de las tumbas de tiro nada tiene que ver con la tardía cultura tarasca.

Más adelanté hablaré particularmente de la escultura propiamente tarasca, por ahora, baste señalar que algunos de los ejemplos más significativos del arte que las culturas purépechas desarrollaron durante sus más de 300 años de historia, están representados fundamentalmente por su cerámica, su peculiar arquitectura y sus objetos de oro y cobre tan únicos en Mesoamérica.⁶⁶

Los anteriores fueron algunos de los avatares de la ‘cultura tarasca’ a través de la historiografía. Un ejemplo de lo complicado que ha sido caracterizar tanto a las culturas tarascas, como a todas aquéllas que formaron parte del desarrollo occidental de Mesoamérica en cada fase. Ha resultado tan difícil como definir sus verdaderas sucesiones culturales. Toda esta historia fue urdida ante las evidencias de su tiempo, los

⁶⁴ Vid. Chadwick, “Archaeological Synthesis of Michoacan...” p. 657 - 693.

⁶⁵ Brand, “La región tarasca”, p. 460.

⁶⁶ Vid. Miguel Pastrana Flores, Arte tarasco, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999 (Círculo de Arte), p. 14.

historiadores necesitamos de la arqueología para ciertos temas y en este caso sus hallazgos han sido fundamentales.

4. La controversia del gentilicio y del idioma

Otro capítulo controversial con respecto a estas etnias es la manera de nombrarlas. Se ha visto que no quedan claros sus orígenes ni sus divisiones internas en caso de tratarse de un solo grupo o en el otro caso, no estamos ciertos de saber cuáles son los diversos grupos compartiendo la afinidad cultural del idioma. Al mismo tiempo, el purépecha como una 'isla lingüística' en medio del occidente y en el contexto de Mesoamérica, sigue planteando interrogantes.

Se puede hablar del tarasco como idioma y de los tarascos como la etnia o las etnias que lo hablaron. Pero también se puede hablar del purépecha como idioma y de los purépecha⁶⁷ como aquéllos que lo hablan. Se ha dicho en repetidas ocasiones que para los actuales hablantes de esta lengua el término "tarasco" con el que se les denomina es peyorativo y que ellos mismos prefieren llamarse purépecha, quizá debido a lo que apunta el probable autor de la Relación Geográfica de Cuiseo de la Laguna, Pedro Gutiérrez de Cuevas:

La lengua que estos naturales hablan dicen que, en su gentilidad, la nombraban purépecha, que como si dijésemos 'lengua de hombres trabajadores'. Y este nombre se les daba a causa de que su rey ordinariamente, los llevaba cargados a las guerras, y los hallaba más fuertes, así para esto como para sus sementeras. Este nombre que ahora se les da de tarascos, dicen los naturales que se lo pusieron los españoles que los conquistaron en una

⁶⁷ El sufijo 'echa' pluraliza la palabra 'purépecha' en el idioma propio, debido a ello ya no agrego una 's' para pluralizar en castellano la palabra. Vid. Mauricio Swadesh. Elementos del tarasco antiguo. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1969 (serie Antropológica, núm. 11), p. 38.

refriega que tuvieron con ellos sobre el pueblo de Tsintsontsa, por razón de que oyeron a un indio dar voces, llamando a un su suegro que había perdido en el rebato y decía, llamándole 'tarasco, tarasco' que en su lengua quiere decir: '¡ah suegro!, ¡ah suegro!'. Y así, los españoles les llamaron de ahí adelante indios tarascos; mas, en efecto, ellos, en su gentilidad, se llamaban purépechas.⁶⁸

Es justo saber lo que mencionan las Relaciones Geográficas, pero por lo menos en lo que respecta a la actualidad, el gentilicio de 'tarascos' parece haber sido adoptado de manera consuetudinaria sin ninguna connotación despectiva hacia los hablantes.

Se pretende que el origen de la palabra sea el vocablo tarascue. En la Relación de Michoacán se señala esto al respecto:

Y los españoles antes que se fuesen, llevaron dos indias consigo que le pidieron al Cazonçi, de sus parientas, y por el camino juntábanse con ellas y llamaban los indios que iban con ellos a los españoles, tarascue, que quiere decir en su lengua yernos. Y de allí ellos después empezárosles a poner este nombre a los indios y en lugar de llamarles tarascue, llamároslos tarascos el cual nombre tienen agora y las mujeres tarascas.⁶⁹

Por su parte Mariano Veytia escribe su versión del origen del gentilicio para estas gentes de Michoacán. Menciona que la palabra 'tarascos' viene de una curiosa onomatopeya, para exponer su idea relata cómo los tarascos arribaron a Michoacán:

Tras cruzar un estrecho o brazo de mar, que algunos asientan fue el Río de Toluca, que desemboca en la Mar del Sur [...] se determinaron a pasarle formando balsas de troncos y no teniendo con qué amarrarlos, se quitaron los maxtlis [...], afianzaron con ellos los maderos [...], con esta maniobra se les rompieron y perdieron, viéndose enteramente desnudos [los tarascos].

⁶⁸ Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán, edición de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1987, (Serie Antropológica, Núm. 74), p. 81 - 82.

⁶⁹ Relación de Michoacán, p. 660.

Las otras cuadrillas se quedaron atrás y dicen haber sido de las de los mexicanos, teochichimecas y otros, pasaron también el estrecho en balsas; pero se dieron maña para afianzarlas sin despojarse de sus ropas. Habiendo llegado a alcanzar a los primeros, y viendo aquella desnudez e inhonestidad, se hostigaron de ella, y ese fue el motivo de separarse, quedando en las tierras de Michoacán los primeros, a quienes dieron el nombre de Tarascos 'por el sonido que les hacían las partes genitales en los muslos al andar'.⁷⁰

Tarascue es la palabra en propio idioma tarasco que se asemeja más a alguna que pudiera interpretarse como la palabra original de la que deriva la supuesta modificación hecha por los españoles. En efecto dicha palabra significa 'yerno' o 'suegro' o 'suegra'.⁷¹ Me parece ser ésta la razón del origen del dilema entre seguir utilizando la palabra 'tarasco' o utilizar 'purépecha' que como se vio anteriormente, sería el vocablo utilizado por los hablantes para nombrarse.⁷² Se preferiría el término 'purépecha' sobre el de 'tarasco' debido a la autoridad que a aquél le confiere haber sido el originalmente utilizado por los hablantes del idioma según las Relaciones Geográficas, sin embargo, la historia prehispánica está llena de ejemplos similares en donde las palabras originales fueron modificadas tras el mal entendimiento de los españoles y adaptadas a una pronunciación más sencilla para los hablantes de castellano.

Alfredo López Austin cree que los tarascos no sólo no se daban ese nombre, sino que la palabra es extraña. "Y ante ella los tarascos, creyéndola propia y acercándola lo más posible a sus vocablos, se esforzaron por encontrar la causa de su uso en las más pintorescas y descabelladas explicaciones".⁷³ Baste el ejemplo de Mariano Veytia para no dudarlo. Es decir, el episodio de los tarascos llamando 'suegros' a los españoles con

⁷⁰ Mariano Veytia, Historia Antigua de México, México, Editorial del Valle de México, 1979, tomo 1, p. 328.

⁷¹ Fray Matutino Gilberti, Vocabulario en lengua de Mechuacan, México, Centro de estudios de historia de México CONDUMEX.

⁷² Fray Matutino Gilberti asienta en su vocabulario: ¶Purépecha: Macehuales, la gente común.

⁷³ López Austin, Tarascos y mexicas..., p. 19.

quienes iban las mujeres, sería sólo una anécdota escrita a posteriori para dar un significado coherente al término.

En este caso, de ser cierto el episodio que narra la Relación de Michoacán y tras años de utilización del término 'tarascos' por todas las partes involucradas, hablantes e historiadores, parece ser una cuestión no falta de importancia pero al mismo tiempo, un dilema superado. Eduard Seler mencionaba que se debía "conservar el nombre 'tarascos' porque se ha naturalizado, así como conservamos los nombres de Yucatán y Catoche, por más que ni uno ni otro hayan existido antes de la época española y deban su origen a la errónea interpretación de palabras comunes y corrientes".⁷⁴

Como otra vertiente de la discusión se tiene la información dada por Fray Bernardino de Sahagún, según la cual, el origen del gentilicio para esta etnia tiene su origen en un dios al que los tarascos llamaban 'Taras'.⁷⁵ José Corona Nuñez anota en su texto Mitología tarasca que el dios Taras no existe como tal pero sí existe un dios Thares Upeme, deidad anciana procreadora, engendradora, de manera que los tarascos serían propiamente los engendradores o procreadores: el suegro y la suegra, el yerno y la nuera.⁷⁶ La denominación tarascos equivale según lo señala Lumholtz en su México desconocido a 'respetables señores'.⁷⁷ Por tales razones, no tendría nada de despectivo el uso de la palabra 'tarasco'. Ciertamente, explicado de esta manera no se refiere a un gentilicio pero tampoco se trata, según la interpretación de José Corona Nuñez, de una palabra peyorativa para nadie.

⁷⁴ Seler, "Los antiguos habitantes...", p. 171.

⁷⁵ Fray Bernardino de Sahagún, Historia general de las cosas de la Nueva España, introducción, paleografía y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, tomo 2, México, Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Editorial Patria, 1989 (Cien de México), p. 670.

⁷⁶ José Corona Nuñez, Mitología tarasca, 5a. edición, Morelia, Mich., Instituto Michoacano de Cultura, 1990, p. 23.

⁷⁷ Ibid.

Se puede pensar que la palabra efectivamente fue dada por los españoles modificando alguna en idioma tarasco como lo menciona la Relación de Michoacán, o bien, como lo asienta Sahagún, que fue utilizada por los propios tarascos antes de la llegada de los españoles.

No ignorando la autoridad y la valía del trabajo y método antropológico de Sahagún, es decir, partiendo de la base de que el gentilicio existe antes de la llegada de los españoles, me parece que el significado de 'tarasco' podría también estar relacionado con la situación en que se vio la gente que arribó a Michoacán en el siglo XII. A su llegada se vieron obligados a establecer alianzas básicamente matrimoniales. La Relación de Michoacán lo describe puntualmente y parece factible proponer que el gentilicio se trate de un nombre referido a los lazos de parentesco creados por los advenedizos con la población ya asentada en el lugar. Curatame y su esposa, descendiente éste en línea directa de Hire Ticátame, se convirtieron en suegros de la hija de Hurendetiecha, el pescador de habla tarasca de la laguna de la isla de Uranden al que los advenedizos reconocieron como su pariente. Esta es la primera vez que los tarascos llegados posteriormente dicen reconocer a gente que comparte sus tradiciones y su lengua. De esta manera, Pauacume II, el hijo menor de Curatame al casar con la hija de Hurendetiecha, engendra a Tariácuri. Éste último personaje es sin duda un pilar en la historia tarasca, quizá el héroe cultural más importante en el desenvolvimiento de los hechos posteriores. Esto significa que Curatame y su esposa serían suegros de la hija de Hurendetiecha y al mismo tiempo éste y su esposa serían suegros de Pauacume II. Ambas parejas de suegros (tarascue) habrían formado con sus respectivos hijos, la pareja que engendraría a Tariácuri. Hay que recordar que Tariácuri comandó un amplio y fuerte movimiento hasta lograr la unificación de la mayoría de los pueblos, iniciándose así la conformación del Estado tarasco. Unificados bajo un mismo nombre y un único

mando, Tariácuri representaría por sí mismo la fusión de distintas etnias que compartían rasgos culturales. Sin duda, la alianza matrimonial más próspera e importante de una etnia tarasca con las otras ya presentes en Michoacán es ésta, fruto de la cual nacería el héroe cultural que lograría conformar un Estado poderoso. El destino había unido a cazadores y pescadores, quienes sustentarían a la futura sociedad tarasca. El matrimonio terrenal, como lo señalan Felipe Solís y Ángel Gallegos sería la equivalencia mística de la unión entre Curicaueri y Xaratanga y la adopción de los principales dioses de la localidad, quienes formarían la familia divina.⁷⁸

Sin dejar de lado las observaciones de José Corona Núñez, me parece que la acepción que hace de tarascue como 'los engendrades' queda ejemplificada perfectamente con el caso del matrimonio de los padres de Tariácuri. La palabra utilizada como gentilicio para toda la comunidad que compartió el mismo idioma y los mismos dioses hasta la muerte de Tangaxoán II, toma un sentido nuevo. Los tarascue serían en toda regla, los 'engendrades' de un Estado tarasco unificado y poderoso, no sólo los descendientes de Hire Ticatame tendrían derecho a pertenecer a la comunidad tarasca, igual derecho tendrían los habitantes primeros con quienes compartían ya desde antes el importante elemento cultural de unión, el idioma. La importancia que podría cobrar el hecho de 'tener suegros' nos habla en primer lugar de alianzas con personas que en principio no pertenecen a la misma familia y al mismo tiempo nos habla de pertenencia a una sociedad que se forma de mutuo acuerdo. Quizá la interpretación de que los propios tarascos nombraban 'suegros' a los españoles por haber violado a sus mujeres sea en efecto, una interpretación hecha a posteriori, sin embargo, yo no

⁷⁸ Felipe Solís y Ángel Gallegos, "Tariácuri, fundador del reino de Michoacán" en México Desconocido, fascículo Pasajes de la historia, núm. 8, enero 2003 [en línea] disponible en <http://www.mexicodesconocido.com.mx/espanol/historia/prehispanica/detalle.cfm?idcat=1&idsec=1&idsub=11&idpag=4004> [consultado el 17 de diciembre de 2006].

negaría que la palabra tarasque tiene una importancia especial para las etnias hablantes de tal idioma, más allá del significado literal.

Lo referente al idioma tarasco o purépecha es otra cuestión que nos pone en un brete. Generalmente se ha considerado a la lengua como una 'isla lingüística', es decir, sin parientes cercanos geográfica ni temporalmente. Sin embargo, ha habido estudios interesantes que han encontrado lenguas con las cuales el tarasco podría tener parentescos remotos. Eduard Seler, por ejemplo, menciona en el texto de "Los antiguos habitantes de Michoacán" que vio la luz entre 1960 y 1961, que el tarasco se relaciona con las lenguas de los pueblos vecinos e incluso con algunas de la familia maya. Las coincidencias encontradas por Seler, residen en cuestiones fonéticas:

existen [en la lengua tarasca], así para la serie de guturales, como para las palatales, dentales y labiales, los sonidos especiales que se producen cerrando y abriendo simultáneamente la glotis y el punto articular de la boca y que en las gramáticas yucatecas se califican de 'letras heridas', sonidos que, como se sabe son del todo ajenos al idioma mexicano y a sus afines; mientras que más al sur, en las lenguas del territorio andino de Sudamérica, se emplean también en muy vasta escala.⁷⁹

Por su parte, Mauricio Swadesh pocos años después, colocó al tarasco en el tronco macro - quechua, cuya mayor parte se halla en Sudamérica, siendo el tarasco y el zuñi - keresano los únicos ejemplares en América del Norte. La afinidad del tarasco con el aymara y el quechua se refleja según Swadesh, en su estructura. Todos estos idiomas muestran un desarrollado uso de los sufijos y algunas coincidencias en el uso de algunos de ellos. En el campo de la fonética hace notar que el zuñi tiene pausas glotalizadas y pausas simples, el tarasco tiene aspiraciones, mientras que el keresano, el quechua y el aymara tienen las tres particularidades. Presumiblemente el triple uso sea arcaico.

⁷⁹ Seler, "Los antiguos michoacanos..." , p. 152.

Mientras que el tarasco y el zuñi han eliminado uno de los tipos, las diferencias estructurales del zuñi y del keresano con respecto al tarasco y al quechua pueden deberse, por una parte, a la larga separación y por otra, a que las tendencias de cambio no fueron paralelas cuando formaban parte de una comunidad lingüística única.

También encuentra una afinidad entre el tarasco y el tronco macro - maya, dicha afinidad es reconocible entre el tarasco y el matlalzinca. La inferencia sin embargo es que el tarasco antiguamente estuvo en menos íntimo contacto con las lenguas otopames que con el zuñi y el quechua. Presumiblemente algunos dialectos ahora perdidos, habrían estado localizados en medio de las viejas formas de los lenguajes mencionados pero con una separación muy fuerte del lado macro - maya.

En este estudio, Swadesh agrega una lista de palabras en tarasco y en quechua que él consideró emparentadas morfológicamente, también presenta palabras en zuñi que al parecer están igualmente emparentadas.⁸⁰ Ello como ejemplo de las coincidencias en la estructura de las palabras más allá de las afinidades fonéticas.

Este autor habla de la familia lingüística a la que pertenece el tarasco, sin embargo, aclara también que se trata de una entidad lingüística aislada en el sentido de que no tiene parientes cercanos, las afinidades vistas distan del tarasco por unos cinco mil años.⁸¹ Quizá es como plantea la cuestión Román Piña Chan, quien creyó que el tarasco no era más que un idioma local fosilizado en Michoacán.⁸²

Por ahora no se puede más que mencionar la posible familia de la lengua tarasca. Ya se vio anteriormente la controversia acerca de los orígenes de estas etnias a lo que algunos autores argumentaban la singularidad del idioma como señal de un origen

⁸⁰ Mauricio Swadesh, "Lexicostatistic classification" en Handbook of Middle American Indians, vol. 5: Linguistics, Robert Wauchope editor general, Norman A. Mcquown editor del volumen, Sn. Antonio Tx., University of Texas Press Austin, 1967, p. 92 - 93.

⁸¹ Mauricio Swadesh, Elementos del tarasco antiguo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección de Publicaciones - Instituto de Investigaciones Históricas, 1969 (Serie Antropológica, 11), p. 25.

⁸² Nota de Francisco Miranda, apud. Seler, "Los antiguos habitantes de Michoacán", p.152.

sudamericano. Con estas afirmaciones de Seler y de Swadesh por mencionar sólo dos estudios importantes, se vuelve necesariamente al tema de las similitudes entre la cultura tarasca en su conjunto y algunas expresiones culturales sudamericanas.

Capítulo 2: Tarascos y mexicas, las posibilidades históricas de un encuentro en Michoacán.

1. La migración mexicana.

Sólo a grandes rasgos se sabe que a partir del siglo XII se registraron desplazamientos multitudinarios de pueblos oriundos del sur de Aridamérica y del área Norte de Mesoamérica hacia el centro de México.¹ Las circunstancias bajo las cuales se hicieron necesarios no están claras, la información arqueológica es insuficiente y más aún, como se verá en este capítulo, los documentos y pictografías que refieren estas migraciones contienen datos contradictorios y según López Austin y López Luján, contienen más elementos míticos de lo que se suele pensar.

Entre los mencionados desplazamientos se encuentra el de los mexicas, el último de los grupos chichimecas que se estableció definitivamente en la Cuenca de México y según las fuentes históricas podría haber ocurrido entre los siglos XII y XIV.²

Quizá una de las razones de la migración y el gran desplazamiento de pueblos fuera el caos político que se produjo al desintegrarse la estructura de poder que había dominado la primera mitad del Posclásico. Los relatos mexicas mencionan que abandonaron la isla de *Aztlán* huyendo de las obligaciones tributarias excesivas que debían a los señores de ésta. Aztlán es entonces el punto de partida de los mexicas, sin embargo, su localización e incluso su existencia es uno de los temas que más ha generado controversia entre los investigadores del tema. Entre los autores que señalan

¹ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*, México, El Colegio de México - Fideicomiso Historia de las Américas - Fondo de Cultura Económica, 1996 (Hacia una nueva historia de México), p. 187.

² Ma. Concepción Obregón Rodríguez, “La zona del altiplano central en el Postclásico” en *Historia Antigua de México*. Vol III: El horizonte Posclásico y algunos aspectos intelectuales de las culturas mesoamericanas, coord. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia - Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas - Miguel Ángel Porrúa, 1995, p. 270.

que efectivamente existió este sitio, se encuentran Wigberto Jiménez Moreno y Paul Kirchhoff. El primero sostenía que la actual laguna Mexcaltitlán en el estado de Nayarit era aquélla en cuyo centro se localizaba el sitio original del que partieron los mexicas. Kirchhoff creía que estaba situado en la provincia del imperio tolteca llamado Chicomóztoc, al suroeste del estado de Guanajuato, entre Yuriria y Cortázar.³ Miguel Covarrubias, por su parte, mencionó que Aztlán podría ubicarse en “una isla en medio de un lago en el occidente de México, quizá en lo que hoy es el estado de Michoacán”.⁴

Existen distintas maneras de leer el episodio de la migración mexicana, pero todos los documentos coinciden en una cosa, en la sorprendente brevedad del relato contrastando con la importancia mítica que se le atribuye. En opinión de Christian Duverger, la duración del relato en las crónicas, corresponde a la tercera o la cuarta o parte del tiempo total de la migración.⁵ No se puede olvidar que se trata de un suceso muy antiguo para cuando se está haciendo referencia a él en las crónicas coloniales, y que detrás de la apariencia fragmentaria del relato, el pasado más lejano por más importancia que pueda conferírsele, parece haber caído en el olvido. Sin embargo, en el desarrollo del relato, conforme los mexicas se acercan a la Cuenca de México, los recuerdos parecen aclararse y entonces los datos son más precisos.

Asimismo, existen tradiciones que dan cuenta de rutas distintas. Si bien existe la tradición que hace transitar a los mexicas por Michoacán, básicamente representada por Tovar, Durán y Tezozómoc, existe también la tradición o versión que postula que los migrantes pasaron por Tula antes de llegar a la Cuenca de México, ejemplificada sobre todo por el *Códice Boturini*, el *Códice Azcatitlan*, los *Anales de Cuauhtitlan*, y los *Anales*

³ *Ibid.* p. 271.

⁴ Miguel Covarrubias, *Arte indígena de México y Centroamérica*, tr. del inglés de Sol Argüedas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1961, p. 350.

⁵ Christian Duverger, *El origen de los aztecas*, traducción del francés de Carmen Arizmendi, México, Grijalbo, 1987 (Colección Enlace), p. 90.

de *Tlatelolco*⁶. La historia que refiere Clavijero tardíamente, sería en este sentido, la versión que indica la ruta más occidental mencionando que los mexicas estuvieron en sitios como Ameca, Cocula, Zayula, Colima y Zacatula, desde donde volvieron a subir a Malinalco y de ahí a Tula.⁷ Particularmente, en las crónicas que pertenecen a la tradición que hace transitar a los mexicas por Michoacán, algunos autores aseguran por una parte, que los tarascos tienen su origen en uno de los grupos chichimecas que salieron en peregrinación desde un lugar probablemente mítico pero ciertamente desconocido rumbo al centro de México; para ser exactos, que los tarascos habrían sido parte del grupo mexica y que se separaron de éstos en Michoacán. Por otra parte, Chimalpain menciona el paso de los mexicas por Michoacán asegurando que fue *Malinalxoch*, hermana de Huitzilopochtli la que fue abandonada en un paraje cercano al lago de Pátzcuaro.

Según Carlos Martínez Marín, hubo durante la migración varios hechos de tal importancia que su consideración mereció especial atención de los cronistas porque constituyeron la ‘columna vertebral’ de todo el evento migratorio. Entre estos sucesos se cuenta el de la presencia de los mexicas en Michoacán, incluido el pasaje del abandono de los tarascos en Pátzcuaro.⁸

En éste capítulo haré una revisión historiográfica de algunos autores del siglo XVI, XVII y XVIII al respecto de ese paso mexica por tierras Michoacanas. Además se planteará el problema central de la investigación, es decir, la posibilidad de que los mexicas hubieran entablando un contacto con los tarascos uacúsecha. Para tal fin, incluiré un cuadro comparativo de fechas de diversos sucesos tanto mexicas como tarascos.

⁶ *Ibid.*

⁷ Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1982 (Sepan Cuántos..., núm. 29), p. 68.

⁸ Carlos Martínez Marín. “Historiografía de la migración mexica” en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. XII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, p. 124.

Tomando en cuenta las serias contradicciones y los sinsentidos que se hallan en el cúmulo de la información proporcionada por los documentos, citaré el pasaje en diversas crónicas y al final de la presentación de la información de las fuentes, haré un recuento de los datos y de la factibilidad de su existencia tal y como son narrados en los documentos.

Según los lineamientos de la investigación, sólo se analizarán ciertas fuentes, en este caso, las que proporcionan datos al respecto del vínculo mexicas - Michoacán. De ahí que documentos del centro de México anteriormente citados y que señalan rutas alternativas a la michoacana, no fueran incluidos. Para el área michoacana, se ha descartado por ejemplo, la fuente franciscana más antigua para la región: la *Descripción de la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán* de Fray Diego Muñoz⁹, por no contener la información que se busca y la *Crónica de Michoacán* de Fray Pablo Beaumont que no fue utilizada por ser tardía y contener datos copiados de los antecesores que sí mencionaré.¹⁰

Así, tras el examen de los datos que los documentos ofrecen al respecto, estaremos en condiciones de analizar cerámica y escultura para abordar el problema que Miguel Covarrubias esbozó hace cincuenta años.

Debido a la variedad de documentos en cuyo contenido encontramos información al respecto de los episodios que nos interesan, en primer lugar dividí las fuentes bajo un criterio cronológico, anotando primero los documentos más antiguos. Y en segundo lugar, tomando en cuenta que tenemos dos áreas de interés, a saber, el área mexicana que

⁹ Fray Diego Muñoz, *Descripción de la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, en las indias de la Nueva España, Crónica del siglo XVI*, introducción de José Ramírez Flores, Guadalajara, Jal., Imprenta Gráfica - Junta Auxiliar Jaliciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1950.

¹⁰ Beaumont menciona en su *Crónica de Michoacán*, que el "Alférez Montaña" escribió una relación histórica relativa a la conquista de Michoacán. Nunca encontré dicha relación, tampoco sé si Beaumont se refiere con 'Alférez Montaña' a Francisco Montaña quien llegó a Taximaroa en 1522, avanzó hasta Tzintzuntzan y quien en realidad era Capitán.

corresponde al centro de México y el área tarasca que corresponde al occidente, dividí geográficamente los documentos. Comienzo por las fuentes del centro de México que, con excepción de la *Relación de Michoacán*, son más antiguas que las correspondientes al Occidente. Cabe aclarar también que debido a los propósitos de la investigación, añadí un contexto historiográfico mínimo.

2. Los mexicas en Michoacán, la información en las fuentes del Altiplano Central.

2.1. Fuentes basadas en la *Crónica X*

La llamada *Crónica X* es un documento que se piensa, fue la fuente para la escritura de otras obras debido a la similitud en los datos referidos. Es un documento supuestamente desaparecido del que habló Robert Barlow en 1945 y que bautizó con ese nombre. En ella se habrían inspirado el *Manuscrito Tovar*, la *Historia de la Indias de Nueva España* de Fray Diego Durán y la *Crónica Mexicana* de Fernando Alvarado Tezozómoc.¹¹ Barlow propuso en 1945 el origen común que explicaría las similitudes entre los documentos mencionados, así como las características de la *Crónica X*: un documento escrito por un indígena, en lengua náhuatl, acompañada de dibujos y elaborada entre 1536 y 1539.¹² Eloise Quiñones menciona en su estudio del *Códice Telleriano-Remensis* que este documento pertenece también a la tradición de la *Crónica X* debido a la cercana correspondencia que muestran los acontecimientos que se relatan

¹¹ José Rubén Romero Galván, "La *Crónica X*" en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, coord. José Rubén Romero Galván, volumen I, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2003. (Historiografía Mexicana), p. 189.

¹² *Ibid.*

en este documento pictográfico y aquéllos relatados por Tovar, Durán y Tezozómoc.¹³ Posteriormente se verá que de ser así, el documento conocido como *Códice Vaticano A*, muy probablemente una copia del *Telleriano*, también formaría parte de esta tradición.

No se discutirá ahora la teoría de Robert Barlow al respecto de la existencia de un manuscrito en el cual estarían inspirados cinco de los documentos más antiguos que relatan el suceso que nos atañe, sin embargo la mención era ineludible. Citaré el episodio en las tres crónicas y los códices mencionados, independientemente de que pudiesen referirnos básicamente la misma información.

2.1.1 El *Códice Telleriano - Remensis*, 1555 y el *Códice Vaticano A*, 1562¹⁴.

Un ‘códice anotado’ es un documento de manufactura indígena, elaborado en la época colonial¹⁵. Además de pictografías, estos documentos cuentan con anotaciones ya sea en algún idioma indígena o bien en castellano. Los documentos pictográficos conocidos como *Códice Telleriano - Remensis* y *Códice Vaticano A* que fueron enriquecidos con valiosos apuntes, son ejemplos de este *corpus* documental.

La primera edición de ambos códices la hizo Sir Edward King , vizconde de Kingsborough incluyéndola en su monumental obra *Antiquities of Mexico* en 1831. El *Códice Telleriano - Remensis* que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, fue nombrado así por el barón Alejandro de Humboldt en memoria de uno de sus

¹³ Eloise Quiñones Keber, “Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript”, estudio introductorio del *Codex Telleriano - Remensis*, Hong Kong, University of Texas Press, 1995, p. 200. Las láminas del *Códice* presentadas aquí fueron reproducidas de esta edición.

¹⁴ Las fechas de realización de ambos códices fueron tomadas de la interpretación de Ferdinand Anders y Maarten Jansen, *Religión, costumbres e historia de los antiguos mexicanos, libro explicativo del llamado Códice Vaticano A*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 28.

¹⁵ Miguel Pastrana Flores, “Códices anotados de tradición náhuatl”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, coord. José Rubén Romero Galván, volumen I, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2003. (Historiografía Mexicana), p. 51.

poseedores: Charles Maurice Le Tellier, arzobispo de Reims.¹⁶ Se compone de acontecimientos vinculados con diversos grupos de la Cuenca de México, mostrando un interés especial, pero no exclusivo, por los mexicas.¹⁷ Ambos están divididos en tres secciones, el *Telleriano* por su parte, en un calendario de fiestas fijas, un *tonalámatl* o libro de los días y la reseña cronológica de una larga historia que va del año 1195 al 1554, es decir, que termina con los acontecimientos de la conquista española. El *Códice Vaticano A* presenta en una primera parte, la explicación de la cuenta adivinatoria de 260 días, los ciclos de 52 años y las 18 fiestas del año solar; una segunda parte que se refiere a algunas costumbres cotidianas y una tercera parte que es la historia, fundamentalmente mexicana, de 1194 a 1562. El mismo Humboldt notó el parecido que tenían ambos códices, las similitudes son tales que incluso se han identificado, comparando ambos, algunas páginas perdidas del *Telleriano*.

Las anotaciones del *Códice vaticano A*, redactadas en italiano después de 1556, fecha en que se terminó de dibujar, al parecer fueron hechas en Roma por dos monjes españoles compañeros de orden del dominico Pedro Ríos o Pedro de los Ríos¹⁸, muy probablemente, autor de las anotaciones del *Telleriano - Remensis*.¹⁹

Francisco del Paso y Troncoso ya había asegurado a finales del siglo XIX que el *Códice Vaticano A* era una copia del *Telleriano*. Anders y Jansen opinaron lo mismo en su edición crítica del *Vaticano A* debido a que el *Códice Telleriano* reunía todas las características de los originales: era más cercano a la tradición artística precolonial y

¹⁶ José Corona Núñez, "Explicación del Código Telleriano - Remensis", estudio introductorio del Código Telleriano - Remensis en *Antigüedades de México*, basadas en la recopilación de Lord Kingsborough, estudio e interpretación de José Corona Núñez, vol. 1, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1964. p. XIV.

¹⁷ Pastrana, "códices anotados...", p. 76.

¹⁸ Ferdinand Anders y Maarten Jansen, *Religión, costumbres e historia de los antiguos mexicanos, libro explicativo del llamado Código Vaticano A*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p.30.

¹⁹ *Ibid.* p. 22.

tenía un estilo más fino y preciso que el ofrecido por el *Vaticano A*.²⁰ J. Eric S. Thompson afirmaba, por su parte que ambos manuscritos derivaban independientemente de un prototipo común ya perdido.²¹ Acerca del tema se han lanzado varias hipótesis pero no se discutirán aquí las polémicas generadas al respecto. En estos códices tenemos la referencia más temprana del paso de los mexicas por Michoacán, además, proporcionan las posibles fechas del acontecimiento, razón por la cual, su análisis es del mayor interés.

En la primera lámina de la tercera parte del *Códice Telleriano - Remensis* (Fig. 2), que como he dicho se refiere a una cronología histórica, se observa una imagen donde aparece Huitzilopochtli cargando un bulto en la espalda. Detrás de él se ve el jeroglífico del lugar formado por un cerro pintado de verde y con la figura de una mujer en la cumbre. El intérprete escribió abajo: *Tonanicaca*, ‘lugar donde nuestra madre está de pie’. Según Quiñones Keber, el sitio se trata de una inclusión inusual en la migración.²² A un lado del cerro aparecen cuatro hombres probablemente cubiertos con pieles. En la parte inferior se encuentra escrito “los siete que salieron” con la anotación: “chichimeca, nonoalca, michivaca, covixca, totonaca, cuexteca, olmeca xicalanga”. Lo que más llama la atención sobre esto es la asombrosa omisión del nombre ‘mexicas’ o ‘aztecas’ dentro de los grupos migrantes.

²⁰ *Ibid.* p. 23.

²¹ *Ibid.* p. 120.

²² Eloise Quiñones Keber, “*Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript*”, estudio introductorio de *Codex Telleriano - Remensis...*, p. 202.



Fig. 2. Foja 25, correspondiente a la primera lámina de la tercera parte del Códice Telleriano - Remensis.

Además de que los nombres anotados muestran una vasta extensión geográfica que va desde los 'michuaque' en el occidente de México, hasta los 'huastecos' en el norte de la costa del Golfo de México por ejemplo; también es interesante notar que los grupos

migrantes están asociados con el posclásico temprano o incluso con el clásico, épocas anteriores a la entrada de los mexicas en la escena histórica.²³

Sobre esta anotación se observa una línea del tiempo que correlaciona el calendario indígena con las fechas cristianas. La primera fecha que aparece es 1197 sobre un 1189 tachado, luego 1198 sobre un 1190 tachado, después 1290 y así consecutivamente hasta 1294. Sobre los cuadretes de las fechas se encuentran los toponímicos de *Tzualtepetl*, *Ayahualulco*, *Culhuacan*, *Puchutla* y *Tototepetl*, lugares que quizá sean parte del itinerario de los migrantes.

Se observa un camino de pisadas que procede de *Ayahualulco* y se separa en dos direcciones, una va a *Tonanicaca* y el otro va a la foja siguiente. Es interesante recordar que muchas fuentes mencionan que *Culhuacan* o *Teoculhuacan* es el lugar desde donde los mexicas reemprenden el camino de la migración una vez que hubieron salido de *Aztlan*. Por lo pronto se puede mencionar que en esta imagen el sitio de *Ayahualco*, de donde salen las huellas, se ubica a un costado de *Culhuacan*. En el *Códice Vaticano A*, esta escena corresponde a la segunda parte, de manera que antes de esta lámina, probablemente existió otra en el *Telleriano* donde se representaron las siete cuevas de origen.

En la primera lámina del *Vaticano A* (Fig. 3) aparecen, en efecto, caracterizados ‘los siete que salieron’ tal como lo anota, probablemente, el padre Pedro Ríos en la lámina descrita anteriormente. Se ven siete personajes vestidos idénticamente, de izquierda a derecha los nombres son *chichimexi*, *nonoalca*, *michiuaca*, *couixca*, *totonaca*, *cuexteca*, *olmecaxicalduga*, en principio, los mismos que en el *Telleriano*.

Eloise Quiñones menciona que tanto los jeroglíficos de los lugares como los nombres de los grupos migrantes del código *Vaticano A* son inusuales.²⁴ Además del

²³ *Ibid.* p. 204 - 205.

²⁴ *Ibid.* p. 204.

Los personajes visten túnicas color marrón y van armados con arcos y flechas. Según la inscripción que se encuentra sobre la pictografía, las túnicas son más bien, ‘pieles de liebre’. Cada uno ocupa un nicho de los siete que están representados y sostiene con la mano derecha un manojito de alguna planta verde. Se observa por otra parte, a dos personajes haciendo autosacrificio. En la siguiente lámina del *Vaticano* que corresponde a la primera del *Telleriano*, se dijo ya que aparece Huitzilopochtli y por la disposición del códice, estos dos personajes autosacrificándose podrían estarlo haciendo ante la deidad de la foja continua.

Esta lámina, que probablemente también estuvo presente en el *Telleriano-Remensis*, incluye una explicación en italiano. Reproduzco aquí una parte de la traducción al español:

Este es el origen de los indios que se llaman mexicanos. Es de saber que el dominio de este país ha estado primero en Colhuacan, y Tenayuca, y Xaltocan, y después de Azcapotzalco, en Cuauhtinchan y Acolman, y de allí fue transferido a México y Tacuba, donde lo encontraron los españoles cuando vinieron a aquel país [...] y éste es el origen de esta ciudad y de toda la gente que son los abajo pintados. Dicen además que ésta fue cierta gente salida de estas siete cuevas, donde dicen que estaban encerrados todos aquellos de esta generación [...] Entraron en el año de dos cañas, que, según su cuenta, fue en el de 1194. Y vinieron, como dicen, vestidos de pieles de liebre - según el nombre y la pintura -, con arcos y flechas.²⁵

La anotación del documento menciona que se trata del ‘origen de los indios que se llaman mexicanos’. Se ha visto que en el *Códice Vaticano A*, la mención de los *chichimexi* es la única que podría referirse a los mexicas, la lámina equivalente en el *Telleriano* habla de *chichimeca* propiamente.

²⁵ *Códice Vaticano A*. Edición facsimilar y libro explicativo, introducción y explicación de Ferdinand Anders y Marteen Jansen, Graz - México, Akademische Druck und Verlangsanstadt (Austria) - Fondo de Cultura Económica, 1996. (Códices Mexicanos, XII) p. 291.

Las discrepancias entre estos dos documentos y algunas otras crónicas, con respecto a las paradas en la migración, hacen suponer que el documento original o mejor dicho, el documento más antiguo de los dos, es decir el *Códice Telleriano-Remensis*, no tiene un origen mexicana.²⁶

La siguiente lámina del *Códice Telleriano* (Fig. 4) representa la lucha entre un caminante vestido con túnica blanca y otro vestido con pieles. El primero porta un estandarte o bandera de guerra, además de llevar un atavío color rojo, al parecer, anudado en la nuca. Su contrincante porta arco y ha atravesado con una flecha a su oponente. Junto al hombre con la túnica aparece un escudo y una flecha que podría ser el jeroglífico de su nombre.²⁷

El toponímico de Michoacán es representado por la montaña verde con un pescado en la cima. Debajo de la escena nuevamente es representada una línea del tiempo donde aparece la fecha de 1295 o ‘doce casa’, en seguida, las fechas cristianas de 1296, 1297 y 1298. El siguiente año que se muestra es el de 1209 siguiendo consecutivamente hasta 1214. Corona Núñez, comentarista del documento, anota que el intérprete de los años europeos “volvió sin motivo aparente ya que las fechas indígenas siguen su curso invariable, manejando sus cuatro portadores, carrizo, pedernal, casa y conejo combinados con las trecenas que también se suceden unas a otras invariablemente”.²⁸ Por su parte, Anders y Jansen, comentan que en la lámina correspondiente al *Vaticano A*, las fechas con que se asocia el poco claro acontecimiento de Michoacán, son del año ‘12 casa’ o 1205 hasta el ‘8 conejo’ o 1214.²⁹

En esta segunda lámina aparecen huellas de pies indicando una dirección de izquierda a derecha que provienen de la foja anterior, éste es el único tramo de la

²⁶ Eloise Quiñones Keber, “Ritual, Divination, and History ...”, p. 205.

²⁷ José Corona Núñez, “Explicación del *Códice Telleriano - Remensis*...”, p. 246.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Anders y Jansen, *Religión, costumbres e historia...* p. 296.

peregrinación que parece lineal, en lo subsiguiente, las huellas indican adelantos y retrocesos.

Por medio de esta escena sólo se sabe que hubo un enfrentamiento entre gente sedentaria o ‘mesoamericanizada’ y gente chichimeca o nómada en un lugar llamado *Mechuaca*, en el que al parecer, los nómadas salieron vencedores. El contexto de tal encuentro no queda claro, sin embargo, se hace explícito que en *Mechuaca* o Michoacán, ocurrió algún hecho de relevancia suficiente para dejarlo asentado en la pictografía. Tratándose de la narración en imágenes de una peregrinación, se puede afirmar que hubo un alto de los migrantes - probablemente mexicas, según la anotación - en este sitio.

Si bien, sólo puede suponerse que el personaje ataviado con pieles es mexica, sí se puede asegurar que el hombre que viste un *cicuill*³⁰, está efectivamente caracterizado como tarasco. El énfasis de algunas crónicas en las diferencias de la vestimenta de los michoacanos - probablemente tarascos - y los mexicas³¹, ayudan a sostener esta idea. Además, recordemos que este personaje porta un adorno rojo en la nuca. A este respecto, Seler comenta que los sacerdotes tarascos se distinguían por una diadema de hilo (*puruuacqua canacua*) y que a esa cinta o tira le adherían un adorno de plumas que el padre Sahagún describe como *cocoyahualolli* y *ayoquammanalli*: “adorno en forma de rueda o de abanico, de plumas rojas” y que los mismos tarascos llamaban *ahca ndi - qua*: “el adorno calado sobre la oreja”.³² La lámina, que corrobora las observaciones de Seler, podría indicar incluso que el personaje es un sacerdote tarasco uacúsecha.

³⁰ ¶Cicuilli: casaca, corpiño, jubón. Rémi Siméon, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, tr. del francés de Josefina Oliva de Coll, México, Siglo Veintiuno Editores. (América Nuestra No. 1), p. 110.

³¹ *Vid. infra*. Fray Diego Durán y Alvarado Tezozómoc hacen mención del hecho.

³² Eduard Seler, “Los antiguos michoacanos”, introducción, corrección y notas de Francisco Miranda, traducción del alemán de Erika Krieger en *Relación de Michoacán*, coord. Moisés Franco Mendoza, Morelia, Mich., El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 2000, p. 189.



Fig. 4. Folio 25 r. segunda lámina de la tercera parte del *Códice Telleriano - Remensis*.

En cuanto a la mayoría de los lugares mostrados, nuevamente parecen ser inusuales en las demás tradiciones que hablan de la migración y sus locaciones actuales

no pueden ser determinadas.³³ La duración del episodio michoacano en esta pictografía, la proponen Anders y Jansen, como ya se mencionó, en 9 años.

Tras haber visto las tres láminas, se puede interpretar que un grupo de ‘michoaques’, además de otros seis grupos en principio caracterizados de igual manera, salen de un sitio que según las evidencias, se trata de *Chicomoztoc*, ‘el lugar de las siete cuevas’. Después, se puede afirmar que en algún momento de esta peregrinación, un hombre caracterizado como nómada que podría representar a un mexica, aparece venciendo con su flecha a uno vestido con *cicuilli*. El lugar del enfrentamiento, gracias al jeroglífico, se puede reconocer como Michoacán.

Si el personaje caracterizado con dicho *cicuilli* en la Fig. 4, es efectivamente un tarasco, el grupo *michiuaca* que el *Vaticano A* refiere como ‘uno de los ocho que salieron’ (Fig. 3.), no es un grupo tarasco sino, probablemente, como su nombre indica, migrantes de habla nahua. Más adelante se discutirá esta idea con base en otras fuentes.

2.1.2 Fray Juan de Tovar, *Historia y creencias de los indios de México*, 1578.

Juan de Tovar fue hijo de un conquistador homónimo, capitán llegado a América en la expedición de Narváez, y de una mestiza texcocana de quien probablemente aprendió náhuatl, otomí y mazahua. Recién ingresado en los jesuitas, el virrey Enríquez encargó a Tovar que investigase la historia antigua de los mexicas, misión que aceptó con gusto y terminó alrededor de 1578, compilando así una historia que va desde los orígenes mexicas en Aztlán hasta la conquista de Cortés.³⁴

Al respecto del tema que nos interesa, Tovar asegura que durante la migración mexica, éstos fueron dejando gente por el camino, principalmente enfermos y viejos,

³³ Eloise Quiñones Keber, “Ritual, Divination, and History ...”, p. 204.

³⁴ Juan de Tovar, *Historia y creencias de los indios de México*, transcripción al castellano moderno de Susana Urraca Uribe, Madrid, Miraguano Ediciones, 2001, p. 46.

causas naturales en principio, aunque Tovar asegura que era intención de los mexicas “que quedase toda la tierra poblada de ellos, que este era su principal intento”.³⁵ Continúa relatando que los mexicas llegaron a Michoacán donde por primera vez se separa un grupo numeroso del contingente:

Contentándoles mucho este sitio, consultaron los sacerdotes al Dios Uitzilopochtli que si no era aquella la tierra que les había prometido que fuese servido quedase a los menos poblada de ellos. El ídolo les respondió en sueños que le placía lo que le rogaban, que el modo sería que todos los que entrasen a bañarse en una laguna grande que está en un lugar de allí que se dice Pátzcuaro, así hombres como mujeres, después de entrados se diese aviso a los que fuera quedasen, les hurtasen la ropa y sin que los sintiesen alzasen el real, y así se hizo. Los otros que no advirtieron el engaño con el gusto de bañarse, cuando salieron y se hallaron despojados de sus ropas y así burlados y desamparados de los otros, quedando muy agraviados, por negarlos en todo, de propósito mudaron el vestido y el lenguaje y así se diferenciaron de su nación mexicana.³⁶

La intención de Huitzilopochtli habría sido dejar poblado el bonito paraje michoacano con su propia gente. La población que vivía en torno al lago de Pátzcuaro para el siglo XVI, cuando Tovar elaboró su crónica, sería descendiente de los mexicas. El mismo cronista menciona más adelante que había gente tan valerosa como los propios mexicas “especialmente los de Mechoacan, que como queda ya advertido eran descendientes de los mismos mexicanos”.³⁷ El tema del idioma distinto y las diferentes costumbres del vestido lo soluciona con la afirmación de que los bañistas se habrían enojado de tal modo, que habrían modificado tan significativos rasgos culturales para ser en adelante distintos. Aunque ciertamente inverosímil, pensando los idiomas como

³⁵ *Ibid.* p. 70.

³⁶ *Ibid.* p. 71.

³⁷ *Ibid.* p. 150.

fenómenos culturales de larga duración, resalta la intención de Tovar por elucidar algo de difícil explicación.

2.1.3 Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 1581.

Escrita por mandato de sus superiores dominicos y respondiendo a la necesidad de conocer mejor la religión antigua para así poder aniquilarla, Fray Diego Durán escribe esta obra con un primer propósito y posteriormente haciendo, quizá atraído por una curiosidad nata, un verdadero estudio de la “Nación mexicana”.³⁸ Durán fue amigo y pariente de Juan de Tovar y emprendió un proyecto parecido al suyo. Es una crónica similar en tema y estructura que el dominico terminó alrededor de 1581.³⁹

Durán señala en su crónica que los mexicas salieron de las siete cuevas de *Chicomoztoc* en el año ochocientos veinte y que durante el camino estuvieron edificando pueblos y poblando sitios, que pasaron y rodearon toda la tierra de los chichimecas sin que ninguno de los lugares vistos les gustara suficiente.

Llegados a aquél lugar de Pátzcuaro, viéndole tan apacible y alegre, consultaron a su dios los sacerdotes y pidiéndole que, si no era aquél el lugar que les tenía prometido y habían de fuerza pasar delante, que al menos tuviese el bien de que aquella provincia quedase poblada.⁴⁰

³⁸ José María Muriá, *La historiografía colonial, motivación de sus autores*, México, Dirección General de Publicaciones, Universidad Nacional Autónoma de México - Facultad de Filosofía y Letras, 1981 (Colección Opúsculos/ Serie Investigación), p. 66.

³⁹ Tovar, *Historia y creencias...*, p. 46.

⁴⁰ Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, edición, paleografía, introducción y notas de Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 1967, Tomo II (Biblioteca Porrúa, 37), p. 30.

De esta manera, Huitzilopochtli accedió a la petición de su pueblo. La manera en que el Dios decidió que quedase poblado Pátzcuaro, es la misma referida por Tovar, la reacción de los que se habían metido a bañar al lago, es la siguiente:

Cuentan los que dan esta relación que como quedaron desnudos en cueros, así ellos como ellas, y lo estuvieron mucho tiempo, que de allí vinieron a perder la vergüenza y traer descubiertas sus partes impúdicas y a no usar ni bragueros ni mantas los de aquella nación, sino unas camisas largas hasta el suelo, como lobas judaicas, el cual traje yo lo alcancé y hoy día entiendo se usa entre los macehuales.⁴¹

Este relato que explica la manera en que una porción de los mexicas abandonó en Pátzcuaro a un grupo de desenfadados bañistas, explica también por qué a la postre, ellos mismos que no llegaron a recuperar su ropa, habrían de adquirir la costumbre de llevar una vestimenta distinta de la de los mexicas (Fig. 5).



Fig. 5. Lámina XII de la *Relación de Michoacán*. “Cómo Tariácuri buscaba sus sobrinos Hirepan y Tangaxoan que se habían ido a otra parte y de la pobreza que tenía su madre con ellos”. La lámina muestra a *Tariácuri* acompañado por sus principales, vistiendo esta especie de ‘camisas largas’, como las nombra Durán.

⁴¹ *Ibid.*

Se trata nada menos que del relato de un pasaje histórico que explicaría mediante una prospección, una “profecía fabricada *a posteriori*”⁴², costumbres que como Durán menciona, él mismo llegó a conocer. Si los habitantes de Michoacán son descendientes de los mexicas, o mejor dicho, son los propios mexicas con hábitos transformados, la transformación de éstos debía tener una explicación. Durán la encuentra y además la une a la observación de la manera en que fue perpetrado el robo y posteriormente el abandono.

Es importante el hecho de que los ‘michoacanos’ abandonados, aparecen en estas dos crónicas como parte del grupo mexica, es decir, según ambos autores, no se trata de un grupo que viniese en peregrinación con los mexicas, sino de una fracción de los mismos.

En relación al mismo tema, pero bastantes años después, Durán escribe en su crónica cuando se refiere a la época del *tlahtoani* Axayácatl que:

Tlacaélel había pasado, que era que él determinaba de dar guerra a los de Mechoacan, dado que sus antepasados le habían dejado dicho que eran sus parientes y de la parte mexicana, pero que con todo eso, que él quería probar el valor de los tarascos y experimentar sus fuerzas, si igualaban con las de los mexicanos.⁴³

Durán se refiere sin eufemismos a los tarascos contra los que *Tlacaélel* intenta hacer la guerra, los mismos que le han referido, son parientes de los mexicas. El cronista entonces, indica que los ‘michoacanos’ que alguna vez fueron abandonados en el lago de Pátzcuaro, no son otros que los poderosos tarascos del siglo XV.

⁴² Tzvetan Todorov. *La conquista de América, la cuestión del otro*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1987, p. 95.

⁴³ Fray Diego Durán, *Historia de las Indias...*, p. 281.

2.1.4 Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicayotl*, 1609.

Alvarado Tezozómoc nació de la unión de la decimonovena hija de Moctezuma Xocoyotzin perteneciendo a la más antigua nobleza mexicana. Su producción historiográfica consta de dos obras importantes, la *Crónica Mexicana* y la *Crónica Mexicayotl*. Aunque en opinión de José Rubén Romero, esta segunda crónica sería una historia compuesta de fragmentos de Alonso Franco y Tezozómoc, anotada por Chimalpain.⁴⁴ Sin ser la misma obra, la primera fue escrita en español y la segunda en náhuatl.

Las fechas exactas en la vida y obra de este autor no están claras, sólo se sabe que para 1609, última fecha de que se tiene noticia en la vida de Tezozómoc, se encuentra escribiendo su *Crónica Mexicayotl*.⁴⁵

Se refirió anteriormente que la *Crónica Mexicana* es la obra de Tezozómoc que estaría basada en la *Crónica X* y en efecto, el pasaje en torno al cual se ha venido hablando es referido exactamente como lo hacen Tovar y Durán. Debido a eso, citaré el episodio michoacano en la migración mexicana de la *Crónica Mexicayotl*, cuya información al respecto es un poco distinta a la referida por el mismo autor en su obra en castellano:

... E hicieron muchas cosas en el camino, cuando vinieron y anduvieron por todas partes: por Culhuacan, por el lejano Culhuacan y por levante o Tonallan. Eran fracción de los michoacanos los mexicanos y los malinalcas que todos vinieron, dejaron a los michoacanos porque se divertían en el agua hombres y mujeres, allá en el lugar de nombre Pátzcuaro: partieron llevándose sus tilmas y maxtlatls, así como sus faldas y huipiles sus mujeres. Los hombres no tienen ya maxtlatls y andan desnudos de la cintura abajo, mostrando sus desnudeces,

⁴⁴ José Rubén Romero Galván, "Hernando Alvarado Tezozómoc" en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, coord. José Rubén Romero Galván, volumen I, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2003. (Historiografía Mexicana), p. 327.

⁴⁵ *Ibid.* p. 315.

y las mujeres se ponen tan solo ‘cuicuiles’ por ello andan con ‘huipiles’ los hombres; así fue como dejaron a los michoacanos.⁴⁶

En este fragmento, Tezozómoc refiere Tonallan o Tonalá, Jalisco, como uno de los lugares del itinerario mexicana. Tal dato da indicio del seguimiento de una ruta occidental, quizá por las zonas montañosas del noroeste y obviamente, a través de Michoacán. Como se mencionó anteriormente, es la ruta que indican estas tres crónicas pertenecientes a la misma tradición.

En la *Crónica Mexicayotl*, Tezozómoc no hace el énfasis que hacen Tovar, Durán y él mismo en la *Crónica Mexicana* a la aparición de Huitzilopochtli en un sueño y la petición que hacen los mexicas a su Dios guía para dejar poblado el sitio de Pátzcuaro, asimismo aquí Tezozómoc no hace vasta referencia al episodio de los bañistas, más bien parece darle la mayor importancia a la manera en que visten los michoacanos, es decir, a la prospección que explicaría por qué la vestimenta de éstos es tan distinta a la de los mexicas.

En la historia de Tezozómoc, es evidente que los michoacanos venían con los mexicas y fueron ‘abandonados’ en Pátzcuaro, pero sin quedar claro si eran parte de su grupo u otro grupo distinto que venía con ellos.

También es importante retomar el renglón en donde el cronista dice que “eran fracción de los michuaque los mexicanos y los malinalcas” con el que introduce otro problema más al respecto de la entidad de los michuaque. Puede ser una mala interpretación del texto de Tezozómoc, pero éste parece hacer a los mexicanos y a los malinalcas, ¡fracción de los michuaque! Dejaré de lado esta interpretación tomando sólo el hecho de que los malinalcas aparecen relacionados con los michuaque.

⁴⁶ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicayotl*, tr. del náhuatl de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975 (Primera Serie Prehispánica, 3), p. 27 - 28.

En la *Crónica Mexicayotl* encontramos también este interesante pasaje referente a la migración:

Bastante tiempo, así pues, vagaron los mexicanos por tierras chichimecas; cuando se asentaban en un lugar bueno permanecían como por unos veinte años; cuando se hallaban a gusto se establecían en el sitio por dos, tres, cuatro, cinco, diez o quince años; cuando no se sentían a gusto se establecían como por veinte o cuarenta días.⁴⁷

Es bien sabido que la duración de la migración mexicana no está completamente clara, empezando por no estar bien determinado cuándo inició. Se pueden confrontar las fechas dadas por varios autores pero en términos reales resulta difícil y poco práctico ‘promediar’ períodos de tiempo tan dispares como los dados por los cronistas. Por poner sólo un ejemplo, la duración de la migración dada por el mismo Tezozómoc es de 261 años, siendo que al mismo suceso Tovar le confiere la duración de 480 años y Motolinía de 208 años.⁴⁸ Sin intención de abordar el tema de los ciclos, la cuenta del tiempo entre los mexicanos o la significación de las cifras aludidas, sí debe asentarse que en cuestión de fechas el panorama es poco claro.

Tezozómoc afirma que los mexicanos permanecían algún tiempo en ciertos lugares y que dicha estancia dependía de qué tan agradable les resultase el sitio. De esta manera, indica períodos de tiempo que van de los cuarenta días hasta los veinte años. Sabemos que a los mexicanos Pátzcuaro les pareció sumamente agradable y que incluso llegaron a pensar que se trataba del lugar elegido por Huitzilopochtli para establecer su morada permanente. Dadas las condiciones tan favorables del lugar y la afirmación del cronista,

⁴⁷ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicayotl*, tr. del náhuatl de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 1975. (Primera Serie Prehispánica, 3), p. 26.

⁴⁸ Duverger, *El origen...*, p. 169 - 170.

sería posible suponer que de ser cierto que los mexicas pasaron por la Cuenca de Pátzcuaro, se hubiesen quedado en este lugar por lo menos algunos años.

2.2 Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 1577.

La obra monumental de Fray Bernardino de Sahagún conocida como *Códice Florentino*, consiste en un texto náhuatl y una versión en castellano de ese texto. Además de estar ricamente ilustrado, se considera uno de los documentos más valiosos para la reconstrucción de la historia del México antiguo. Sahagún terminó su magna obra en 1577, la *Historia general de las cosas de Nueva España* es la edición de la columna en español del documento que después de ser llevado a España, por azares históricos, se encuentra ahora en Florencia.

En relación al suceso histórico del que hemos venido hablando, tenemos un relato hecho por el padre Sahagún que diverge de los citados anteriormente. Se trata de una historia que señala ciertos hechos inexistentes en cualquier otra crónica, en donde el origen de ‘los primeros pobladores de la Nueva España’ se remonta a ‘años sin cuenta’. Rozando en el relato mítico, este autor menciona que los primeros habitantes de este mundo llegaron a él en navíos y que desembarcaron en el río Pánuco, tras lo cual navegaron hasta *Cuauhtemallan* (o Guatemala como la palabra fue corrompida por los españoles) y poblaron *Tamoanchan*. Un lugar ciertamente desconocido puesto que a diferencia de *Chicomoztoc*, cuyas descripciones pudieran coincidir con un entorno norteño mesoamericano, no se revela en los relatos ninguna valoración que dé indicios de su localización. En *Tamoanchan* habrían estado mucho tiempo, los sabios y adivinos se embarcarían posteriormente hacia el oriente llevando consigo todas sus pinturas. La historia que Sahagún sigue es la de la gente que se quedó en *Tamoanchan*. Desde este

sitio, donde sólo quedaron según el relato, cuatro sabios, la gente acudía a *Teotihuacan* a hacer sacrificios.

Tras otros varios sucesos, Sahagún relata que los de *Tamoanchan* quienes por largo tiempo habían tenido señorío allí, pasaron después a *Xumiltepec* y por mandato de su dios siguieron caminando hasta llegar a *Teotihuacan*. En este lugar se pusieron de acuerdo sobre quién debía gobernar a quién, tras ello, partieron todos con sus respectivos señores y sus respectivos dioses guía. Señala Sahagún que los *Tultecas* iban siempre delante y los otomíes detrás de ellos. Estos últimos, con su señor, se quedaron poblando en *Cohuatepec*. Los demás, entre los que estaban los toltecas y los mexicanos o nahuas, prosiguieron su camino peregrinando por ‘incontable tiempo’ y descubriendo tierras. Estos grupos que refiere Sahagún llegaron después de un largo camino, a un lugar donde pasaron hambre y sed, un sitio donde había siete cuevas, en donde cada grupo, respectivamente, tomó una como su oratorio. El tiempo que estuvieron allí no lo menciona Sahagún.

Así, un día, el dios de los toltecas les habló aparte y les ordenó que volviesen de donde habían venido, entonces marcharon a *Tulanzinco* y de allí después pasaron a *Xicotitlan*.

Después de éstos [los toltecas] los michuaque también regresaron con su señor que les guiaba llamado Amímitl. Y fuéronse hacia el occidente, en aquéllas partes donde están poblados al presente, hicieron también sus sacrificios en las cuevas antes que se partiesen de allí. Sucesivamente se volvieron los nahuas, que son los tepanecas, los acolhuaques, los chalcas, los huexotzincas y los tlaxcaltecas, cada familia por sí. Y vinieron a estas partes de México. Después desto a los mexicanos que quedaban a la postre, les habló su dios

diciendo que tampoco habían de permanecer en aquél valle sino que habían de ir más adelante para descubrir más tierras. Y fuéronse hacia el poniente.⁴⁹

Nuevamente se hace necesario ser cuidadosos con el termino ‘michuaque’, palabra que pluraliza a ‘michua’ cuyo significado literal es ‘dueño o poseedor de peces’.⁵⁰ Los ‘michuaque’ según Fray Bernardino, son uno de los grupos que peregrinaron con los mexicas por lo menos hasta *Chicomóztoc* - o el ‘lugar donde había siete cuevas’ como Sahagún lo refiere - donde se separaron. En lo primero que se debe prestar atención es en que el grupo ‘michuaque’ ostenta o por lo menos Sahagún se lo atribuye así, un nombre ‘clánico’ en lengua náhuatl. Rémi Siméon escribe en su *Diccionario de la lengua náhuatl* que la palabra *michuaque* es utilizada para nombrar a los habitantes de Michoacán además de significar a la letra, ‘poseedores de peces’.⁵¹

Siendo así, este grupo ‘michuaque’ al que se refiere Sahagún, muy probablemente un grupo de lengua náhuatl, habría marchado hacia el occidente en un tiempo mítico. Sahagún, por su parte sabría que en el siglo XVI estaban aún asentados allí. Una evidencia que me hace pensar que estos michuaque son un grupo de filiación náhuatl es que van acaudillados por *Amímitl*, nombre náhuatl y dios de la pesca.

Otra afirmación que apoyaría esta hipótesis es que según lo que se dice en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, manuscrito que data probablemente de 1544⁵², los mexicas salieron de *Aztlan* y pasaron por *Culhuacan*, que según los datos

⁴⁹ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, introducción, paleografía y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, tomo 2, México, Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Editorial Patria, 1989 (Cien de México), p. 675.

⁵⁰ Rémi Siméon. *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, tr. del francés de Josefina Oliva de Coll, México, Siglo Veintiuno Editores. (América Nuestra No. 1), p. 274.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Mitos e historias de los antiguos nahuas*, paleografía y traducciones de Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2002. (Cien de México) p. 15 - 110. en qué página se dice esto?

dados por este manuscrito se encontraría muy cerca de la isla originaria. Tras la llegada a *Culhuacan*, se relata que:

[...] Salieron con ellos los de Colhuacan [...] éstos sacaron su dios que se decía Centéotl, hijo de Piltzinteuctli. Salieron desde Xochimilco, y sacaron su dios que decían Quilaztli y era el venado de Mixcóatl. Salió Cuitlahuacan y su dios era Amímitl, que era una vara de Mixcoatl, al cual tenían por dios, y por su memoria tenían aquella vara, salió Mízquic el cual tenía por dios a Quetzalcóatl, salió Chalco, y trajo por su dios a Tezcatlipoca Nappateuctli. Salieron los de Tlacopan y Coyoacan y Azcapotzalco, a los cuales llamaban tepanecas; y estos tres pueblos traían por dios a Ocoteuctli, que es el fuego [...]⁵³

El grupo que el redactor de este manuscrito asocia a *Amímitl*, es el de ‘cuitlahuacan’(sic.) y no el ‘michuaque’. Además, Siméon reconoce a esta deidad como otra manifestación del dios *Opochtli* especialmente reverenciado en Cuitláhuac, en el lago de Chalco.⁵⁴

Debe notarse que los grupos mencionados tanto por el padre Sahagún como por la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, se reconocen como nahuatlato y sus localizaciones se hallan en la Cuenca de México. De manera que el grupo ‘michuaque’, de haber existido en lugar del ‘cuitlahuacano’ o además de él, debería corresponder a un grupo de filiación náhuatl.

En la *Relación de Michoacán* se menciona que a la llegada de los uacúsecha, había ya asentada en el sitio, gente de habla náhuatl. Los ‘michuaque’ que Sahagún tiene a bien darnos a conocer podrían ser, adelantando una suposición, algunos de los habitantes que la *Relación* refiere. De esta manera resulta un poco más claro que los ‘michuaque’ no pueden ser los tarascos de esta investigación ni ningún otro grupo

⁵³ *Ibid.* p. 47.

⁵⁴ *Ibid.* p. 25.

tarasco morador de Michoacán. Los tarascos son ‘michuaque’ entendidos como ‘habitantes de Michoacán’ pero tal denominación sólo es posible hacerla tomando en cuenta que fueron los nahuas los que nombraron ‘Michuacan’ a esta provincia.⁵⁵

Dadas todas estas condiciones se puede interpretar de lo dicho por Fray Bernardino, que los mexicas no habrían estado nunca en Michoacán. Un grupo posiblemente chichimeca y nahuatizado, nombrado por Sahagún ‘michuaque’, se separó de los mexicas y de los demás grupos chichimecas en *Chicomoztoc* tal como lo harían posteriormente las cuadrillas restantes. Por último, debo agregar que los mexicas, según nuestro erudito franciscano, partieron cuando su dios lo dispuso rumbo al poniente. De manera que sin tener referencia geográfica alguna, se puede afirmar que ‘michuaques’ y mexicas partieron hacia direcciones opuestas.

2.3 Domingo Chimalpain, *Tercera relación de las diferentes historias originales*, 1607 - 1637.

Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuantzin nació en 1579 en Amaquemecan (hoy Amecameca), Chalco. Siendo descendiente de antiguos gobernantes locales, seguramente aprendió las primeras letras en el convento de su ciudad.⁵⁶ Los trabajos que escribió fueron las conocidas ocho relaciones que en su conjunto han sido nombradas *Diferentes historias originales*, entre las que se encuentra incluido el *Memorial acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan* y un *Diario*. Aunque parezca que la obra historiográfica de Chimalpain se centra en la historia de su región de origen, Chalco, este cronista ofrece una historia de toda la Cuenca de México

⁵⁵ Delfina Esmeralda López Saralangue. *La nobleza indígena de Pátzcuaro en la época virreinal*, Morelia, Mich., Morevallado editores, 1999.

⁵⁶ José Rubén Romero Galván, “Chimalpain Cuauhtlehuantzin” en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, coord. José Rubén Romero Galván, volumen I, México, Universidad Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2003. (Historiografía Mexicana), p. 331.

e incluso de algunos aspectos europeos.⁵⁷ Para los fines de esta pequeña investigación, consulté la tercera relación donde Chimalpain dedica la mayor parte de su atención a la historia mexicana, da cuenta del devenir de este grupo desde su salida de Aztlán hasta la llegada de los conquistadores españoles. Obviamente dedica parte de su narración a las vicisitudes de la migración que es el fragmento del informe que me interesa en mayor medida.

En referencia al tema mexicana - michoacano, en la *Tercera relación*, el autor asienta que:

Huitzilopochtli dijo a Iztacmixcohuatzin que gobernaba a los aztecas: dispón como ha de hacerse, cómo habrás de llevar a tanta gente; pues contigo irán los aztecas, todos los siete calpules [...], tras escuchar estas palabras de Huitzilopochtli, Iztacmixcohuatzin sacó de Aztlán a los siete calpules que allí estaban poblados. Cada uno de estos siete calpules, en que sacó a los macehuales, tenía su propio dios; y se dice que además trajeron consigo otros dioses... el primer calpul era el de los yopicas; el segundo calpul el de los tlacochcalcas; el tercer calpul el de los huitznahuacas, el cuarto calpul, el de los cihuatepanecas, el quinto el de los chalmecas, el sexto el de los tlacatepanecas, el séptimo el de los izquitecas.⁵⁸

Entre los nombres de los *calpullis* mencionados por Chimalpain no se encuentra ninguno denominado 'michuaque'. De manera que estos últimos no figuran como una porción o un *calpulli* del grupo mexicana. Sin hacer mención pues, de un grupo denominado así, la única referencia que tenemos de Michoacán gracias a Chimalpain es aquella que el cronista relata de esta manera:

⁵⁷ *Ibid.* p. 334.

⁵⁸ Domingo Chimalpain, *Las ocho relaciones y el memorial de Culhuacán*, paleografía y traducción de Rafael Tena, vol. 1, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998 (Cien de México) p. 181 - 183.

Todos los que salieron traían en su compañía a una hermana mayor de Huitzilopochtli llamada Malinalxoch, a la cual abandonaron en Michhuacan, en Pátzcuaro, ella después partió de allí para ir a establecerse en Malinalco, llevando consigo a todos sus macehuales, que luego se llamaron malinalcas.⁵⁹

Hay que recordar que Tezozómoc mencionó un vínculo confuso que relacionaba a malinalcas con mexicanos y con michuaques. Parece ser que dentro de este brumoso relato histórico que se entreteje con el mito, es posible observar indicios de una historia en donde los habitantes de malinalco y los michuaque - que como he tratado de explicar, es un grupo nahuatlato - comparten cercanamente un pasado. Chimalpain ha ofrecido un relato que busca explicar los orígenes de varios pueblos entre los que, quizá de refilón, hallamos algo de los habitantes no tarascos de Michoacán.

Tras exponer este pasaje Chimalpain relata cómo los mexicas llegan a *Teoculhuacan*:

[...] Los aztecas se encontraron con ocho pueblos de naturales que allí estaban asentados y que se llamaban teoculhuas: el primer pueblo era el de los huexotzinca, el segundo pueblo, el de los chalcas totolimpanecas, el tercer pueblo el de los xochimilcas, el cuarto pueblo el de los cuitlahuacas, el quinto el de los malinalcas, el sexto el de los chichimecas, el séptimo el de los tepanecas y el octavo el de los matlalzincas.⁶⁰

Con este pasaje se aclara que los 'michuaque', además de no ser un *calpulli* mexica, tampoco son alguno de los grupos chichimecas con quienes los mexicas reemprendieron el viaje desde *Teoculhuacan*.

En resumidas cuentas, hay un contingente mexica que se queda en Pátzcuaro aunque Chimalpain no lo pormenoriza. Aunque en este caso sabemos que después de ser

⁵⁹ *Ibid.* p. 183.

⁶⁰ *Ibid.* p. 183.

abandonados, *Malinalxoch* y su gente no permanecen en este sitio sino que marchan a Malinalco, este pasaje reafirma el episodio que las crónicas - aunque en el caso de Chimalpain escuetamente - insisten en presentar: un vínculo entre los mexicas y Michoacán.

3. Los mexicas en Michoacán, la información en las fuentes michoacas.

3.1 Fray Jerónimo de Alcalá, la *Relación de Michoacán*, 1539 - 1540.

Este documento, cuyo nombre verdadero es *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los indios de la provincia de Michoacán hecha al Ilustrísimo señor don Antonio de Mendoza, virrey y gobernador desta Nueva España por su majestad, etcétera*, es la principal fuente de información que se tiene para el conocimiento de la época precolonial michoacana, los antiguos tarascos, así como de los primeros contactos con los españoles.

No se sabe con certeza quién fue el fraile que recopiló estas tradiciones y las tradujo al español. Benedict Warren señala que el mismo autor no se sintió así y se presenta de un modo secundario diciendo "... esta escritura y relación presentan a Vuestra Señoría los viejos de esta ciudad de Michoacán, y yo también en su nombre".⁶¹ Sin embargo, la obra es generalmente adjudicada al franciscano Fray Jerónimo de Alcalá.

⁶¹ *Apud.* Benedict Warren, "Fray Jerónimo de Alcalá, autor de la Relación de Michoacán" en *Relación de Michoacán*, coord. Moisés Franco Mendoza, Morelia, El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 2000, p. 37.

La *Relación de Michoacán*, fue escrita por encargo del virrey don Antonio de Mendoza y para su elaboración, Fray Jerónimo se auxilió de los indios ancianos de Tzintzuntzan y del entonces gobernador indígena Pedro Cuinierangari.⁶²

El original del texto manuscrito se conserva en la Real Biblioteca de San Lorenzo del Escorial en España. La *Relación* se compuso inicialmente de dos partes, se sabe porque así lo asienta su autor, sin embargo de la primera se conserva sólo un pequeño fragmento. Se piensa que la mayoría de la información fue proporcionada por miembros del linaje de los uacúsecha, que estaban en el poder en el momento de la llegada de los españoles y que trataban de mantener sus privilegios.⁶³ De manera que no es estrictamente una historia prehispánica de Michoacán sino el discurso y la historia ‘oficial’ de los uacúsecha desde su origen hasta la llegada de los españoles y la muerte del *cazonci* Tzintzicha.⁶⁴ La *Relación* es producto de los intereses del fraile compilador y de determinados nobles indígenas. Sin embargo, la aportación indígena va más allá puesto que elaboraron también las 44 láminas que fueron incluidas en el documento.

Con respecto al tema que se ha venido analizando, en la *Relación de Michoacán* nunca se establece un vínculo entre los tarascos y los mexicas, no lo vemos ni temprana ni tardíamente; en lo relacionado a sus más antiguos orígenes, la fuente michoacana no señala nada de una ascendencia mexicana. Asimismo, al final del relato de la *Relación*, cuando los mexicanos acuden a Michoacán solicitando ayuda del Cazonzi para defenderse de los invasores españoles, nunca se apela a un vínculo de sangre para, de alguna manera, asegurar la eficacia de dicho favor.

⁶² Ricardo León Alanís, “Los estudios lingüísticos y etnográficos en Michoacán siglos XVI y XVII” en *Lengua y etnohistoria purépecha, homenaje a Benedict Warren*, coord. Salvador Paredes Martínez, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas - CIESAS, 1997 (Encuentros, núm. 2) p. 167.

⁶³ Hans Roskamp, “El carari indígena y las láminas de la *Relación de Michoacán*: un acercamiento”, en *Relación de Michoacán*, p. 236.

⁶⁴ *Ibid.*

Cuando el Petamuti o sacerdote mayor invoca a su gente y comienza a relatar la historia de cómo empezaron a poblar los antecesores del Cazonci aquellas tierras, dice:

[...] Y lo que se colige de esta historia es que los antecesores del *caçonçi* vinieron a la postre a conquistar esta tierra y fueron señores della. Extendieron su señorío y conquistaron esta provincia que estaba primero poblada de gente mexicana, naguatatos y de su misma lengua; que parece que otros señores vinieron primero y había en cada pueblo su cacique con su gente y sus dioses por sí. Y como la conquistaron hicieron un reino de todo, desde el bisagüelo del *caçonzi* pasado que fue señor en Michoacán [...] ⁶⁵

El pasaje indica en parte, lo que ya se había mencionado en el primer capítulo, los tarascos protagonistas de la *Relación* llegaron a establecerse a un lugar en donde ya habitaban otros pueblos. Existían tarascos como lo deja ver esta cita, pero también se observa que hay gente de habla náhuatl. Mencioné anteriormente que de acuerdo con el padre Sahagún, los ‘michuaque’ a quienes se trató de presentar como un grupo de filiación náhuatl, se habrían separado de los mexicas en *Teoculhuacan* para finalmente establecerse en Michoacán. La *Relación de Michoacán* podría darnos indicios del origen de la gente asentada en el sitio para cuando el último grupo tarasco llegó. De haber sido así, los ‘michuaque’ debieron haberse asentado antes de la llegada de los uacúsecha a Michoacán.

⁶⁵ *Relación de Michoacán*, p. 341.

3.2 Fray Alonso de Larrea, *Crónica de la orden de N. Seráfico P. S. Francisco, provincia de S. Pedro y S. Pablo de Mechoacan en la Nueva España, 1639.*

La llegada de los primeros misioneros a Michoacán data de una fecha muy temprana, los primeros franciscanos lo hicieron en 1525⁶⁶. Fray Alonso de Larrea nació en la ciudad de Querétaro, en la primera década del siglo XVII; fue hijo natural de Tomás Angulo y de Francisca Larrea. Tomó el hábito de la orden de San Francisco en el convento de Valladolid en 1624 y para 1637 tenía ya el cargo de ‘Cronista de la Provincia’, cargo que desempeñó muy bien de manera que dos años después la *Crónica* estaba concluida.⁶⁷ El trabajo de Fray Alonso de Larrea es la primera crónica franciscana particular de Michoacán.

La Crónica se inserta en el esquema tradicional de la crónica religiosa de provincia: descripción geográfica, notas históricas sobre los indios ‘en tiempo de su gentilidad’, la conquista, el inicio de la evangelización, establecimiento de conventos y biografías de los primeros religiosos.⁶⁸ El relato de Larrea, según Patricia Escandón, se basa prioritariamente en el trabajo de *Los veintiún libros rituales y monarquía indiana* de Fray Juan de Torquemada, publicado en Sevilla en 1615. Asimismo, en la *Crónica de N. P. S. Agustín en las provincias de la Nueva España* de Juan de Grijalva, publicado en la ciudad de México en 1624 y finalmente, entre las fuentes de Larrea, incluye a Fray Antonio Daza quien escribió en 1611 su *Cuarta parte de la crónica general de nuestro*

⁶⁶ Benedict Warren, “Los comienzos del cristianismo en Michoacán” en *La conquista de Michoacán 1521 - 1530*, traducción del inglés de Agustín García Alcaraz, Morelia, Mich., Fimax Publicistas, 1989, (Estudios Michoacanos, VI), p. 114.

⁶⁷ *Crónicas de Michoacán*. Selección, introducción y notas de Federico Gómez de Orozco, México, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991. (Biblioteca del estudiante universitario, 12), p. 31.

⁶⁸ Fray Alonso de Larrea. *Crónica de la orden de N. Seráfico P.S. Francisco, provincia de S. Pedro y S. Pablo de Mechoacan en la Nueva España*, ed. Patricia Escandón, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán - Fideicomiso Teixidor, 1996, p. 16.

*padre San Francisco y de su apostólica orden.*⁶⁹ Y como se verá más adelante, también fue influenciado por Gregorio García, y su *Origen de los indios del Nuevo Mundo*.

Entre los sucesos históricos ocurridos antes de la llegada de los españoles que Larrea menciona tenemos justamente el pasaje que hemos venido buscando en diversas crónicas:

Ya se sabe que todos los que poblaron este Occidente eran gentiles, ora toltecas, acolhuas o mexicanos, y además familias y que vinieron del poniente, de un lugar o cueva que ellos llamaron Chicomotztotl, que significa siete cuevas, de aquí salieron unos antes y otros después, y haciendo su curso hacia el oriente, poblaron aquellos reinos y provincias [...] y aunque esto no se sabe con evidencia, por lo menos hemos de concederlo así [...] y persuádome a aquesta verdad, porque pintando estos indios tarascos el origen de su venida en un lienzo antiquísimo, que está hoy en el pueblo de Cucutacato. [...] Pintaron aquellas nueve naciones saliendo de las siete cuevas del poniente [...] de donde veremos que estos tarascos son de aquellas nueve familias que vinieron con los mexicanos, conducidos de aquel fabuloso pájaro.⁷⁰

Fray Alonso, por lo menos, demostrado en este fragmento, se ha basado en fuentes cuya información no cotejó en persona. Anteriormente se vio que el llamado *Lienzo de Jucutacato* correspondía a una pictografía en donde se narra la búsqueda de minas de cobre por parte de un grupo identificado como nonoalca.⁷¹ Lo interesante es que Larrea ciertamente cree que los tarascos han iniciado la peregrinación junto con los mexicas. Incluso más adelante, afirmará que pese a que le han informado que los tarascos descienden de los tecos, él está convencido de que los tarascos vinieron con los mexicanos. Para Fray Alonso, una muestra de ello es el nombre de la principal fundación

⁶⁹ *Ibid.* p. 35

⁷⁰ *Ibid.* p. 71 - 72.

⁷¹ *Vid. supra.* p. 22 - 25.

tarasca, futura sede de su imperio: Tzintzuntzan. Sitio que los tarascos habrían consagrado al ídolo que les condujo también a ellos, Huitzilopochtli:

la principal fundación que fue Tzintzuntzan como cabeza imperial de su monarquía, la consagraron al ídolo que los condujo, que fue Huitzilopochtli, oráculo de los mexicanos, que aunque los separó, no dejaron de reconocerle, por cuanto pasaron por su disposición a la tierra que también se hallaban [...] De este nombre Huitzilin que significa un pájaro muy pequeño verde que chupa las flores, sustentándose con el humor de ellas [el colibrí]. A este dios consagraron su primera ciudad, dándole el mismo nombre que fue Tzintzuni, que significa el mismo pájaro y la llamaron Tzintzuntzan, que significa pueblo del pájaro verde o del dios Huitzilopochtli.⁷²

Los tarascos levantaron su capital en *Huitzitzilan*, que en náhuatl significa “lugar abundante en colibríes”, traduciendo este nombre a su lengua como *Tzintzuntzan*. La fundación tarasca precede por muchos años a la fundación de *Huitzitzilan* y tiene lugar en el siglo XIV, de manera que el sitio tendría antiguamente ya un nombre náhuatl dado probablemente por la abundancia en efecto de estos pájaros.

Sobre la manera en que los tarascos se habrían separado del grupo, Larrea menciona:

[...] después de cumplido el término que el ídolo les señaló a los mexicanos en este lugar, donde se hizo la separación de las demás familias, que fue de nueve años, prosiguieron su derrota oriental [los tarascos] y como cae esta provincia línea recta por donde venían, algunos niños, viejos y enfermos que, fatigados del camino, no pudieron pasar, se quedaron en esta provincia y prosiguiendo los mexicanos, llegaron al centro de la laguna mexicana. Los tarascos, ofendidos y agraviados, poblaron este reino, mudaron la lengua e hicieron cuerpo de por sí.⁷³

⁷² Larrea. *Crónica de la orden de N...* p. 74

⁷³ *Ibid.* p. 72.

Larrea parece haber estado en contacto con la fuente que menciona el abandono de los tarascos en el lago de Pátzcuaro. Sin embargo, Fray Alonso no habla del momento en que los mexicas parten de Michoacán dejando a una fracción de su grupo bañándose, mencionando sólo que los ancianos y los enfermos se quedaron en este sitio; acto seguido habla de la ‘ofensa’ hecha a los michoacanos y el ‘agravio’ que éstos sintieron, pero del motivo, nada comenta. Las incongruencias quizá corroboren que el relato, por lo menos en pasajes como éste, fue escrito a partir de una serie de lecturas cuya información Fray Alonso cruzó.

A pesar de que los datos dados por Larrea unen tradiciones distintas al respecto del paso de los mexicas por Michoacán, parece clara su intención de comunicarnos que en efecto, los tarascos viajaron inicialmente con los mexicas, separándose de ellos en algún sitio y poblando Michoacán.

3.3 Fray Antonio Tello, *Crónica miscelánea de la Santa Provincia de Jalisco*, 1653.

Antonio Tello nació en Santiago de Compostela, Galicia, en 1567. Tomó los hábitos franciscanos en Salamanca y antes de 1596 pasó a la Nueva España. En esta fecha fue a California con el marino Sebastián Vizcaíno y radicó más tarde en la provincia de Jalisco⁷⁴ donde sirvió en varios conventos franciscanos: Zacoalco, Tecolotlán y Cocula. Estando en este último terminó de escribir en 1653, mismo año de su muerte, la *Crónica*

⁷⁴ *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Álvarez, tomo XIII, México, Secretaría de Educación Pública, 1988. p. 7624.

*miscelánea de la Santa Provincia de Jalisco*⁷⁵, la fuente más antigua de que se han nutrido casi todos los historiadores locales.⁷⁶

Tello organizó su *Crónica* en seis 'libros' o partes, de los cuales el primero está perdido. Se sabe el contenido de los demás debido a una tabla de capítulos que aparece al final del libro VI. Los libros II y III, encuadernados en un solo volumen se encuentran en la Biblioteca John Carter Brown de Providence en Rhode Island, versando sobre la conquista de Nuño de Guzmán y biografías y fundaciones de los misioneros respectivamente. Los libros IV al VI se conservan en la biblioteca pública de Guadalajara en México. El libro IV trata de las fundaciones de los conventos franciscanos de Jalisco, el V que Tello llamó *Crónica Miscelánea* versa sobre la cristianización franciscana y en el VI glorifica su provincia franciscana de Santiago de Compostela.⁷⁷

A pesar de no contar con el primer volumen de su obra, existen en la *Crónica* de Tello noticias sobre los purépechas, totorales, caxcanes, además de información acerca de pueblos ahora desaparecidos. Su contenido es particularmente importante y en este caso, la *Crónica* no por referirse a Jalisco se ocupa menos de Michoacán. Aun cuando la obra data del siglo XVII es una fuente muy rica para el conocimiento de las antiguas culturas del occidente.⁷⁸ Con respecto a la migración mexicana y el origen tarasco, Tello escribió una de las versiones más interesantes y curiosas:

Luego que salieron de este pueblo de las siete cuevas [los mexicanos] atravesaron los llanos que había hasta que tocaron las serranías circunvecinas a las provincias de Tzinaloa y entraron por Petatlán, Culiacán, Chiametla, Tzenticpac, Xalisco [...] Mexcala, Chapalan y Xocotepec. Todas estas provincias

⁷⁵ *Ibid*

⁷⁶ Antonio Tello. *Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*, tomo II, volumen 1, paleografía de José Luis Razo Zaragoza, estudio introductorio de Alfredo Corona Ibarra, Guadalajara, Jal., Gobierno del Estado de Jalisco - Universidad de Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1968. (Serie de Historia, 9), p. XIX.

⁷⁷ *Enciclopedia de México...* p. 7624.

⁷⁸ *Ibid*.

anduvieron, que estaban pobladísimas y no las guerrearon por venir en tropas no suficientes para pelear, contentándose con el sustento que hallaron y con enseñar a los naturales con los ritos del demonio que traían recientes [...] y como eran pocos se avecindaron en estas provincias y, olvidando la lengua mexicana, se acomodaron a los naturales de ella.⁷⁹

El objetivo del padre Tello en esta parte de su crónica, es establecer el origen de los habitantes posteriores a la ‘gente bárbara’, como él la llama, que ya estaba asentada en la Nueva Galicia, tecuexes probablemente. Los protagonistas de estos últimos asentamientos serán, como se verá, los mexicanos que habían salido de Aztlán.

En el pasaje citado, Tello relata la estancia en Jalisco y cómo algunas personas se irían avecindando en los sitios por los que pasaban. Fray Antonio menciona nombres como *Cohuatlicamac*, el primer lugar donde los mexicanos se detuvieron y vivieron durante dos años, después mencionará que marcharon hacia Pánuco donde estuvieron por seis años y tras librar unas batallas allí, los mexicanos habrían ido hacia unos llanos que nombraron *Chimalco* donde se asentaron durante seis años más; después, pasando por Zacatecas habrían llegado a *Tuitlan*, edificaron una ciudad y vivieron allí veinte años. En este punto de la migración, el padre refiere que quedan pocas familias mexicanas que no han encontrado un asentamiento definitivo, pero se trata de las más civilizadas. Los demás mexicanos que nombra ‘rústicos’, quienes no hablan una lengua tan ‘limada y culta’ como los integrantes de las cuatro familias restantes, se dispersaron en los sitios cuyo tiempo de ocupación, Tello nos refiere con lujo de detalle.

Tras ocurrir esta etapa de la migración, los mexicanos siguieron conquistando tierras, edificando pueblos y templos, y en palabras de Tello ‘viviendo una vida feroz y bárbara’ hasta que las familias restantes rogaron a su dios que los llevase de una buena vez a las tierras prometidas.

⁷⁹ Tello, *Crónica Miscelánea...* p. 25.

[...] Habiendo asentado sus poblaciones y puesto altar y sacerdotes en sus templos, rogaban los mexicanos a su ídolo los sacase de tantos trabajos y los llevase a donde les había prometido, pues los rústicos quedaban ya acomodados, y el demonio les respondió que su deseo había sido siempre mejorarlas a todas las otras naciones que habían salido del Septentrión y que sus confederados quedasen acomodados [...] y que claro estaba que pues ellos eran la familia a quien más amaba y que había de ser la más acomodada y favorecida.⁸⁰

A la manera del relato bíblico de Job, Huitzilopochtli reservaría aún la mejor parte para sus mexicanos favoritos después de haberlos hecho peregrinar con tantos esfuerzos a través de Sinaloa y Jalisco. De esta manera, el dios los guiará hacia el oriente: “hacia la provincia de los tarascos a quien nombraron Michoacán”.⁸¹

[...] Entró [Huitzilopochtli] por los Guáscatos, Pénjamo, Numarán y Conguripo, hasta dar vista a la laguna de Tzintzuntzan, a donde fueron sin contradicción alguna recibidos por los tarascos y el ídolo los hizo amigos y hicieron una fiesta de concordia, y entonces dixo el demonio a los mexicanos que si querían quedarse en aquella provincia, y respondieron que no, porque era destemplada y monstruosa. Estuvieron en esta Provincia dos años, con el cariño de los tarascos, a los cuales se les pegó la idolatría que hasta allí no la habían usado. Estando en esto dixo el demonio a los mexicanos que llevaban gran familia y que convenía que se apartasen algunos, los más políticos, y se hiciese de ellos una familia para que quedase con los tarascos sus amigos, que por ser gente inculta tenían necesidad de quién les enseñase en el gobierno de su república y en el culto de la idolatría, y, pareciéndoles bien, nombraron por catzique y señor a un indio llamado Tzilantzi el qual, con los de su familia [...] poblaron al ciudad de Huitzitzila que ahora se llama Tzintzontzan [...] y quedaron tan confederados los mexicanos y tarascos, que nunca tuvieron disgusto, antes los

⁸⁰ *Ibid.* p. 29.

⁸¹ *Ibid.*

mexicanos olvidaron su lenguaje y de este catzique Tzilntzi descendieron los señores y reyes de Michoacán.⁸²

Esta crónica es la única que detalla así el paso de los mexicas por Michoacán, en esta historia los mexicas y los tarascos no comparten *a priori* afinidades culturales ni de idioma ni de origen, simplemente, se hace referencia a un vínculo en donde los mexicas conviven pacíficamente con los tarascos durante una estancia voluntaria de dos años en Michoacán. Las interesantes consecuencias son que los mexicas que se quedaron, cumpliendo los designios de Huitzilopochtli, enseñarían a los tarascos las costumbres de la civilización así como el culto a los dioses y en adelante gobernarían dejando el náhuatl en el olvido para aprender el tarasco. Así, los futuros reyes tarascos, efectivamente serían descendientes de los mexicas.

Antes del arribo a Michoacán, el cronista hace transitar a los mexicas por *Guáscatos, Pénjamo, Numarán y Conguripo*. Resulta interesante descubrir que Tello incluso ha dejado constancia de los sitios del derrotero. Pénjamo y Numarán ubicados en la frontera norte entre Michoacán y Guanajuato, indicarían coherentemente que los migrantes habrían evitado las complicaciones de la Sierra Madre arribando a Michoacán por el norte y no por el oriente.

Como otra peculiaridad de Tello se encuentra que el lugar del primer ‘encuentro’ mexica - tarasco se da en Tzintzuntzan y no en Pátzcuaro como lo mencionan casi todas las fuentes mexicas. Pátzcuaro es el lugar donde se desarrolla gran parte de la historia fundacional de los uacúsecha, mientras que Tzintzuntzan - o *Michuacan* como es referida en la *Relación de Michoacán* - cobra protagonismo mucho más adelante, cuando *Tariácuri* decide repartir el reino y *Tangaxoan*, uno de sus sobrinos, es nombrado señor de Tzintzuntzan. Obteniendo verdadera importancia como cabecera del ‘imperio’ en

⁸² *Ibid.* p. 29 - 30

tiempos de *Tzitzipandacuare*, hijo de *Tangaxoan* como parte de la herencia. De esta manera, el encuentro referido por Tello parece darse en el marco de un tiempo histórico más que mítico, sin embargo por lo visto anteriormente, ambas cosas no pueden ser parte de una misma verdad. La afirmación carece de sentido cronológico. Una vez más me parece que se puede rescatar el hecho de que el cronista haga referencia al paso de los mexicas por Michoacán, que en este caso es referido de una manera única y peculiar.

3.4 Fray Isidro Félix de Espinosa, *Crónica de la provincia de San Pedro y San Pablo*, 1752.

Uno de los más importantes sucesores de Larrea fue Isidro Félix de Espinosa. Nació en Querétaro el 26 de noviembre de 1679. En 1696 ingreso en el Colegio de la Santa Cruz, profesó en 1697, pasó al Colegio de San Francisco en Valladolid (Morelia) donde recibió el subdiaconado en 1700 y fue ordenado sacerdote en Querétaro en 1703. Misionó en Río Grande, Texas y en 1713 predicó en Michoacán.⁸³ En 1722 fue elegido Guardián del Colegio de la Santa Cruz, donde murió el 12 de febrero de 1755.⁸⁴

Espinosa fue autor de varios trabajos entre los que se encuentran algunas biografías de franciscanos del siglo XVII, una *Crónica de los colegios de propaganda Fide de la Nueva España* y alrededor de 1752, su *Crónica de la provincia de San Pedro y San Pablo*⁸⁵, también conocida como *Crónica de Michoacán*. Esta obra que permaneció inédita casi siglo y medio, fue planeada por su autor para cubrir un período comprendido entre 1525 y mediados del siglo XVIII pero la muerte se lo impidió y la información que

⁸³ *Enciclopedia de México...* p. 2546.

⁸⁴ Burrus, "Religious Chroniclers..." p. 150.

⁸⁵ *Enciclopedia de México...* p. 2546.

compila Fray Isidro Félix quedó inconclusa según su proyecto.⁸⁶ En el asentamiento de los hechos posteriores al 1630, Espinosa sigue el mismo patrón que el seguido por Larrea, de manera que se trata básicamente de una copia de su predecesor pero con algunos datos añadidos que muestran una base documental más amplia que la de Fray Alonso.⁸⁷ El trabajo de Espinosa que me interesa ahora es obviamente su *Crónica de Michoacán*, en donde se anota una versión del paso de los mexicas por Michoacán que parece ser copiada de alguna fuente basada a su vez, en la llamada *Crónica X*. Espinosa, al respecto, dice basarse en el fraile dominico Gregorio García quien en 1607 editaba el *Origen de los indios del Nuevo Mundo* con motivo de discurrir sobre el origen de la población americana y preguntándose si esta nueva realidad participaba o no de la misma naturaleza que el resto de las cosas y las criaturas.⁸⁸ El episodio del paso de los mexicas por Michoacán anotado por este franciscano, es copiado exactamente del de Gregorio García y tal parece, por el contenido, que también Larrea se nutrió de los comentarios de García.

Al respeto del pasaje que nos interesa, Espinosa escribe:

Prosiguiendo pues los mexicanos, [...] sembrando y cogiendo y al mismo tiempo poblando varios parajes de que hoy se conservan muchos vestigios, llegaron pasando mucho trabajos transitando por lo que ahora es Guadalajara y Jalisco, a aportar a la provincia llamada Michoacán por el mucho y regalado pescado que se cría en sus hermoso ríos y espaciosas lagunas. Contentóles a todos en extremo la amenidad del sitio y frescura de toda aquella tierra y discurriendo

⁸⁶ Fray Isidro Félix de Espinosa. *Crónica franciscana de Michoacán*. Apuntamientos bibliográficos de Nicolás León, Morelia, Mich.: Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo - Morevallado Editores, 2003, p. 7.

⁸⁷ Burrus, "Religious Chroniclers..." p. 150.

⁸⁸ Gregorio García. *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, estudio preliminar de Franklin Pease G.Y., México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 325.

ser ésta y no otra la que su ídolo les tenía prometida, determinaron conformes todos de hacer perpetua mansión en ella.⁸⁹

La siguiente parte del episodio de igual manera sigue un patrón que ya hemos analizado anteriormente: Espinosa asienta cómo “el falso oráculo” niega que sea éste el lugar elegido por él para la morada permanente de los mexicas y acepta la petición de éstos para dejar poblado el hermoso paraje. Para satisfacer los deseos de los mexicas, Huitzilopochtli planeará el abandono de una parte del contingente mexica, es decir, hará que durante un baño en el lago de Pátzcuaro, los elegidos para seguir adelante, roben la ropa de los que se han metido al agua. De esta manera, los que se habían divertido en el lago, al salir se hallarían sin ropa, se sentirían avergonzados y se verían obligados a quedarse mientras el resto de los mexicas seguía adelante.

Asentado esto, Espinosa menciona:

De aquí rastrearé el curioso de dónde pudo tener origen el mortal encono, con que después se hacían cruda guerra los mexicanos y los de esta parcialidad de los tarascos. Este modo de separarse los que tantos años habían caminado unidos, es más verosímil que el que les prohijan de haberse quedado por mandato del ídolo, sólo los viejos y enfermos. [...] Separados ya de los mexicanos los tarascos se unieron con los de otras naciones comarcanas a la sierra y con su trato y el aborrecimiento que se les infundió con el desaire de sus antiguos compañeros, se fue poco a poco mudando la materna lengua. [...] Verdad es que aunque las lenguas mexicana y tarasca convienen en tal o cual partícula, son, como es manifiesto, en vocablos y pronunciación muy diversas, con la noticia antes referida salimos de las conjeturas de cómo poblaron Michoacán los tarascos y se viene a los ojos que en esta ocasión salieron de hacia el norte, juntos con los mexicanos por haberles quedado el mismo culto y adoración del ídolo que los condujo Huitzilopochtli. Añádese el haber dado al

⁸⁹ Fray Isidro Félix de Espinosa. *Crónica franciscana de Michoacán*. Apuntamientos bibliográficos de Nicolás León, Morelia, Mich.: Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo - Morevallado Editores, 2003, p. 28.

lugar de su primera población el nombre de Tzintzuntzan, que quiere decir, según la crónica de Larrea, pueblo del pájaro verde, figura con que pintaban el origen de su ídolo.⁹⁰

Espinosa parece convencido de que los tarascos descienden de los mexicas y la versión de Larrea, copiada de Gregorio García, de que fueron los ancianos y los enfermos los que permanecieron en Michoacán, no le parece acertada y difiere al respecto. Además, igualmente asienta que la fundación de Tzintzuntzan se debió a la razón que Larrea expuso.

El ‘detalle’ de la lengua lo resuelve anotando que los mexicas que se metieron a bañar en Pátzcuaro, ofendidos por la descortesía de que fueron víctimas, cambiaron su idioma materno, el náhuatl, transformándolo en el tarasco. Espinosa está conciente de la dificultad de tal aseveración puesto que ambos idiomas son completamente distintos, sin embargo no duda en afirmar que ésta es la verdadera razón de que el náhuatl no haya permanecido en Michoacán.⁹¹

Sin entrar en más detalles de forma, nuevamente se debe rescatar el hecho de que el cronista del siglo XVII hable del origen tarasco vinculándolo a un grupo abandonado por el contingente mexica itinerante. Asimismo, que reproduzca otra vez el dato de los mexicas pasando por Michoacán durante su camino al Altiplano Central.

⁹⁰ *Ibid.* p. 29.

⁹¹ García, como se dijo ya, parece haberse nutrido de alguna fuente basada en la *Crónica X* puesto que menciona haciendo referencia a lo escrito por Tovar y corroborando lo escrito por Espinosa: “para distinguir las naciones tampoco basta la diversidad del idioma: los chinos y los japoneses tienen muy diferente lengua, y son una gente, lo mismo sucede en los mexicanos y tarascos y aun en los castellanos y vizcaínos”. García, *origen de los indios...*, p. 11.

4. Recapitulación

Después de anotar los datos que las fuentes ofrecen para el mejor entendimiento del episodio que nos interesa en este momento, se hace patente que tanto las pictografías como los manuscritos arrojan detalles y pormenores que difieren entre los documentos, a veces de manera abrupta, pero este caso no es ninguna singularidad. La información de las fuentes etnohistóricas se interpreta siempre a la luz de su contexto y en ocasiones, los datos existentes en unas interactúan con los referidos en otras. Asimismo es necesario interpretarlas a la luz de los conocimientos que disciplinas como la arqueología puedan aportar.

En las fuentes referidas en este capítulo, se ha visto cierta insistencia en asegurar algunos datos. La aparición de una u otra manera de Michoacán en la historia es una constante.

Por su parte, con variantes peculiares, el trasfondo de todas las referencias que se basan en la *Crónica X*, básicamente es el mismo: Los tarascos descienden de los mexicas, o bien, compartieron su peregrinar en tierras norteñas y fueron separados en Michoacán donde aquéllos se enfadaron tanto que decidieron ser en adelante distintos.

Por otro lado existen referencias como la de Tello quien asegura que los mexicas estuvieron en Michoacán pero no habla nunca de un origen común. O la de Sahagún, que no habla del tránsito mexica por este estado del Occidente, sin embargo sí menciona un grupo 'michuaque', que he tratado de presentar como un grupo de filiación náhuatl que se asienta en Michoacán tras su separación de los mexicas. La historia de Sahagún me parece particularmente interesante, quizá en ella quede explicado el hecho de que en varias crónicas aparezca un grupo 'michuaque': Los tarascos, habitantes por antonomasia del Michoacán posclásico, serían referidos en las crónicas a la luz de los

siglos XVI, XVII y XVIII, como aquel grupo de inmigrantes que se quedó en Pátzcuaro. Quizá sea el caso más de una ‘prospección retrospectiva’⁹² reconstruida con los trozos de una historia antigua.

Todas estas afirmaciones, analizadas en su momento, coinciden en establecer una vinculación entre los mexicas y Michoacán. Dadas las diversas tradiciones que podemos hallar en los relatos históricos y que hacen mención del acontecimiento, me parece prudente y verosímil pensar que efectivamente Michoacán fuera parte del itinerario mexica en su recorrido hacia la Cuenca de México. El origen étnico común entre tarascos y mexicas, debido a las amplias diferencias culturales entre unos y otros, me parece una afirmación imposible.

Se dijo que para estudiar la migración mexica, existen dificultades debido a la incongruencia de los datos, pero además, uno de los principales problemas que se encuentran para dar crédito a la información, es que “cuando terminó la guerra de los mexicas con los tepanecas, los mexicas quemaron la biblioteca de Azcapotzalco por órdenes de Itzcóatl. En esta biblioteca se guardaban los códices que registraban la historia del centro de México”.⁹³ El objetivo fue forjar lo que hoy llamaríamos una ‘conciencia histórica’ de la que pudieran estar orgullosos los mexicas. Reunido Tlacauelel con Itzcóatl y otros jefes principales, se acordó quemar los antiguos libros de pinturas de los pueblos vencidos y algunos de los mismos mexicas, porque en ellos, en vez de reconocerse el verdadero destino de los escogidos de Huitzilopochtli, se daba cabida a ‘apreciaciones erróneas’.⁹⁴ Según Martínez Marín, tras este hecho, se hizo patente una vinculación con grupos destacados como los toltecas y los tarascos.⁹⁵ Recordemos

⁹² Todorov, *La conquista de América...*, p. 95.

⁹³ Carlos Martínez Marín. “Peregrinación de los mexicas”, en *Historia de México*, Tomo 4, coordinador general de la obra Miguel León - Portilla, México, Salvat, 1986, p. 696.

⁹⁴ Miguel León - Portilla. “Casi cien años de grandeza del pueblo del sol” en *Historia de México*, tomo 5, coordinador general de la obra Miguel León - Portilla, México, Salvat, 1986, p. 724.

⁹⁵ Martínez Marín, “Historiografía de la migración...”, p. 122.

además que la fuente michoacana más antigua no menciona nunca un vínculo de tarascos con mexicas.

Debe también tomarse en cuenta que para el siglo XV cuando *Motecuhzoma Ilhuicamina* manda buscar Aztlán, los mexicas ya no recordaban más allá del camino hasta Tula, la ruta seguida por sus antepasados tres siglos antes estaba olvidada. Y de esta manera, la verosimilitud de los hechos narrados queda en duda.⁹⁶ La historia, a pesar de su trascendencia e importancia, debió reconstruirse de algún modo para llenar los huecos de la memoria.

Los mexicas parten de Aztlán, según la mayoría de los registros etnográficos con que contamos, a mediados del siglo XI o principios de XII, presentándose en el Cuenca de México en el siglo XIII. A la Cuenca llegan contemporáneamente a otros emigrantes como los chichimecas de Xólotl por ejemplo. Y del siglo XIII en adelante ya no salen de esta zona aunque todavía transcurre un siglo más para que puedan establecerse en México-Tenochtitlan en 1325 - según la mayoría de las opiniones -⁹⁷

De acuerdo a la información recopilada en las fuentes y según algunos datos de investigaciones arqueológicas, parece plausible un encuentro entre mexicas y tarascos. La fecha para tal acontecimiento debería ser antes de que los mexicas aparecieran ya en la Cuenca de México. Según lo referido por Chimalpain, antes del 1200 d.C., además debió de ser una estancia relativamente corta, dada por el significativo hecho de que sólo lo dicho por Tezozómoc nos sugiere una estancia prolongada. A pesar de ello, el período de permanencia no nos es referido nunca.

Si pensamos arbitrariamente en el lapso de tiempo que va de la fecha más tardía dada para la salida de Aztlán, hasta la fecha más tardía dada para el encuentro, parece claro que no pudieron haberse encontrado a su paso con los uacúsecha plenamente

⁹⁶ Martínez Marín, "Peregrinación...", p. 696.

⁹⁷ *Ibid.* p. 701.

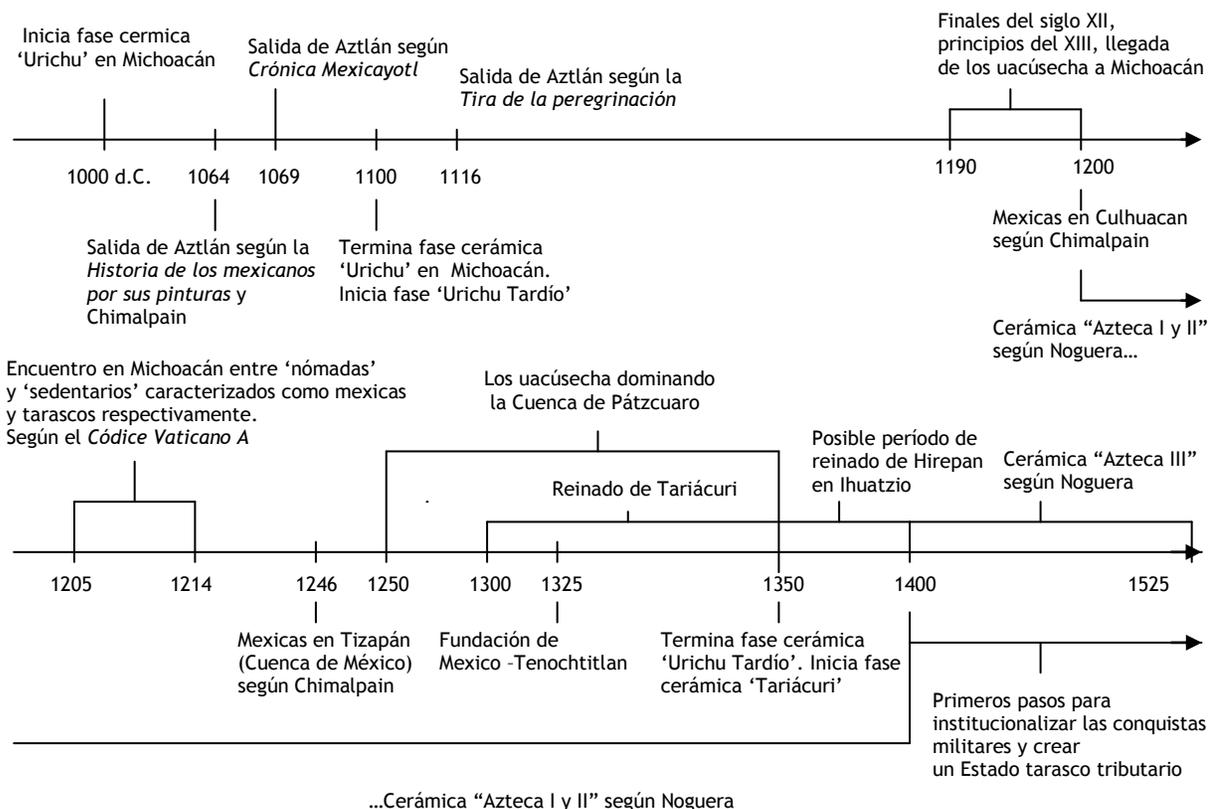
instalados en la Cuenca del lago de Pátzcuaro y con la preponderancia política y militar que los caracterizó en etapas posteriores de su historia. De haber existido tal encuentro, los mexicas concurrirían con un grupo tarasco en incipiente aculturación con el entorno y con los demás grupos asentados en las inmediaciones de Pátzcuaro.

Por otra parte, y debido a lo fluctuante de los datos cronológicos, no podría negarse que los mexicas a su paso por Michoacán, pudieran haber tenido contacto con gente de habla tarasca o nahua, tal y como la *Relación de Michoacán* menciona que existía antes de la llegada de los uacúsecha

Resumiendo, parece factible el paso de los mexicas por Michoacán, asimismo, un encuentro entre mexicas y algún grupo tarasco, incluso el uacúsecha. Lo que resulta cada vez más improbable es que los mexicas hubieran tenido contacto con este grupo tarasco en pleno apogeo. Las consecuencias de ello, intentaré explicarlas en el siguiente capítulo de la mano de las afirmaciones de Miguel Covarrubias.

Incluyo ahora una tabla cronológica con algunos sucesos mencionados en la exposición de este capítulo, con la finalidad de esquematizar la historia que mexicas y tarascos pudieran haber compartido. Incluí en el esquema algunas fechas de cronologías cerámicas ya que, como mencioné, la datación arqueológica es de gran ayuda y es bien sabido que el estudio detallado de la cerámica ha permitido establecer cronologías relativas, vínculos estilísticos cruzados entre diferentes culturas y secuencias de permanencia, desarrollo y abandono de sitios para los pueblos de Mesoamérica. En este caso nos ha situado temporalmente reforzando o refutando las fuentes etnográficas.

Cronología mexicana - tarasca⁹⁸



⁹⁸ Las fases cerámicas para Michoacán fueron tomadas de la cronología establecida por Pollard: Las fases Urichu son basadas en excavaciones en este sitio. La fase Tariácuri fue definida por materiales de Tzintzuntzan obtenidos en el *Proyecto Zacapu* de Dominique Michelet. Vid. Fisher, Christopher, Helen P. Pollard y Charles Frederick. "Intensive agriculture and socio - political development in the Lake Patzcuaro Basin, Michoacán, Mexico" en *Antiquity*, núm. 73 (1999) p. 642 - 649.

Las fases cerámicas mexicas fueron tomadas de la propuesta de Eduardo Noguera. Vid. Noguera, Eduardo. *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, segunda edición, 1975.

Las fechas propuestas para la dominación uacúsecha en la Cuenca de Pátzcuaro y para la institucionalización de las conquistas militares con el fin de crear el Estado tarasco fueron tomadas de Pollard. Vid. Helen Pollard. *Tariacuri's legacy: The Prehispanic Tarascan State*, Oklahoma, University of Oklahoma Press - Norman and London, 1993 (The civilization of the American Indian Serie).

Todas las demás referencias han sido citadas anteriormente.

Capítulo 3: Las apreciaciones de Miguel Covarrubias con respecto al arte mexicana y tarasco.

1. Miguel Covarrubias.

El “chamaco” Covarrubias, como solían apodarlo cariñosamente sus amigos, fue un personaje en todo el sentido de la palabra. Caricaturista e ilustrador de libros, pintor y muralista, escenógrafo, coleccionista de arte, ferviente aficionado a los viajes, el teatro, la danza y los idiomas, además de admirador de las culturas exóticas y de su arte. Miguel Covarrubias fue también arqueólogo y antropólogo. Los últimos años de su vida se entregó con pasión a la danza, sin embargo, se dedicó casi íntegramente a sus investigaciones estéticas abandonando por completo la caricatura y la pintura.

Miguel Covarrubias nació en la ciudad de México en 1904 y murió en 1957. Dejó sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria para dedicarse al dibujo de caricaturas. En 1923 se fue a Nueva York; sus dibujos tuvieron éxito y se convirtió en el caricaturista oficial de la revista *Vanity Fair* en la cual colaboró hasta 1936.¹ En 1930, ya casado con la bailarina estadounidense Rosemonde Cowan Ruelas (rebautizada por él como Rosa Rolando), viajó al sureste asiático donde conoció Java, Bali, la India y Vietman. Miguel y Rosa viven una temporada idílica en la isla de Bali y lo que hubiese sido una luna de miel, se convierte en una estancia de nueve meses. Él acumula apuntes y ella fotografías. Un año después, becado por la institución Guggenheim, ambos vuelven a Bali cautivados por “el modo de vida sosegado y contemplaivo de los balineses y por su rica cultura tradicional”². En estos años el pensamiento del caricaturista toma un nuevo giro. “Covarrubias descubre la isla de Bali y se orienta hacia el estudio de la vida y las

¹ Silvia Navarrete, *Miguel Covarrubias, artista y explorador*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Ediciones Era, 1993 (Galería, Colección de arte mexicano), p. 9 - 11.

² *Ibid.* p. 59.

tradiciones de los pueblos apartados de la cultura occidental. Así comienzan sus búsquedas dentro de los campos de la antropología, la etnografía y la lingüística”.³

Island of Bali, un libro publicado en 1937, es el primer testimonio del trabajo antropológico y etnográfico de Covarrubias. En 1939, tras quince años de residencia en los Estados Unidos, Covarrubias abandonó Nueva York y volvió a México.⁴ Su segundo trabajo antropológico lo concretó durante su estancia en el Istmo de Tehuantepec: *Mexico South* es el relato de sus viajes por el sur de Veracruz y el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca. Describió la vida actual de los sitios, para después adentrarse en aspectos del pasado hasta llegar al período prehispánico. *Mexico South* “constituye un intento por dar a conocer y rehabilitar una cultura ignorada”.⁵

Tres años antes de fallecer, publica el primer tomo de una ambiciosa trilogía que quedará inconclusa y que relataría la historia del arte indio del norte, centro y sur del continente americano.⁶ *The Eagle, the Jaguar and the Serpent* el primer volumen, e *Indian Art of Mexico and Central America*, el segundo, publicado póstumamente el mismo año de su muerte, fueron traducidos al español por la Imprenta Universitaria hasta 1961. El último volumen, dedicado al arte tradicional sudamericano, queda inédito. Sylvia Navarrete explica que “el baúl en que Covarrubias conservaba el material destinado a su edición, se extravió inexplicablemente después de su muerte, tras haber estado en custodia de la UNAM, de donde lo retiró Rosa Covarrubias”.⁷

La primera parte de la obra está dedicada al estudio del arte indio norteamericano. El segundo tomo, *Indian Art of Mexico and Central America* como su título indica, está destinado al estudio del arte en México y en Centroamérica, pero en realidad está enfocado prácticamente a nuestro país, con pocas referencias a

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.* p. 59 - 61.

⁵ *Ibid.*, p. 65

⁶ *Ibid.*, p. 65.

⁷ *Ibid.*

Centroamérica, en especial al tratar el área maya.⁸ Fruto de una investigación que abarca trabajos de campo así como el manejo y análisis de materiales arqueológicos, el método de Covarrubias en esta obra, es el de señalar las características propias de los objetos y a partir de ese conjunto de datos, formular sistemas generales y comparativos de conceptos estéticos. En *Indian Art of Mexico and Central America*, por señalar sólo un ejemplo de dicho método, presenta un esquema evolutivo en el que propone la influencia de la iconografía olmeca en la formación de deidades de la lluvia como Tláloc, Cosijo o Chaac. En esta tabla muestra la secuencia de los cambios que habría sufrido el mascarón olmeca del jaguar hasta convertirse en cada una de las deidades mencionadas (Fig. 6).

En su obra escrita destaca además del trabajo de investigación, interpretación y recopilación, sus ilustraciones. “El dibujo forma parte íntegra de su trabajo de investigador y coleccionista. Al filo de los años, logra reunir una vasta colección de arte prehispánico y popular, con objetos adquiridos por todo el territorio nacional [...] Cuanto objeto pasa por sus manos queda dibujado, clasificado y es comparado con piezas provenientes de otros contextos arqueológicos, el objeto es materia de estudio tanto como de deleite”.⁹ Covarrubias se acercó científicamente a las culturas prehispánicas de México como el antropólogo autodidacta que era, reforzando sus interpretaciones por el artista, que también por una profunda vocación, llegó a ser.

Me he referido con mayor énfasis a la faceta antropológica de Covarrubias, pero hay que recordar que su etapa como promotor de la danza es otra de las que desarrolló con más amor. En 1950 es puesto a la cabeza del departamento de danza del Instituto Nacional de Bellas Artes y a pesar de haber estado sólo tres años allí, fue el impulsor de

⁸ Rafael Abascal y Macías, “Miguel Covarrubias, antropólogo” en *Miguel Covarrubias, Homenaje*, ed. de Lucía García - Noriega y Nieto, Fundación Cultural Televisa, Centro Cultural Arte Contemporáneo - Editorial MOP, 1987, p. 169.

⁹ Navarrete, *Miguel Covarrubias...*, p. 68.

un movimiento conocido como “expresionismo mexicanista de los años cincuenta”, a partir del cual esta etapa se identifica como la “época de oro de la danza mexicana”.¹⁰

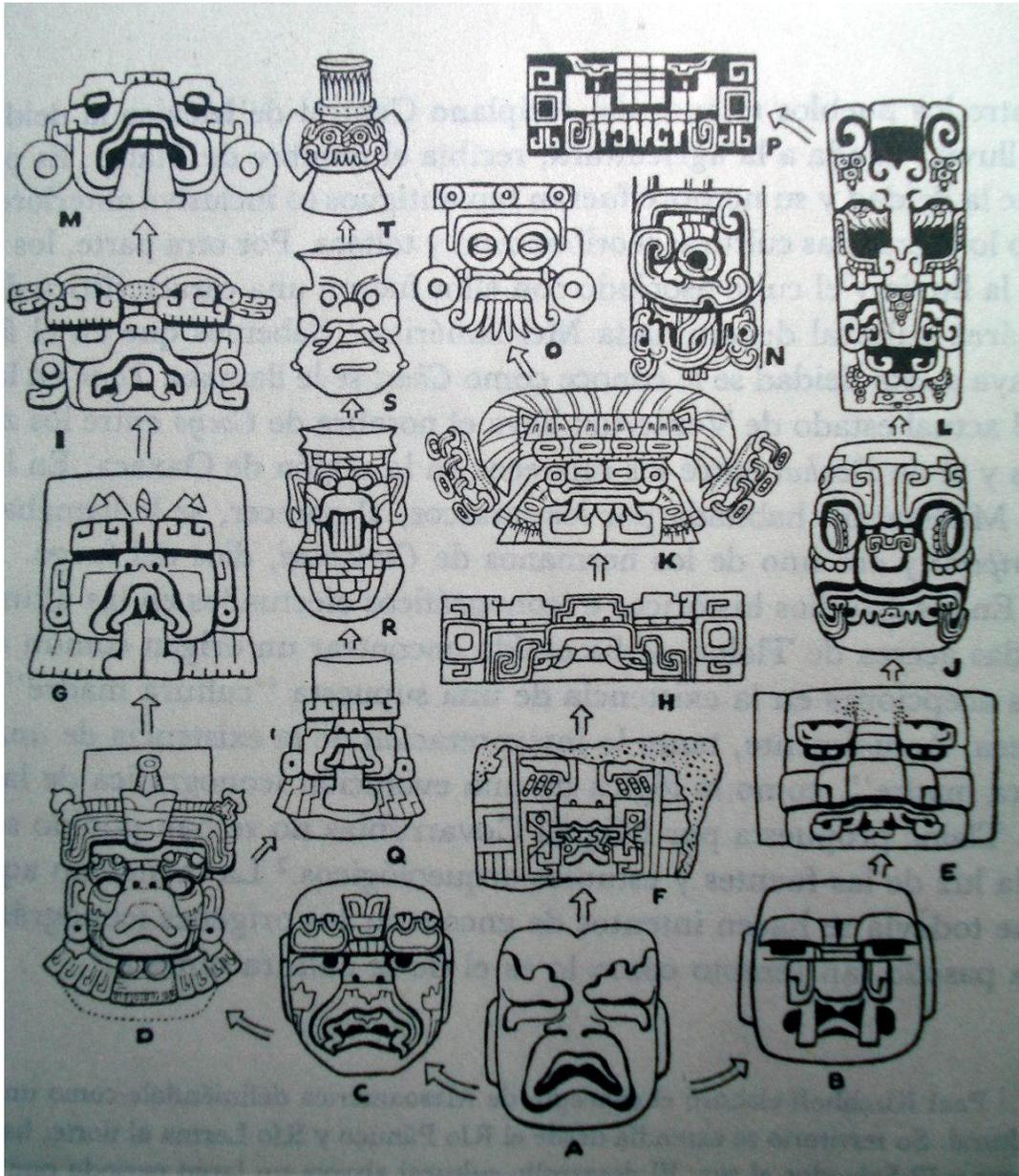


Fig. 6. Secuencia propuesta por Covarrubias de la evolución de una máscara olmeca de jaguar, hasta dar origen a diversas deidades relacionadas con la lluvia.¹¹

¹⁰ *Ibid.*, p. 107.

¹¹ Miguel Covarrubias, *Arte indígena de México y Centroamérica*, tr. del inglés de Sol Arguedas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1961, p. 65.

Sin formación académica alguna, Covarrubias pasó a la historia recordado por la gente que lo rodeó, como un hombre con una sensibilidad plástica muy desarrollada y precisa. A pesar de que su primera vocación fue la de caricaturista e ilustrador, se habla del impulso que caracterizaba cada una de sus actividades: “una curiosidad sin límite por la gente y las cosas; una capacidad para llegar a la médula de los asuntos y resumir luego sus hallazgos en una síntesis distintiva; hombre de saber, penetración profunda, grandes intuiciones refrendadas siempre por sólidas investigaciones”.¹²

Octavio Gabino Barreda a quien Covarrubias conoció en Nueva York en 1923, durante los “felices años veinte” y la época de oro neoyorquina, habló con Elena Poniatowska el mismo año de la muerte del artista y se refirió en una entrevista a la labor como arqueólogo de Covarrubias, comentando: “fue un gran arqueólogo, pero sus aportaciones deben verse todas bajo el punto de vista plástico. Comenzó a encantarle la arqueología porque era un buen coleccionista. Tenía un gusto excelente, de veras, muy buen gusto, y sabía encontrar objetos de arte que otras personas no habrían advertido en un montón de baratijas”.¹³

Los arqueólogos Alfonso Caso, quien entre otras muchísimas actividades dirigió las primeras temporadas de las excavaciones en Pátzcuaro, Tzintzuntzan (1930) e Ihuatzio (1937 - 1938)¹⁴ y Daniel Rubín de la Borbolla, colaborador de Caso en las excavaciones de Ihuatzio y encargado de la tercera a la sexta temporada de excavaciones en Tzintzuntzan, ambos pioneros de los estudios arqueológicos en el área tarasca¹⁵ y

¹² Elena Poniatowska, *Miguel Covarrubias, vida y mundos*, México, ediciones Era, 2004, p. 85. Entrevista realizada en 1957 a Fernando Gamboa.

¹³ *Ibid.* p. 59. Entrevista realizada en 1957 a Octavio Gabino Barreda.

¹⁴ Angelina Macías Goytia, “La arqueología en Michoacán” en *La antropología en México, Panorama histórico. La antropología en el occidente, el Bajío, la Huasteca y el oriente de México*, coord. Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988 (Biblioteca del INAH, núm. 13), p. 124 - 125.

¹⁵ María de los Ángeles Olay, “El Occidente Mesoamericano” en *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México, Editorial Océano - Antiguo Colegio de San Ildefonso, Dirección General de Ediciones - Turner Publicaciones, 2001, p. 202.

grandes amigos de Covarrubias; reconocen ampliamente el trabajo de éste. Caso por su parte habló de lo que Miguel Covarrubias había dado a la arqueología, algo que en su opinión, los propios arqueólogos no supieron darle: “Una percepción estética de la forma. Tenía un gusto estético siempre certero”.¹⁶

Rubín de la Borbolla refiere cómo el “chamaco” era un empedernido visitante del Museo Nacional de Antropología y cómo gustaba de visitar, en su compañía, los museos con colecciones arqueológicas, cómo gustaba de charlar con antropólogos y conocedores de esas artes y esas culturas. Llegando a desarrollar “como pocos, una verdadera cultura artística”.¹⁷ Finalmente, recordemos que Miguel Covarrubias llegó a ser en 1942, catedrático de arte prehispánico de América y de arte primitivo del mundo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, además de consejero sobre asuntos de museografía.¹⁸

Por lo que generalmente se recuerda la faceta antropológica de Miguel Covarrubias, no es por la enorme y valiosa colección de piezas prehispánicas que recopiló a lo largo de su vida y fue comprada a su viuda Rosa Rolando por el Museo Nacional de Antropología.¹⁹ Al “chamaco” se le recuerda particularmente por sus aportes al ‘enigma olmeca’. Rubín de la Borbolla menciona que Covarrubias es el autor de una tesis estética respecto al arte prehispánico, en el sentido de que a mayor antigüedad, mayor pureza estética y sensibilidad artística.²⁰ Gracias a su intuición plástica, Miguel Covarrubias contribuyó, junto con Mathew Stirling, George Vaillant, Wigberto Jiménez Moreno y muchos más, a la discusión sobre la cronología olmeca. Según sus observaciones, las expresiones de los llamados olmecas no podían ser tan recientes como lo propusieron algunos arqueólogos durante la Segunda Mesa Redonda sobre Problemas

¹⁶ Poniatowska, *Miguel Covarrubias...*, p. 104. Entrevista realizada en 1957 a Alfonso Caso.

¹⁷ *Ibid.*, p. 95. Entrevista realizada en 1957 a Daniel Rubín de la Borbolla.

¹⁸ *Ibid.*, p. 96. Entrevista realizada en 1957 a Daniel Rubín de la Borbolla.

¹⁹ *Ibid.*, p. 17.

²⁰ *Ibid.* p. 96. Entrevista realizada en 1957 a Daniel Rubín de la Borbolla.

Antropológicos de México y Centroamérica en 1942.²¹ Rafael Abascal comenta al respecto: “Covarrubias desarrolla un método cronológico basado en la creación de series estilísticas, que aunque presenta serias dificultades, ya que la inventiva personal juega un papel fundamental, sí funcionó para lo olmeca”.²²

En adelante expondré sus reflexiones al respecto de la constitución del arte mexica. Los comentarios de sus biógrafos, ayudarán a analizar sus propuestas con respecto al arte mexica y a las similitudes o influencias que pudo tener el arte tarasco en el estilo de Tenochtitlan.

1.1 Covarrubias: las afirmaciones sobre la influencia tarasca en el estilo mexica.

En el capítulo décimo de *Indian Art of Mexico and Central America*, dedicado a Tenochtitlan, el autor pone de manifiesto la utilización del método que anteriormente se mencionó. Consciente de que “el análisis del arte azteca revela que un buen número de influencias participaron en la formación del arte de Tenochtitlan”²³, busca discernir entre otras cosas “cómo y cuándo el arte azteca adquirió su individualidad, forma, ideología y técnica; bajo qué condiciones y de cuales pueblos obtuvieron los elementos de cultura en el lapso de 300 años en que transcurre su historia”.²⁴ Así, Miguel Covarrubias intentará deconstruir el arte mexica para llegar a conocer sus elementos primigenios. Las comparaciones de conceptos estéticos, lo llevarán en adelante a plantear sus hipótesis.

²¹ Piña Chan, Román. *Los Olmecas, la cultura madre*, Turín, Lunwerg Editores - Jaca Book, 1990, p. 26 - 27.

²² Abascal, “Miguel Covarrubias...”, p. 176.

²³ Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 354.

²⁴ *Ibid.*

En principio, buscará los elementos del arte mexicana que puedan rastrearse mediante el análisis básicamente del estilo. Y comienza con lo que le parece el antecedente más remoto en el arte mexicana:

Indudablemente los aztecas tuvieron, en su origen, alguna especie de arte aunque éste fuera primitivo; quizá imágenes de madera o de piedra volcánica, representantes de sus humildes antecesores. El estilo de estas imágenes estuvo relacionado, probablemente, con las crudas estatuas de piedra volcánica, de formas geométricas y con planos bien definidos y bordes cortantes de la zona tarasca de Michoacán.²⁵

Se ha de mencionar que este autor se refiere a la ‘zona tarasca’ de Michoacán con precisión histórica. En la obra de Covarrubias previamente existe un capítulo llamado “El arte de las culturas del Occidente de México” en donde reconoce la individualidad de la cultura tarasca dentro de la generalidad de las culturas desarrolladas a lo largo de los siglos en el Occidente mesoamericano. Y en donde aprecia que en general “las antigüedades de esta región [Occidente] se amontonan bajo la etiqueta de ‘tarascas’ a pesar de que los indígenas de lengua tarasca no aparecieron sino ya muy tarde en la Historia, y de que no ocuparon más que una pequeña porción del territorio del país”²⁶.

Miguel Covarrubias tiene claro el período de ocupación tarasco en Michoacán y cabe señalar que la manera certera en que dimensiona a esta cultura, facilita el análisis de sus afirmaciones. Esta particularidad me permite abordar sus apreciaciones sobre el arte mexicana y el arte tarasco sin la dificultad historiográfica, vista en el primer capítulo, que supuso agrupar las antigüedades michoacanas bajo la etiqueta de una cultura que les era ajena.²⁷

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, p. 93.

²⁷ *Vid. supra.* p. 27.

Además de mencionar la influencia de la 'zona tarasca' de Michoacán en el arte mexica, fundamentalmente en el escultórico, Covarrubias habla de dos elementos importantes en su formación. Así, la segunda influencia sería la del estilo de Tenayuca como centro importante de los descendientes de los toltecas que sobrevivieron a la destrucción de Tula:

El gran templo de Tenochtitlan fue una gran copia del de Tenayuca, y la técnica y temas de las esculturas azteca y tolteca de Tenayuca son idénticas: muros de serpientes, el dragón del fuego *xiuhcōatl*, portaestandartes, águilas, corazones, cráneos, huesos cruzados, etc. Así, pues podemos considerar, legítimamente, el estilo de Tenayuca como azteca arcaico.²⁸

La tercera influencia que distingue, es la del estilo 'Mixteca - Puebla':

Representada por el formalizado estilo pictórico del grupo Borgia; por la cerámica policroma de Cholula, y las artes lapidarias y metálicas mixtecas, [siendo éste] el estilo dominante entre los pueblos civilizados del valle de México en la época en que los aztecas no eran más que una horda de pordioseros. Estos pueblos civilizados eran los toltecas - chichimecas de Culhuacan y Tenayuca, los tepanecas de Texcoco y Azcapotzalco, y los olmecas de Chalco - Amecameca.²⁹

Tres son las influencias básicas que Covarrubias distingue en el arte mexica arcaico y que perduraron hasta las etapas posteriores. Para el caso de las influencias tarascas habla de la persistencia de los elementos geométricos³⁰ en las esculturas mexicas, sugiriendo que éstas fueron concebidas como masas geométricas simples y formas sintéticas. Dentro de esta tradición que habría sido manufacturada bajo la impronta tarasca, hace concurrir a:

²⁸ Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 359.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*, p. 354.

numerosas esculturas grandes y pequeñas, generalmente de piedra volcánica, de un estilo arcaico: personajes acucillados con los brazos cruzados, tallados en un solo bloque de piedra, con agujeros verticales y horizontales y excavaciones para determinar los miembros; las imágenes siempre presentes, de diosas del maíz, bloques piramidales de piedra formando grandes tocados arquitectónicos de mazorcas de maíz y bandas de papel que encuadran la cara y el cuerpo de las diosas; serpientes enrolladas formando una sólida masa cónica, y muchas otras que representan probablemente, una forma de arte más temprano o más popular.³¹

Para Miguel Covarrubias resulta evidente, y así lo hace saber, que en la formación del arte mexicana, la influencia tarasca se deja sentir en forma de “una primitiva escultura ‘cubista’ en piedra volcánica, desarrollada en el concepto arquitectónico de forma como volumen”.³²

Covarrubias admite en general, una influencia tarasca en las formas básicas del arte mexicana; la técnica, los símbolos y los temas habrían sido influencia tolteca y del estilo Mixteca - Puebla, los mexicanos habrían adquirido lo refinado de su arte.

El autor, aunque menciona la influencia tarasca en el arte mexicana, no habla de la posible vía mediante la cual pudo haberse adquirido. Hemos visto anteriormente la posibilidad histórica de un encuentro mexicana - tarasco durante algún momento de la migración mexicana hacia el centro de México, lo que podría hacernos suponer que Covarrubias tomó en cuenta este suceso para afirmar lo referente a las influencias tarascas en el arte mexicana. Además, con respecto a la localización geográfica de Aztlán, el autor propone que el sitio mítico, la legendaria isla en medio de un lago desde donde los mexicanos habrían partido en peregrinación hacia el centro de México, hubiera estado en lo que hoy es el estado de Michoacán.³³

³¹ *Ibid.*, p. 355.

³² *Ibid.*, p. 354.

³³ Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 350.

Sin embargo por lo visto en el capítulo anterior, la estancia mexicana en territorio michoacano, de haber ocurrido, debió de ser relativamente corta. Comprendida entre mediados del siglo X y principios del siglo XI - fechas asignadas a la salida de Aztlán - y una fecha, por muy tardía, anterior a 1200.³⁴ Tomando en cuenta además, que este lapso de tiempo debió comprender toda la historia anterior a la llegada de los mexicanos a Michoacán, su estancia en este lugar, además de los acontecimientos posteriores hasta su aparición en la Cuenca de México. De manera que una asignación temporal al suceso resultaría siempre ambigua.

Referente al grupo con el que pudieron haber concurrido los mexicanos durante su paso, o bien, su estancia en Michoacán; pudimos afirmar que no se trató del grupo tarasco uacúsecha ya legítimamente consolidado en la Cuenca de Pátzcuaro. Sino más probablemente de éstos en vísperas de asentarse definitivamente o incluso, de algún otro grupo tarasco vecindado en Pátzcuaro antes de la llegada de los uacúsecha.

Es difícil corroborar, por lo menos a partir de los datos históricos con que contamos, que la influencia tarasca supuestamente recibida por los mexicanos y plasmada a través de su escultura en piedra, pudiera haberse recibido en este momento de la historia mexicana. Porque, aun aceptando como cierto el hecho de que los mexicanos siguieran una ruta occidental en su migración y que pasaran por Michoacán, no podemos establecer con exactitud cuándo, y lo más importante, es imposible establecer cuánto tiempo pudieron haber permanecido en este lugar. Ya que esto no está claro, menos aún es posible plantearse una interacción cultural entre ambos grupos, resultando de ello la forja de una nueva tradición escultórica que los mexicanos hubieran desarrollado en épocas posteriores de manera magistral.

³⁴ Según lo señalado por Chimalpain y aceptando que para el 1200 los mexicanos se encontraban ya en la cuenca de México, en Culhuacan; o bien, siguiendo la información dada por el *Códice Vaticano A*, alrededor de 1205 y 1214, fecha dada por este documento para la estancia mexicana en Michoacán.

Ocurridos los hechos que narran los cronistas alrededor del siglo XII, para antes del siglo XV no tenemos noticia de ningún suceso histórico que relacione a mexicas con tarascos. Se sabe que los mexicas iniciaron sus incursiones en territorio tarasco hacia 1471 con Axayácatl al mando³⁵. La derrota del ejército mexica en ese mismo año en Tajimaroa (*Tlaximaloyan*) es narrada por Chimalpain, y es posible que hasta la muerte de dicho *tlatoani* mexica en 1481, hubiese más episodios bélicos. Se puede afirmar, por otra parte, que entre el siglo XII y el XV, tiempo en que paralelamente transcurren las historias mexica y tarasca, no hay noticia incluso de intercambios comerciales. En el libro noveno de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, el padre Sahagún menciona los viajes de los *pochtecas* a la costa del Golfo (*Coatzacoalco* y *Cimatecatl*) y del Pacífico (*Tecuntepec* y *Xoconochco*)³⁶, sin embargo, no hay referencias a este tipo de viajes comerciales hacia el Occidente.

Se tiene noticia de la multiculturalidad que el Estado tarasco alcanzó en etapas próximas a la conquista española. Datos correspondientes a esta época de la historia michoacana, indican que para el período previo a la conquista, el Estado había extendido su dominio mucho más allá de la zona nuclear de inicio, esta expansión integró varios grupos étnicos, entre otros, algunos que probablemente habían huido del dominio mexica: en la frontera meridional, grupos nahuas como zulultecos y tamazultecos, además de chontales en las márgenes del Río Balsas; en la frontera oriental había asentados grupos mazahuas, otomíes y nahuas.³⁷ Ulises Beltrán reporta

³⁵ Domingo Chimalpain, *Las ocho relaciones y el memorial de Culhuacan*, paleografía y traducción de Rafael Tena, vol. 1, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998 (Cien de México) p. 269.

³⁶ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, introducción, paleografía y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, tomo 2, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones - Editorial Patria, 1989 (Cien de México), p. 551.

³⁷ Ulises Beltrán, *et al.* *El Michoacán antiguo, Estado y sociedad tarascos en la época prehispánica*, coord. Brigitte Boehm de Lameiras, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 1994, p. 53.

una sola incursión extranjera registrada en la zona del núcleo central del imperio tarasco en Charo - Matlacingo, colonia de mexicas y otomíes mercenarios.³⁸

Posterior al posible episodio michoacano de los migrantes mexicas, estas son, sucintamente, las únicas noticias relativas a intercambios o vínculos entre tarascos y mexicas. Pero, en todo caso, recordemos que Covarrubias habla del arte que los mexicas tuvieron en su origen, es decir, de alguna especie de arte 'primitivo'.³⁹ Por tal razón parece excluir los períodos expansionistas mexica y tarasco como los posibles momentos de la apropiación de las influencias que refiere. Sin embargo, debe señalarse que Covarrubias sostiene que una vez consolidada la escultórica mexica de la etapa 'imperial', ésta aun posee la impronta tarasca de las creaciones primitivas.⁴⁰

Miguel Covarrubias habla de la relación del estilo escultórico mexica con el de la 'zona tarasca' de Michoacán sin lugar a dudas. Cabría entonces preguntar ¿A qué esculturas se refiere Miguel Covarrubias cuando habla de las 'crudas estatuas de piedra volcánica, de formas geométricas, con planos bien definidos y bordes cortantes de la zona tarasca de Michoacán'?

En adelante expondré las piezas de dos *corpus* de objetos de arte. Un conjunto conformado por piezas tarascas y otro con algunas expresiones artísticas mexicas. Si bien el autor habla de la escultura, también incluí un grupo de cerámica para cada área, buscando con ello explorar la posibilidad de algún parecido entre la alfarería.

En primer lugar presento el *corpus* tarasco, conformado por cuatro esculturas y tres vasijas de cerámica. Para el grupo de esculturas elegí tres figuras tipo *chacmool* cuyas características formales son tan similares entre sí, que pueden calificarse como un conjunto. Presentaré también una escultura antropozoomorfa, en este caso, un coyote con rasgos humanos. Hice la selección con base en que ambos tipos escultóricos, como

³⁸ *Ibid.*

³⁹ ver nota 206.

⁴⁰ ver nota 212.

se verá, son los más característicos de este arte tarasco. En el caso de la cerámica, elegí tres vasijas de tipos cuyas peculiaridades son únicas de la cultura tarasca tardía.

Para el *corpus* mexica presentaré tres esculturas y tres ejemplos de cerámica. Las piezas de ambos grupos corresponden a la etapa tardía, el criterio de esta selección está dado por las condiciones que Miguel Covarrubias estableció: El arte del que buscó las influencias primigenias fue el desarrollado en la etapa 'imperial' mexica. La primera escultura es un *chacmool*, la segunda, un coyote y la tercera, una serpiente enrollada. He elegido el *chacmool* y el coyote por la similitud de los tipos que presento en la selección tarasca. Siendo la variedad escultórica mexica mucho mayor, elegí tipos mexicas que compartieran en general, las formas de los escasos ejemplos tarascos. La serpiente enrollada la elegí entre las esculturas en cuya factura, Miguel Covarrubias reconoció una impronta tarasca.⁴¹ Ante la disyuntiva de presentar sólo este tipo de esculturas que el autor relacionó directamente con el arte tarasco, preferí incluir el *chacmool* y el coyote debido, principalmente, a que Miguel Covarrubias habría tenido pocos modelos escultóricos tarascos en los cuales basar sus observaciones, y entre esos modelos debían haber estado, sin lugar a dudas, los *chacmool* y los coyotes; al mismo tiempo, supuse que el haber comparado éstos con sus equivalentes mexicas, habría sido para Covarrubias, un ejercicio necesario.

Presentaré asimismo, ejemplos de tres tipos cerámicos mexicas que, al igual que su contraparte tarasca presentan rasgos inequívocos de la cultura que los fabricó.

Tras presentar ambos *corpus* buscaré corroborar o bien, exponer los motivos por los cuales no podrían ser válidas las afirmaciones de Miguel Covarrubias con respecto a la influencia tarasca.

⁴¹ ver nota 212.

2. *Corpus tarasco.*

2.1 La escultura en piedra en Michoacán, los *Chacmool* y el *Coyote tarasco*.

En 1992, Eduardo Williams realizó un estudio referente a la tradición escultórica de Occidente, siendo hasta el momento el más completo acerca del tema. Una investigación de historia del arte en donde reconoce la poca atención que ha generado la escultura en piedra del Occidente, quizá contrastado por el interés que sí despierta la cerámica. Williams habla por supuesto de la escultura michoacana, incluyendo la tarasca.

Este autor refiere la primera noticia que se tiene de un hallazgo escultórico en la zona tarasca, cuando el antropólogo Frederick Starr publica en 1897 un artículo llamado “Stone images from Tarascan territory, Mexico”.⁴² Starr hace la descripción de tres pequeñas esculturas antropomorfas y menciona que fueron halladas en un sitio “cercano a Tzintzuntzan”⁴³, localizando certeramente sólo la cuarta pieza, proveniente de Jalisco. A pesar de que Starr les asigna una filiación tarasca, las piezas guardan un estilo muy similar a otras encontradas en sitios del Clásico como Tiristarán y Tingambato.

En 1908, el erudito michoacano Julián Bonavit publicó “Objetos arqueológicos encontrados en Ihuatzio” donde reportó el hallazgo de tres esculturas cerca del pueblo de Ihuatzio, dos *Chacmool* y un *Coyote* en forma de trono y altar.⁴⁴ Posteriormente, durante las excavaciones en Ihuatzio hechas por Caso, Acosta y otros entre 1937 y 1938, se encontró otra gran escultura del tipo *Chacmool*⁴⁵ que Caso describió de esta manera:

⁴² Apud. Eduardo Williams, *Las piedras sagradas: Escultura prehispánica del occidente de México*, Zamora, Mich, El Colegio de Michoacán, 1992.

⁴³ Frederick Starr, “Stone images from Tarascan territory, Mexico” en *American Antropologist*, 10, núm. 2, 1897, p. 45 - 47.

⁴⁴ Apud. Williams, *Las piedras...*, p. 29.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 30.

Esta es una figura de gran tamaño, esculpida en roca volcánica y representa a un hombre viejo recostado sobre un tipo de asiento con respaldo. Su cara está volteando hacia la izquierda y sostiene en ambas manos una especie de placa o soporte, sin cavidad en la parte superior. Está completamente desnudo, solamente en los tobillos lleva un adorno... el órgano masculino está claramente indicado. La figura mide 148 cm. de longitud por 81 cm. de altura, 46 cm. de ancho, y pesa cerca de una tonelada. Esta figura es virtualmente idéntica a otras dos encontradas en la misma área, frente a las yácatas 3, 4 y 5 en Ihuatzio. En el mismo lugar se encontró un coyote de piedra, con forma de mesa [...]⁴⁶

Hasta la fecha conocemos este *Chacmool* y los dos ejemplares reportados por Bonavit como únicos integrantes de un *corpus* de *Chacmool* tarascos⁴⁷ que presentan básicamente las mismas características: el rostro marcado por dos hendiduras que surcan cada pómulos y una hendidura labrada por encima de cada una de las cejas del personaje, quizá simulando arrugas. Razón por la cual, muy probablemente se trate de la imagen de un anciano; toda su anatomía está representada esquemáticamente, los rasgos faciales están simplemente sugeridos, los labios apenas son señalados por una incisión en la roca y sus ojos circulares fueron labrados omitiendo las dimensiones humanas reales. Las esculturas (Fig. 7, 8, 9 y 10) presentan un abdomen abultado sobre el cual sostienen con ambas manos una placa cuadrangular lisa. Los dedos de sus manos fueron representados por hendiduras lineales. Otra característica definitoria es que descansan en la tradicional posición pero recostados sobre una especie de cama y sus piernas flexionadas sobresalen del zócalo formado por dicha cama. Estos tres *Chacmool*

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Además de los *Chacmool* presentados aquí, Alfredo Cuéllar, autor de *Tezcatzóncatl escultórico, el Chac Mool (El dios mesoamericano del vino)*, presenta un catálogo de este tipo de piezas en toda Mesoamérica. Cuéllar reporta para la zona tarasca, además de los tres *Chacmool* ya mencionados, la existencia de otras cuatro piezas de este tipo, sugiriendo la falsedad de dos de ellas. (Fig. C.T.3.0 - C.T.6.0). Para los fines de esta investigación solamente presentaré los tres que comparten las características mencionadas.

tienen el miembro masculino claramente representado, además, una serie de argollas en los tobillos como el único atributo de su cuerpo desnudo.

En general, la representación característica de este tipo de esculturas es la de un individuo sentado o semirrecostado con la piernas flexionadas y la cabeza, como mirando a algún espectador, girada a noventa grados. En el caso de estos tres *Chacmool* tarascos, la incomodidad sugerida por tan extraña posición, va acompañada de un esfuerzo adicional dado porque sus pies no reposan ni sobre su zócalo, ni sobre la base en la cual son exhibidos, sino que se mantienen en el aire.

Con respecto a los *Coyotes*, encontrados en Ihuatzio y cuya filiación también se reconoce como tarasca, actualmente, el Museo Regional del estado de Michoacán conserva dos ejemplares en forma de mesa - trono, en el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México existe un ejemplar de pie y en diversos museos del mundo y algunas colecciones particulares hay alrededor de cinco esculturas más.⁴⁸

La primera noticia de la fundación de Ihuatzio la encontramos en la *Relación de Michoacán* que se refiere al sitio con su nombre en náhuatl, *Cuyuacan*, “lugar de coyotes”: Tariácuri divide en tres señoríos su reino y lo reparte entre sus dos sobrinos y su hijo menor. A Tangaxoán le indica que le corresponderá *Mechuacan* (Tzintzuntzan), para ser señor de *Pazquaro*, Tariácuri elige a su hijo Hiquingaje y el reino de *Cuyuacan* (Ihuatzio) le es asignado a Hirepan.⁴⁹

Presento aquí el ejemplar que custodia el Museo Nacional de Antropología (Fig.11). Se trata de una escultura antropomorfa de unos cuarenta centímetros de alto. La cabeza es claramente la de un coyote que tiene el hocico abierto y que muestra toda la dentadura y la lengua. La representación está de pie y ambas manos, a semejanza de las humanas, descansan recargadas sobre su abdomen. Esta escultura de rasgos geométricos

⁴⁸ Vid. Williams, *Las piedras sagradas...*, p. 308 - 321.

⁴⁹ *Relación de Michoacán*, p. 522.

muestra el miembro masculino. Sin involucrarme en el simbolismo de este tipo de esculturas, puedo señalar que se ha tratado de explicar la combinación de elementos animales y humanos con una especie de nagualismo. Estas figuras se han entendido en el contexto de la religión o de la magia.⁵⁰ Por otra parte, para las culturas del centro de México, al coyote se le suele vincular con *Macuilxochitl*, patrono de los juegos, de la sexualidad, de la danza y del canto. Según algunas interpretaciones, “a pesar de ser un animal tramposo y marrullero, era respetado por ser astuto y ser fundamentalmente, un animal nocturno”.⁵¹

Entre las investigaciones realizadas en Michoacán que dieron como resultado el hallazgo de otras esculturas en roca volcánica, se puede contar también la excavación de Eduardo Corona en 1970 en Tiristarán, un sitio a 35 km. al noroeste de Morelia. En un montículo conocido localmente como “La Loma”, se hallaron más de cien esculturas de piedra enterradas cerca de la superficie. La cerámica del sitio fue fechada hacia el Clásico y Postclásico pero aun no es posible establecer con exactitud el tiempo de ocupación del sitio y de realización de las esculturas.⁵² Corona expone algunas esculturas en su “Hallazgo arqueológico en Tiristarán”⁵³, y menciona que son piezas “relacionadas a altares o adoratorios, labradas en bloques cilíndricos de roca, todas ellas, con una espina o vástago que indican que estaban clavadas”.⁵⁴ Las esculturas que van de los cincuenta a los setenta y cinco cm. de alto, presentan rasgos faciales esquemáticos y en general, un rostro circular, aplanado, que mira hacia arriba en un ángulo aproximado de 45 grados. Las figuras representan generalmente la cara, el tronco y los brazos cruzados

⁵⁰ Williams, *Las piedras sagradas...*, p. 83.

⁵¹ *La escultura prehispánica de Mesoamérica*, Beatriz de la Fuente, et. al., Milán, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones - Jaca Book, 2003, p. 280.

⁵² *Apud.* Williams, *Las piedras sagradas...*, p. 30.

⁵³ Eduardo, Corona. “Hallazgo arqueológico en Tiristarán” en *Boletín* del Instituto Nacional de Antropología e Historia, núm. 39, marzo de 1970, p. 31 - 33.

⁵⁴ *Ibid.* p. 31.

sobre el pecho o el vientre, a veces, las esculturas presentan también una especie de cinturón. Visualmente son muy similares a las que Starr describe en su artículo.

Finalmente, en las excavaciones hechas por Román Piña Chan y Oí Kuniakí en el sitio de Tingambato en 1978 y 1979, fueron encontradas, según la descripción de los descubridores, “piezas de acabado tosco o descuidado donde los rasgos apenas se dibujan o delinear y donde el cuerpo termina en vástago o espiga para clavarse al suelo”.⁵⁵ Para la historia de Tingambato, anterior a la formación de estado tarasco, se acepta lo propuesto por Piña Chan y Kuniakí de que tuvieron lugar dos etapas constructivas bien diferenciadas, la primera del 450 al 600 d.C. y la segunda del 600 al 900 d.C. Se acepta asimismo, una influencia teotihuacana durante toda la ocupación del sitio.

Las piezas presentadas en el reporte arqueológico también son estilísticamente similares a las halladas por Corona y a las presentadas por Starr.

A pesar de la dificultad para establecer cronologías, los datos históricos que se tienen para los tarascos son los más precisos con que se cuenta. Para desarrollos anteriores en el área michoacana, existen solamente ‘vínculos cruzados’ sugeridos por algunos arqueólogos que, en opinión de Chadwick, son muy cuestionables. En algunos casos, culturas aisladas fueron acomodadas en orden cronológico produciendo una secuencia ficticia.⁵⁶ De manera que sólo las piezas de tipo *Chacmool* y los mencionados *Coyotes*, hallados en el actual estado de Michoacán, tienen una filiación clara, es decir, que son esculturas reconocidas como tarascas. Y por tanto, sólo pueden ser éstas las piezas a las que Covarrubias se pudo haber referido para sugerir un vínculo con el estilo

⁵⁵ Román Piña Chan y Oí Kuniakí, *Exploraciones arqueológicas en Tingambato, Michoacán, México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982, p. 81.

⁵⁶ Robert Chadwick, “Archaeological Synthesis of Michoacan and Adjacent Regions” en *Handbook of Middle American Indians*, Vol. 11: Archaeology of Northern Mesoamerica Part 2, editor general Robert Wauchope, editores del volumen 11 Gordon F. Ekholm e Ignacio Bernal, Austin, Tx., University of Texas Press, 1971, p. 660.

mexica. Obviamente aparte es el hecho de que los sitios de Tingambato y Tiristarán fueron excavados en fecha posterior a la muerte de Covarrubias.

2.2 La cerámica tarasca.

Para conocer la cultura de los pueblos prehispánicos, es bien sabida la importancia que tienen los fechamientos dados por la cerámica. Para el caso tarasco, se vio anteriormente que la cronología propuesta arrojó información que pudo ser cotejada a la luz de las fuentes etnohistóricas.

La historia de las investigaciones arqueológicas en Michoacán, demuestra que los sitios que más interés han despertado son las tres cabeceras del reino tarasco. Tzintzuntzan, núcleo del poder político en la última etapa de la historia tarasca, desde fines del siglo antepasado, llamó la atención de estudiosos como Lumholtz, Plancarte y Navarrete, Del Paso y Troncoso y desde luego, de Nicolás León.⁵⁷ Las excavaciones formales en el sitio iniciaron en 1930 con Alfonso Caso y Eduardo Noguera, con el fin de tener conocimiento de la cerámica de la región y de esa forma, proceder al arreglo y clasificación de las colecciones que poseía el Museo Nacional de Antropología.⁵⁸ Las excavaciones fueron continuadas por otros investigadores hasta los años ochenta del siglo pasado. Durante las diez temporadas que Angelina Macías Goytia reporta en “La arqueología en Michoacán”, se recopiló la mayor cantidad de objetos cerámicos para la zona tarasca. Siendo la tercera temporada en 1940, dirigida por Rubín de la Borbolla, la más significativa e importante debido a la primera sistematización de la alfarería en un estudio minucioso⁵⁹. A pesar de ello, en opinión de Marcia Castro Leal, la cerámica de

⁵⁷ Macías Goytia, “La arqueología en Michoacán”..., p. 105.

⁵⁸ Eduardo Noguera, *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, segunda edición, 1975, p. 362.

⁵⁹ *Ibid.* p. 107.

Tzintzuntzan, el sitio tarasco más estudiado, lo ha sido poco. Poco es también el material cerámico recopilado en las diez temporadas de exploración.

José Arturo Oliveros señala además, que los estudios de la cerámica de Tzintzuntzan, arrojan un número muy escaso de tipos y formas consideradas de filiación tarasca⁶⁰, entre ellos: las vasijas de asa - estribo, ollas de boca ancha y asa de canasta, ollas en forma de calabaza y asas de canasta, vasijas trípodas con soportes bulbosos, patojos, tecomates y miniaturas. Siendo la técnica más importante de aplicación de color, el uso de la pintura al negativo hecho a base de color blanco, negro y rojo.⁶¹ Los artefactos de cerámica conforman el más abundante material en los sitios posclásicos de Michoacán y las lozas finas policromadas que señalé, se asociaron con las élites.⁶²

Sin bordar sobre el tema de los usos rituales o profanos de la cerámica, sólo mencionaré que estos ‘tipos’, caracterizados por la fineza de su ejecución tanto en el diseño como en la técnica, sobresalen por ser representantes de una tradición alfarera única en Mesoamérica.

Es importante señalar que, exhibidas en museos, hallamos solamente las piezas cerámicas correspondientes a la última etapa del desarrollo tarasco. De las fases cerámicas anteriores se conservan, quizá en bodegas, limitados ejemplos. Si los materiales de la época de apogeo tarasco son pocos, los materiales identificados en los

⁶⁰ Oliveros, José Arturo. *Síntesis cultural del estado de Michoacán*, informe 15 - 46 del Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, p. 39. Las características ‘pipas’ aparecen desde el Posclásico temprano, razón por la cual, Oliveros no las menciona como un ‘tipo’ tarasco.

⁶¹ *Ibid.*

⁶² Helen Pollard, *et.al.*, “Las élites, el intercambio de bienes y el surgimiento del área nuclear tarasca, análisis de la cerámica de la cuenca de Pátzcuaro”, traducción del inglés de Eduardo Williams, en *Estudios cerámicos en el Occidente y Norte de México*, ed. Eduardo Williams y Phil C. Weigand, Zamora, Mich., el Colegio de Michoacán - Instituto Michoacano de Cultura, 2001, p. 299.

reportes arqueológicos como pertenecientes a etapas más tempranas, son aún más escasos. En ocasiones los reportes se refieren a trozos de tiestos solamente.⁶³

Debido a las pocas imágenes que hallé de la cerámica que podría haber estado presente en los sitios ocupados antes de la llegada de los uacúsecha, es decir, la cerámica posiblemente contemporánea al paso de los mexicas por Michoacán; he decidido mostrar sólo algunos ejemplos de piezas de la ‘fase Tariácuri’. Se debe recordar que se trata de la cerámica fabricada durante la etapa de poderío de los uacúsecha, es decir, la que Pollard ubica temporalmente de 1350 a 1525.⁶⁴

Tomando en cuenta que algunos autores reconocen una continuidad estilística entre la cerámica tarasca de etapas tempranas y aquella alfarería representante de los tiempos previos a la conquista⁶⁵, presentaré en el *corpus* cerámico, algunas vasijas pertenecientes a la última fase cerámica reportada para la zona del lago de Pátzcuaro.

Las tres piezas que elegí, ejemplifican tres de los tipos cerámicos tarascos que reporta Oliveros. Todas pertenecen a la colección permanente del Museo Regional del Estado de Michoacán.

La primera es una vasija polícroma, trípode, con soportes bulbosos y completamente pintada (Fig. 12 y 13). Los motivos en los soportes de la vasija son dos líneas anchas que serpentean a los lados de un rombo que fue representado en el centro

⁶³ Revisé todos los informes arqueológicos de Michoacán disponibles en el archivo Técnico del INAH. Los reportes de los que obtuve imágenes e información de cerámica para periodos de la etapa histórica tarasca y previos fueron: Helen Pollard, *Proyecto desarrollo del estado tarasco: los señoríos Urichu, Xaracuaro y Pareo, Cuenca de Pátzcuaro, Michoacán, 1990 - 1998*. Informe final, tomo 3: la cerámica, Department of Anthropology Michigan State University, 2001; Angelina Macías Goytia, *Barranquilla Grande, Cuitzeo. Investigaciones en campo realizadas en 1998*; Angelina Macías Goytia, *Informe de los trabajos arqueológicos realizados en el sitio denominado “la Nopalera”, municipio de Huandacareo, estado de Michoacán, 1981*; Angelina Macías Goytia, *Rescate arqueológico en Copándaro de Galeana, Michoacán, 1982*.

⁶⁴ Además de la cronología propuesta por Helen Pollard para la cerámica michoacana, existe una propuesta por Chadwick en 1971, *Vid.* Chadwick, “Archaeological Synthesis...” y otra propuesta por Noguera en 1975, *Vid.* Eduardo Noguera, *La cerámica arqueológica...* En este caso, utilicé la cronología de Pollard por ser la más reciente y parecerme la más clara.

⁶⁵ *Vid.* Eduardo Noguera, *Cultura tarasca*, p. 692., *Vid.* Patricia Carot, “Arqueología de Michoacán: nuevas aportaciones...”, p. 447.

de cada uno de sus gruesos apoyos; los motivos que decoran el interior de la vasija son cuatro rombos colocados simétricamente y uno más que fue colocado justo en el centro, anchas líneas serpenteantes, pequeños círculos y líneas cruzadas formando algunas cruces. El exterior del cuenco tiene también representadas estas cruces, además de círculos concéntricos.

La segunda es un ejemplo de las ollas con forma de calabaza (Fig. 14). Ésta posee un asa de canasta y una vertedera. Se trata de un recipiente color crema y naranja en el que los colores se alternan en cada gajo de la cucurbitácea, tiene una boca angosta. El asa, al igual que el borde de la boca de la olla, están decorados con diseños serpentinos.

Como último ejemplo de este pequeño grupo de piezas de cerámica, está una vasija con asa y vertedera (Fig. 15). Esta pieza, cuyo contenedor tiene forma cuadrangular, no pierde en su conjunto la sensación globular, misma que transmiten las tres vasijas. Ésta es de color naranja y tiene diseños en color crema conformados por algunas líneas. La pintura comienza en dos de los lados del cuadrángulo de la vasija y va hacia el centro de la pieza formando dos triángulos equiláteros. La decoración en éste y el anterior ejemplo, es sobria y elegante.

3. *Corpus* mexicana.

3.1 La escultura en piedra de Tenochtitlan, el *Chacmool*, el coyote y la serpiente.

No es mi intención hacer una exposición de la escultura mexicana, manifestación artística monumental, ampliamente estudiada y reconocida como una de las expresiones más significativas de esta cultura. Dadas las condiciones de la investigación hablaré de la figura conocida como *Chacmool* y de la escultura de un coyote que he elegido como ya

mencioné, porque el enigmático icono generalmente relacionado con el Posclásico mesoamericano, cuyo nombre no es más que la continuidad de una convención o mejor dicho, de una invención; y las figuras con atributos de coyote, son los únicos ejemplos para los que existe un paralelo tarasco que en principio, coincide en sus generalidades formales básicas. Además, incluí uno de los ejemplos escultóricos mexicas que Miguel Covarrubias señala explícitamente como deudor del estilo tarasco.

El *Chacmool* es una de las imágenes más polémicas en los estudios sobre el arte y la religión mesoamericanos⁶⁶, ciertamente, tampoco analizaré en este espacio las diversas interpretaciones que los investigadores han expuesto para explicar la existencia y significados de esta figura representada en tan extraña posición por distintas culturas.⁶⁷

Para el caso mexica, López Austin y López Luján señalan la existencia de doce ejemplares de este tipo escultórico. Bajo el criterio de antigüedad, los especialistas han dividido en dos partes el *corpus* de los *Chacmool*. Una primera parte, la representante de las esculturas de época tardía, está integrada por cuatro ejemplares, todos ellos fabricados durante la ‘etapa imperial’ mexica (c. 1480 - 1520) y hallados fuera de su contexto arqueológico original⁶⁸; la segunda parte del *corpus* corresponde a ocho esculturas cuyo criterio de agrupación es definido por su estilo poco refinado y que fueron producidas en la segunda mitad del siglo XIV y la primera del XV.⁶⁹

⁶⁶ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján. “Los mexicas y el *Chacmool*” en *Arqueología mexicana*, revista bimestral, editorial Raíces - Instituto Nacional de Antropología e Historia, mayo - junio, 2001, vol. IX, núm. 49., p. 68.

⁶⁷ Investigadores como Enrique Palacios, César Lizardi Ramos, José García Payón, Alfredo Cuéllar, Jorge Acosta, Michel Graulich y Marie Arieti Hers han escrito sobre el tema.

⁶⁸ López y López, “los mexicas y el *Chacmool*”...,p. 72.

⁶⁹ *Ibid.*

Las cuatro piezas tardías constituyen quizá las representaciones más finamente talladas del conjunto de todos los *Chacmool* mesoamericanos.⁷⁰ Elegí una de las esculturas reconocida por muchos como la de mayor calidad artística (Fig. 16 y 17). Este *Chacmool* fue hallado en la esquina de Venustiano Carranza y Pino Suárez en la Ciudad de México en 1943.⁷¹ Su principal característica es la visible asociación con Tláloc. Lleva las anteojeras y la bigotera, atributos propios de esta deidad, además, un ajuar que consiste en un tocado de plumas, orejeras, un collar con una especie de medallón o pendiente en el centro y pulseras de chalchihuites en las muñecas y los tobillos. En su base labrada está representado un Tláloc rodeado de corrientes de agua, peces y caracoles. El *Chacmool* sostiene sobre el abdomen un cilindro labrado con la imagen de Tláloc. Como particularidad debe considerarse su evidente riqueza iconográfica, los bordes redondeados, además de su representación tan especial: un cuerpo totalmente contraído en sí mismo, formando una masa escultórica prismática y compacta que no presenta oquedades en la talla. Marie Areti Hers quien propone una ‘genealogía’ de la figura de tipo *Chacmool*, se refiere a las esculturas mexicas de época tardía como “obras sin paralelo en otra región”⁷², “un logro estético en el que el cuerpo pierde toda importancia y se diluye en un volumen que engloba decorativamente el falso recipiente”.⁷³

El coyote que presento es una escultura sedente de treinta y ocho centímetros de alto (Fig. 18). Tiene el hocico abierto y muestra la lengua, la nariz fue representada con detalle y los ojos entrecerrados enfatizan una expresión cordial. Ambas orejas están

⁷⁰ Alfredo Cuéllar en *Tezcatzóncatl escultórico...*, incluye un catálogo de más de cincuenta ejemplares de este tipo de piezas pertenecientes a toda Mesoamérica.

⁷¹ Eduardo Matos Moctezuma (coord.), *Trabajos arqueológicos en el centro de la Ciudad de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990 (Antologías. Serie Arqueología), p. 460.

⁷² Marie Areti Hers, *Los toltecas en tierras chichimecas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1989 (Cuadernos de Historia del Arte, núm. 35), p. 76.

⁷³ *Ibid.*

rígidas. El abundante pelaje, construido a base de gruesas incisiones verticales y oblicuas en la piedra, es su rasgo formal más relevante.⁷⁴ Como se mencionó, al coyote se le asocia con la sexualidad, la danza, los juegos y el canto, pero sin duda, en esta representación no existe la intención de destacar, mediante ningún rasgo evidente, alguna de las características anteriores.

La serpiente tiene una altura de cincuenta y cinco centímetros por unos noventa de diámetro aproximado puesto que esencialmente tiene una base circular (Fig. 19). Se trata de una serpiente de cascabel enrollada que nos ofrece la visión de una espiral envuelta con un volumen cónico. La talla de la piedra verdosa es de tal finura que a simple vista se adivina un tacto suave. El ofidio aparece en actitud amenazante, mostrando la lengua bífida y las fauces abiertas. Según Nelly Gutiérrez la presencia de serpientes servía para sacralizar el centro ceremonial. Las serpientes transformaban de secular a sagrado el espacio, de ahí que se las reprodujera en gran número, entre más serpientes, más sagrado era el lugar.⁷⁵ Las reproducciones de estos reptiles que originan por una parte temor y hasta horror y por otro, son objeto de una veneración singular, son muy recurrentes entre los escultores mexicas. “El gran centro ceremonial de Tenochtitlan se puede caracterizar como el recinto de las serpientes por la poderosa presencia y la multitud de obras serpentiformes existentes en él.”⁷⁶

⁷⁴ Al espeso pelaje de este coyote se le ha interpretado también como plumaje. Vid. Rubén Bonifaz Nuño, *Escultura azteca en el Museo Nacional de Antropología e Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. No lo presento aquí como coyote emplumado por haber observado diversos ejemplos de la escultórica mexica y parecerme que la representación de plumas, adquiere formas distintas a las que este coyote presenta envolviéndole. También es importante señalar que Miguel Covarrubias caracteriza como simplemente como coyote a este cánido.

⁷⁵ Nelly Gutiérrez Solana Rickards, *Las serpientes en el arte mexica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de humanidades, 1987 (Colección de arte, 40), p. 57.

⁷⁶ *Ibid.* p. 9

3.2 La cerámica mexicana.

Las formas y técnicas de elaboración de la cerámica mexicana han sido continuamente estudiadas, los motivos representados, asimismo, han sido campo fértil para el análisis.⁷⁷ Dado el interés que la cerámica mexicana ha generado, diversos investigadores han propuesto cronologías.

Los primeros en estudiarla fueron Manuel Gamio y Franz Boas, quienes en 1921 la clasificaron en tres grupos, conviniendo en llamar ya “tipo Azteca” a la cerámica que provenía de Culhuacán.⁷⁸ Constanza Vega Sosa en su estudio *Forma y decoración en las vasijas de tradición azteca* señala que Eduardo Noguera, en 1932, clasifica a la cerámica mexicana en Grupos I,II,III y IV, colocando a los dos primeros grupos de 1200 a 1400, el Grupo III de 1400 a 1500 y el IV de 1500 al momento de la conquista. Vaillant en 1938 habló de ‘Azteca I’ y ‘Azteca II’ temprana y tardía, y ‘Azteca III’ temprana y tardía; colocando las dos primeras fases de 1250 a 1403, fecha en que se celebró el inicio del nuevo ‘siglo’ y a partir de esta fecha situó la ‘Azteca III’. Antonieta Espejo prefirió denominar cerámica Culhuacán, Tenayuca, Tenochtitlan y Tlatelolco, por ser los sitios donde alcanzaron mayor desarrollo los tipos cerámicos correspondientes a las fases sugeridas por Noguera.⁷⁹ Laurette Sejourné por su parte, basándose en los materiales obtenidos en el área del Convento de Culhuacán, señaló que las cerámicas ‘azteca I y II’ tenían una secuencia que abarcaba más de 600 años antes de la conquista, además de que el estilo se limitaba a reproducir diseños teotihuacanos.⁸⁰ Por otra parte menciona

⁷⁷ Constanza Vega Sosa, *Forma y decoración en las vasijas de tradición azteca*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia - Secretaría de Educación Pública, 1975 (Colección científica, Arqueología, 23), p. 5.

⁷⁸ Manuel Gamio, *Álbum de colecciones arqueológicas, seleccionadas y arregladas por Franz Boas*, ilustraciones de Adolfo Best, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.

⁷⁹ Vega Sosa, *Forma y decoración...*, p. 5.

⁸⁰ Sejourné, Laurette. *Arqueología e historia del valle de México, 1. Culhuacán*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1991, p. 49.

que la 'azteca I' es irrefutablemente originaria de Culhuacán, siendo que en ninguna otra parte se encuentra con la profusión ni con la perfecta secuencia estratigráfica que allí tiene.⁸¹

En general, todos los autores coinciden en los aspectos fundamentales de la cronología: una fase temprana (azteca I y II) para los siglos anteriores a 1400, probablemente desde el siglo X, y la fase tardía (azteca III y IV) de 1400 al momento de la conquista.

Posterior a la conquista, se siguió fabricando un tipo de cerámica aún indígena en la forma pero con técnicas europeas, o bien, con toda la técnica y forma indígena pero con motivos decorativos europeos.⁸² Y en opinión de Gonzalez Rul, la cerámica 'azteca IV' se yuxtapone a la 'azteca III' y no sólo no la sustituye, sino que incluso continúan ambas en uso después de la conquista por un breve período que no va más allá de 1550.⁸³

He tomado las imágenes de las piezas que presento del catálogo de la exposición *Aztecas*.⁸⁴ Se trata de ejemplos cuya fabricación es situada por los autores cerca del año 1500, es decir, correspondientes a la fase Azteca IV, la última cerámica registrada antes de la conquista. Para esta fase, la más tardía de la cerámica mexicana prehispánica, existe una extensa tipología.⁸⁵

⁸¹ Sejourné, Laurette. *Arqueología e historia del valle de México: de Xochimilco a Amecameca*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1983, p. 153.

⁸² Francisco González Rul, "La cerámica Postclásica y Colonial en algunos lugares de la ciudad de México y el área metropolitana" en *Ensayos de alfarería prehispánica e historia de Mesoamérica, Homenaje a Eduardo Noguera Auza*, ed. Mari Carmen Serra Puche y Carlos Navarrete Cáceres, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1988 (Arqueología, Serie Antropológica, núm. 82), p.396.

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ *Aztecas*, coord. Eduardo Matos Moctezuma y Felipe Solís, catálogo de la exposición "Aztecs" en la Royal Academy of Arts, Londres, 16 de nov. 2002 - 11 de abril 2003, s.l., Turner - Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002.

⁸⁵ En el catálogo que Sejourné publica en *Arqueología e historia del Valle de México: de Xochimilco a Amecameca* están dibujados algunos de los tipos cerámicos correspondientes a esta fase.

La primera pieza corresponde a una vasija polícroma de boca ancha con el rostro de un Tezcatlipoca negro (Fig. 20). Las cejas, ojos, pómulos, nariz, ojeras y dientes son relieves sobre la cavidad de la vasija. Cubren la totalidad de la pieza los colores naranja, rojo, negro y crema. Sin duda se trata de una obra de arte en donde la expresividad del personaje no pasa desapercibida, muestra toda la dentadura y los globos oculares miran fijamente.

Elegí, por otra parte, una copa polícroma con diseño de fuste en espiral (Fig. 21). La pieza está completamente pintada en colores naranja, rojo y crema; los diseños en la decoración del vaso y la base son geométricos y fueron colocados simétricamente alrededor de esta bella copa. Las imágenes pintadas sobre el fuste se asemejan al estilo de los códices del Grupo Borgia, el llamado Mixteca - Puebla.

La tercera pieza es una vasija trípode (Fig. 22). Tiene por soportes unos delgados aros pintados con diseños en rojo sobre crema. Esta pieza representa al conjunto de vasijas trípodes mexicas con soportes *sui generis*, todos ellos, característicos de la cerámica 'Azteca IV'.⁸⁶ La base y la primera mitad exterior del cuenco fueron totalmente pintados de rojo; la segunda mitad exterior está pintada con diseños espirales y una especie de grecas. Patrones serpentinos y geométricos formados por delgadas líneas abigarran la decoración interior de la vasija.

⁸⁶ González Rul, "la cerámica Postclásica...", p. 396.

4. Imágenes.

4.1 Escultura y cerámica tarasca.



Fig. 7. *Chacmool* 1 de Ihuatzio. Museo Nacional de Antropología.



Fig. 8. *Chacmool* 1 de Ihuatzio. Museo Nacional de Antropología.



Fig. 9. *Chacmool 2* de Ihuatzio. Museo Regional del estado de Michoacán.



Fig. 10. *Chacmool* 3 de Ihuatzio. Museo Regional del estado de Michoacán.

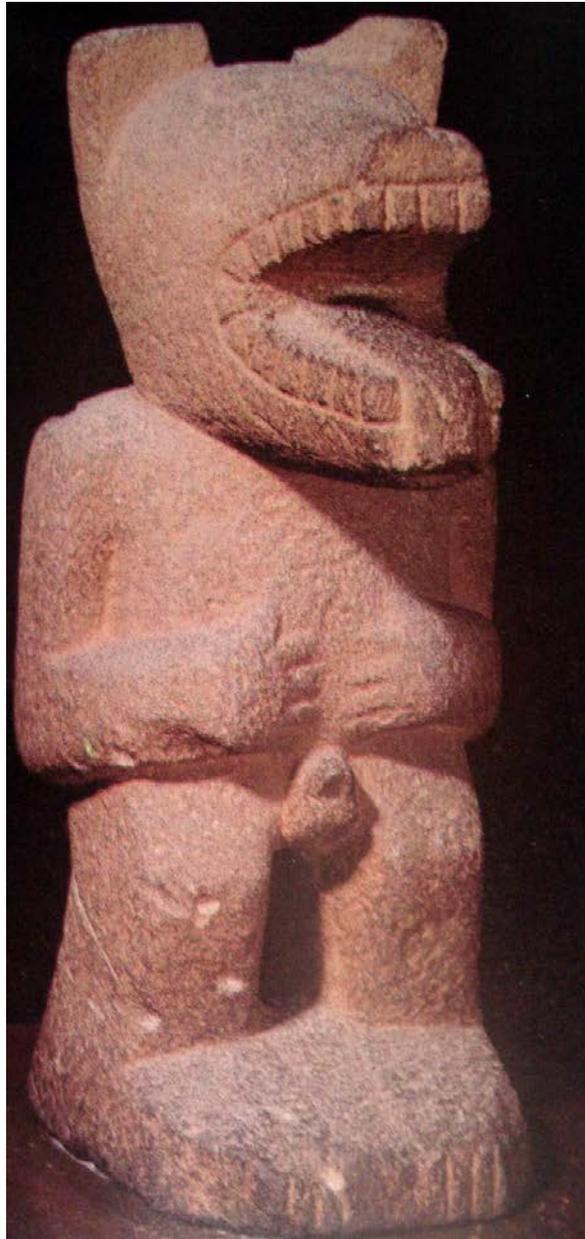


Fig. 11. Coyote antropozoomorfo de Ihuatzio. Museo Nacional de Antropología e Historia. (Según Felipe Solís. *Tesoros artísticos del Museo Nacional de Antropología*).



Fig. 12. Vasija tarasca trípode con soportes bulbosos. Museo Regional del estado de Michoacán.



Fig. 13. Vista superior de la misma vasija tarasca trípode con soportes bulbosos. Museo Regional del estado de Michoacán.



Fig. 14. Olla tarasca en forma de calabaza con asa de canasta y vertedera. Museo Regional del estado de Michoacán.



Fig. 15. Vasija tarasca cuadrangular con asa y vertedera. Museo Regional del estado de Michoacán.

4.2 Escultura y cerámica mexicana.



Fig. 16. *Chacmool* mexicana. Museo Nacional de Antropología.



Fig. 17. Base del *Chacmool* mexicana. Museo Nacional de Antropología.



Fig. 18. Coyote mexicana. Museo Nacional de Antropología e Historia.



Fig. 19. Serpiente enrollada mexicana. Museo Nacional de Antropología e Historia.

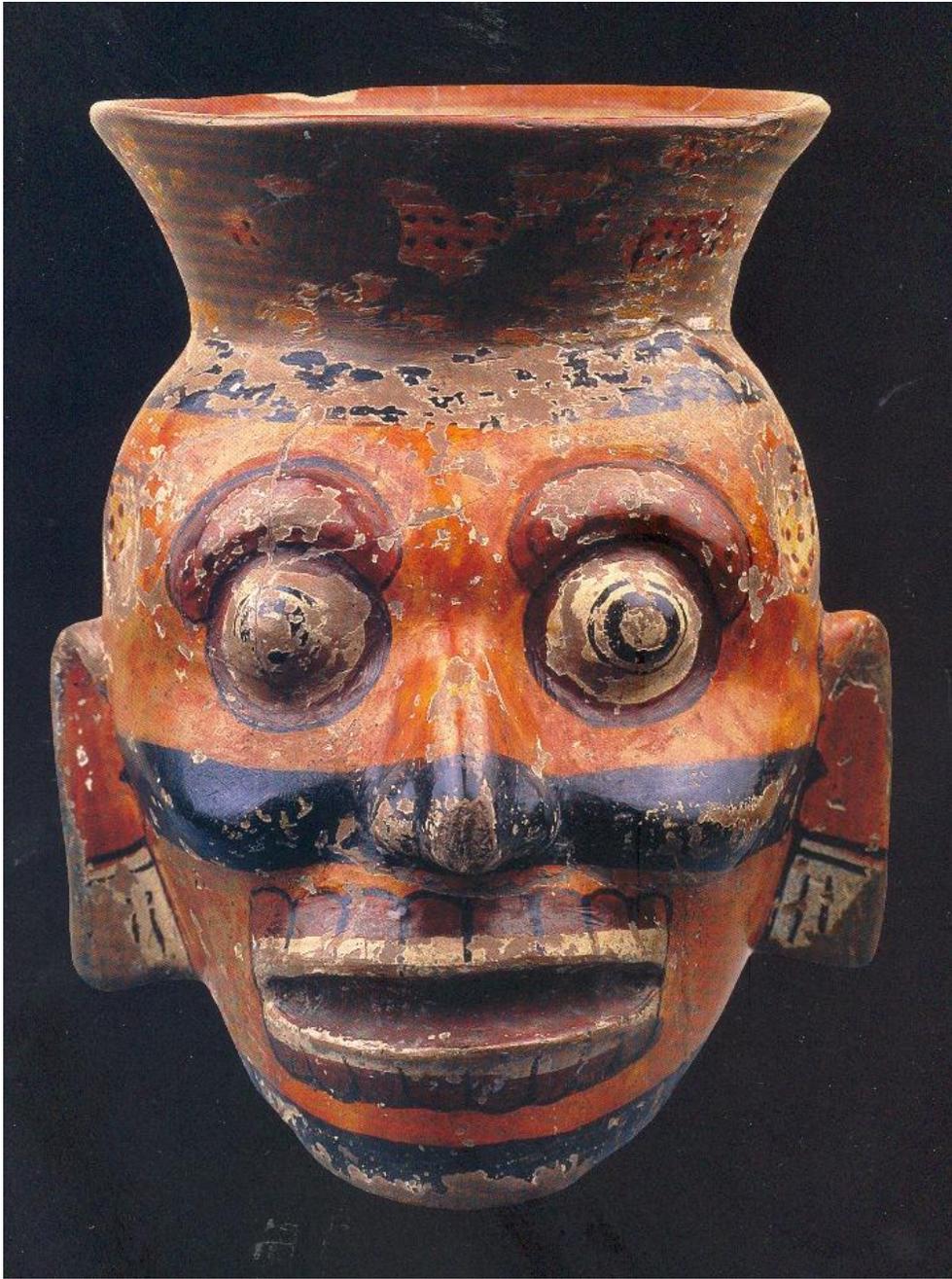


Fig. 20. Vasija Mexica. c. 1500. Colección Fundación Televisa.



Fig. 21. Copa mexicana. c.1500. Museo Nacional de Antropología e Historia.



Fig. 22. Vasija mexicana trípode. c.1500. Museo Nacional de Antropología e Historia

5. Recapitulación.

Se recordará que Covarrubias menciona la influencia tolteca en el arte mexica pero relacionando ambos estilos mediante la vía de Tenayuca:

El gran templo de Tenochtitlan fue una gran copia del de Tenayuca, y la técnica y temas de las esculturas azteca y tolteca de Tenayuca son idénticas: muros de serpientes, el dragón del fuego *xiuhcōatl*, portaestandartes, águilas, corazones, cráneos, huesos cruzados, etc. Así, pues podemos considerar, legítimamente, el estilo de Tenayuca como azteca arcaico.⁸⁷

Dada la reconocida importancia del estilo tolteca en la genealogía del arte mexica, resulta curioso que haga coincidir indirectamente ambas tradiciones.

Esther Pasztory menciona que Tula fue quizá, el lugar antiguo mejor conocido por los mexicas y su escultura fue la que más admiraron. Asimismo, señala que la escultura mexica copió los modelos toltecas con una maestría tal que superó la de los originales. Los escultores mexicas habrían ‘superado’ la austeridad tolteca y sus “formas geométricas con robustas líneas horizontales y verticales”.⁸⁸

Sugerir que las ‘formas geométricas’, los ‘planos bien definidos’ y los ‘bordes cortantes’ son lo que predomina en el estilo tarasco de esculpir los *Chacmool* y los coyotes, se ajusta muy bien a lo que podemos comprobar visualmente en las piezas tarascas aquí presentadas. Sin embargo, puede comprobarse que las mismas, no son igualmente válidas para las esculturas de la época tardía mexica, cuyas formas redondeadas discrepan con lo anguloso de las de aquéllas. Incluso como lo ha señalado

⁸⁷ Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 359.

⁸⁸ Esther Pasztory, “Antecedentes” en *Aztecas*, coord. Eduardo Matos Moctezuma y Felipe Solís, catálogo de la exposición “Aztecs” en la Royal Academy of Arts, Londres 16 de nov. 2002 - 11 de abril 2003, s.l., Turner - Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, p. 94.

Pasztory, la austeridad de las formas geométricas habría sido una de las características que los escultores mexicas habrían modificado de los ejemplos toltecas. Covarrubias podría haber visto el prototipo en la escultura tarasca, pero la realidad es que, sea cual sea el origen de éste, las distintas soluciones estilísticas dadas a lo que podría ser el mismo modelo, difieren en gran medida en ambos ejemplos. Sin embargo, la diferencia que me parece más importante es aquella que está relacionada con su iconografía. Se conoce como *Chacmool* al modelo escultórico caracterizado por una posición corporal y ciertos elementos generalmente compartidos, a pesar de ello, es posible que la pieza no revista idéntico simbolismo en todas sus representaciones o que incluso, no se trate, en todas ellas, de la imagen del mismo personaje o deidad. La rica iconografía que colma al *chacmool* mexica, contrastada con la austeridad de elementos en el conjunto tarasco, me parece el rasgo distintivo de mayor consideración entre ambos grupos escultóricos. Es fácil advertir que mientras los ejemplares tarascos representan a un anciano de rostro arrugado, desnudo a excepción de unas argollas en los tobillos y con el pene erecto, el *chacmool* mexica representa a un adulto joven quizá con indumentaria guerrera.

Covarrubias menciona que la escultura conocida como *Chacmool*, es típicamente tolteca.⁸⁹ Se sabe también que el autor menciona y por lo tanto conoce los *Chacmool* del área tarasca⁹⁰, sin embargo, como se ha visto, no abundó en los pormenores de su presencia. Para relacionar la escultura tarasca con la mexica, dentro de la escasa tipología escultórica tarasca, sin duda Covarrubias debió tomar en cuenta los *Chacmool* de Ihuatzio. Lo que resulta inexplicable es que existiendo tan sólo dos ejemplos escultóricos relevantes para el área tarasca, omita que el modelo conocido como *Chacmool* se encuentra presente en las dos áreas que relaciona.

⁸⁹ *Ibid.* p. 311.

⁹⁰ *Ibid.* p. 111.

Me parece que Covarrubias fue capaz de omitir este significativo hecho debido a que siempre confió más en sus apreciaciones visuales que en las posibilidades históricas que hubiesen dado lugar a ellas. Es decir, que tal como con el caso olmeca, confió en que sus apreciaciones plásticas fuesen corroboradas, con el tiempo, por las investigaciones históricas. Para el caso olmeca, las apreciaciones de Covarrubias fueron fundamentales, pero para el caso tarasco, me parece que ha quedado suficientemente argumentado que no pueden ser corroboradas.

No estoy en condiciones de lanzar una hipótesis al respecto de los orígenes de la escultura de tipo *Chacmool*. Pero, tras las investigaciones que distintos estudiosos han emprendido, hasta el momento queda claro algo, y es que no se trata de ninguna invención mexicana ni tarasca.⁹¹ Marie Areti Hers propone una genealogía del *Chacmool* y su evolución a partir de un ejemplar hallado en el Cerro del Huistle (Huejuquilla el Alto, Jalisco). La autora plantea que la tercera etapa de la evolución corresponde a la época en que el *Chacmool* es introducido en ‘culturas ajenas’ a las que le dieron origen, por ejemplo, en Michoacán y en Chichén Itzá⁹².

Por lo tanto, lo único que parece prudente señalar es que se trata de una tradición de la que tarascos y mexicanos bebieron independientemente, o bien, de una tradición escultórica común, dada por lazos culturales todavía indefinidos.

Referente a la escultura antropomorfa con atributos de coyote de Ihuatzio, también se puede afirmar que transmite visualmente las palabras de Covarrubias: las ‘formas geométricas’, los ‘planos bien definidos’ y los ‘bordes cortantes’ expresan efectivamente los conceptos básicos de su estilo. Pero una vez más, estas observaciones no son válidas para su contraparte mexicana. El coyote mexicano posee un estilo en donde los bordes cortantes no sólo son inexistentes sino que al parecer, le resultan indeseables

⁹¹ Marie Areti Hers, *Los toltecas en tierras chichimecas...*, p. 73 - 76.

⁹² *Ibid.* p. 74.

al escultor. Las lindes redondeadas en la representación del pelaje no son mera casualidad, se trata de una fina talla cuyo propósito es el de eliminar cualquier arista. El estilo difiere, es evidente, pero el simbolismo de cada uno de los coyotes, es de nueva cuenta, un rasgo muy acuciado de sus diferencias. El ejemplar tarasco es una talla antropozoomorfa con una expresión entre burlona y simpática, de pie y cuyo atributo más patente es su pene erecto. El coyote mexicana es en cambio, la representación de un animal con un pelaje abundante y en actitud cordial. Puede ser que el animal se asocie a alguna deidad o a algunas actividades, sin embargo, como en el caso del *chacmool* puede ser, también, que cada una de las representaciones del coyote, revista un simbolismo distinto dado principalmente por las diferencias iconográficas que presentan. Referente a la serpiente mexicana, se mencionó ya que los escultores tenochcas labraron este modelo en abundancia. Sea cual fuere el simbolismo que el animal revistiera para la cosmovisión mexicana, es evidente el hecho de que para la cultura tarasca, no fue de igual trascendencia. Dado principalmente porque en esta cultura, el ofidio no aparece representado en ninguna de sus expresiones artísticas.

Nuevamente no hay bordes cortantes en la talla del reptil, sino justo lo contrario. La única coincidencia real que podría hallarse entre la forma de esta escultura mexicana y aquello que Covarrubias vio en el arte tarasco, es la deseada geometría en esta serpiente de base circular y volumen cónico.

Con respecto a la cerámica, sin demeritar valor estético a ninguno de los ejemplos, me parece que la gran cantidad de tipos existentes para el caso mexicana ofrece una diferencia fundamental si se comparan con las escasas formas de la cerámica tarasca. A pesar de ser pocos, también debe señalarse que los tipos tarascos son muy característicos de esta cultura. Para el caso mexicana no encontramos en toda su variedad

cerámica, la singularidad de las vasijas de asa - estribo, ni los soportes globulares que distinguen claramente a la cerámica tarasca.

Covarrubias habló de una influencia del estilo Mixteca - Puebla, que principalmente se evidenciaba en el uso del estilo pictórico del grupo Borgia y de algunos rasgos de la cerámica polícroma de Cholula. Es decir que sin hacerlo explícito, se refirió a la cerámica mexicana como deudora directa de esta tradición.

Decidí presentar ejemplos de la alfarería tarasca y mexicana, aún pareciéndome que se trataba de la manifestación artística en que menos coincidían ambas tradiciones y teniendo presente también, que Covarrubias había incluido a la cerámica mexicana en un conjunto artístico cuyas influencias no eran las tarascas. La razón fue que dividir en tres partes el bagaje artístico que constituyó el estilo mexicano, me pareció desde un principio, una explicación incompleta por parte de Covarrubias.

Presentando un *corpus* cerámico de especímenes tan distintos, con tales discrepancias tipológicas y decorativas, intenté que aparecieran más claras las diferencias entre las concepciones artísticas esenciales de ambas culturas.

Covarrubias habló de la tradición tarasca, de la tolteca y del estilo Mixteca - Puebla y fue muy claro en separarlas. Dado que la cultura artística de un pueblo no es una acumulación de estilos, íconos, formas, temas y tipos, creo que Covarrubias debió explicar los mecanismos de apropiación de aquello que vio en la conformación del arte mexicano. La principal falla en su método es en evidencia, la falta de mención de los procesos históricos mediante los cuales el arte mexicano habría bebido de las diversas culturas de las cuales tomó los modelos. Se recordará, por ejemplo que el vínculo con el arte tolteca viene dado indirectamente a través de Tenayuca cuando es bien conocido el

papel fundamental que jugó Tula en la conformación mexicana y la manera en que éstos se autotitularon herederos de aquella ciudad maravillosa.⁹³

Las afirmaciones de Covarrubias fueron dadas con base en un análisis visual, método que era bastante socorrido por él, dada su mencionada capacidad aprehensiva de las cosas mediante la vista. Muy probablemente aventura sus apreciaciones simplemente basado en el estímulo visual que le dice que en las esculturas mexicanas hay un eco del estilo tarasco. No intento decir de ninguna manera que Covarrubias no estuviese interesado en las posibilidades históricas que hubiesen dado lugar a aquello que veía, simplemente que estaba consciente de que sus mejores aportaciones irían siempre en función de las habilidades visuales con que se sabía.

⁹³ Nigel Davies, *El imperio azteca, el resurgimiento tolteca*, tr. del inglés de Guillermina Féher, México, Alianza Editorial, 1992, p. 43.

Conclusiones.

En el primer capítulo se abordaron temas relacionados con la cultura tarasca. El objetivo, como se mencionó, fue delimitar a los sujetos creadores de los objetos artísticos que se conocen hasta ahora como los “típicamente tarascos”. Aquéllos que Miguel Covarrubias conoció y en base a los cuales lanzó sus hipótesis. Señalando algunos de los avatares que el concepto ‘tarasco’ experimentó antes de convertirse en la idea de una cultura limitada temporal y espacialmente, se vio cómo llegó a destacar la singularidad del grupo uacúsecha.

Pasaron largos años de discusiones sobre la denominación en principio, del occidente mesoamericano, enseguida, de los antiguos habitantes de Michoacán; posteriormente, de los tarascos como generalidad y por último de los distintos grupos de filiación tarasca. Era clara entonces, la importancia que revestía el hecho de que Miguel Covarrubias fuese certero al caracterizar a los indígenas de lengua tarasca, quienes no habían aparecido sino muy tarde en la historia y quienes no ocuparon más que una pequeña parte del territorio de lo que conformaba el Occidente mesoamericano. La dificultad que suponía etiquetar todas las expresiones artísticas del Occidente como ‘tarascas’, por su parte, estaba superada. Por la mía, no del todo.

Era el uacúsecha el grupo tarasco que había arribado a las lindes del lago de Pátzcuaro a finales del siglo XII, el mayor impulsor de la creación de un Estado poderoso para cuya elite habían sido fabricadas las bellas piezas de cerámica y en cuyos centros ceremoniales habían sido expuestos los coyotes y los chacmool. La Relación de Michoacán era el relato del engrandecimiento de este grupo que a la postre, logró dominar la cuenca y edificar el organismo político que el imperio mexica no tuvo fuerza suficiente para derrotar. El primer inconveniente que surgió con las apreciaciones de

Miguel Covarrubias era que no podíamos asegurar si realmente había sido consciente de que el arte tarasco del que hablaba, estaba conformado por piezas fabricadas tan tardíamente.

La hipótesis más socorrida para explicar el origen de los uacúsecha es la de un grupo chichimeca de cazadores nómadas que arribó desde la región septentrional de nuestro país al estado de Michoacán en el marco de una oleada más grande de inmigrantes. A pesar de que actualmente todavía se debate el tema, es probable que Miguel Covarrubias hiciera suya dicha hipótesis; de esta manera habría indicado una probable relación entre el origen tarasco y el origen mexicana. Por desgracia el autor no es suficientemente claro y sólo me ha dado lugar a suponerlo. A favor de esta sospecha, recordemos que Covarrubias proponía que la isla de Aztlán estaba ubicada en lo que actualmente era el territorio michoacano.

Siguiendo con la suposición de que Covarrubias hubiese querido hallar un origen compartido entre mexicas y tarascos, se expusieron las posibilidades de ello a través de algunas fuentes etnográficas y pictográficas en donde se constató cierta insistencia en asegurar algunos datos. En primer lugar, el de la aparición de Michoacán de una u otra manera en la historia. Señalar un origen común entre mexicas y tarascos era la segunda constante. Con variantes peculiares, el trasfondo de todas las referencias que insistían en ello era el mismo: o bien los tarascos descendían de los mexicas, o ambos grupos tenían un origen común y habían compartido su peregrinar por tierras norteñas. En caso de tener el mismo origen, habrían sido separados en Michoacán donde los tarascos se enfadaron de tal manera que decidieron habitar el sitio y ser distintos.

Por otra parte se mencionaron referencias como la de Sahagún, quien no hablaba de los mexicas transitando por Michoacán, pero sí mencionaba un grupo 'michuaque' a quien traté de presentar como un grupo de filiación náhuatl. O la de Tello quien

aseguraba que los mexicas estuvieron en Michoacán pero de un origen común, nada señaló.

Analizadas en su momento, las historias de las fuentes, vinculaban de alguna manera a los mexicas con Michoacán. ¿Habría sido esta insistencia en los relatos lo que había motivado a Covarrubias a sugerir las coincidencias estilísticas entre el arte tarasco y el mexica? Dado que el autor se refería a un arte mexica deudor del estilo tarasco desde una período 'primitivo', pocas posibilidades había de que se refiriera a otro momento histórico. Para vincular culturalmente a ambos en una etapa temprana de sus historias, necesariamente tenía que referirse al momento de la migración.

Partí de la idea de señalar como probable un encuentro entre mexicas y tarascos durante el episodio en que los mexicas hubiesen peregrinado en busca de su sitio prometido. La fecha en que podrían haber concurrido, debía ser, obviamente, antes de que las crónicas hicieran aparecer a los mexicas en la Cuenca de México. Según lo referido por Chimalpain, antes del 1200 d.C. Si se piensa en el lapso de tiempo que va de la fecha más tardía dada para la salida de Aztlán, hasta la fecha más tardía dada para el encuentro, resultó claro que los mexicas no podían haberse encontrado a su paso con los uacúsecha plenamente instalados en la Cuenca del lago Pátzcuaro. Se pudo asegurar que de haber existido tal encuentro, los mexicas habrían concurrido con un grupo tarasco, si cabe, recién llegado y en incipiente aculturación con el entorno y con los demás grupos ya asentados en las inmediaciones de Pátzcuaro. Por otra parte, debido a lo fluctuante de los datos cronológicos, también cabía la posibilidad de que los mexicas a su paso por Michoacán, hubieran tenido contacto con gente de habla nahua tal como la Relación de Michoacán indica que existía, o incluso con tarasca no uacúsecha.

Existen serias dificultades para estudiar la migración mexica. La incongruencia de los datos y la forja de una nueva 'conciencia histórica' de la que pudieran estar

orgullosos los mexicas, quizá contribuyó mucho a deformar la realidad pasada. Según Martínez Marín, tras la destrucción de los códices mexicas en tiempos de Izcóatl, se hizo patente la vinculación con grupos destacados como los toltecas y los tarascos. El hecho de que la Relación de Michoacán, la fuente michoacana más antigua, no mencione nada al respecto ni de los tarascos en migración ni de los mexicas en su compañía, quizá indique que para el caso tarasco, el episodio no revistiera la misma importancia que parece haber tenido para aquéllos. En la creación de una 'conciencia histórica tarasca' al parecer, no fue necesario incluir a los mexicas en los relatos históricos y fundacionales.

El principal interés de esta tesis fue contextualizar históricamente las apreciaciones estéticas de Miguel Covarrubias. Establecer la posibilidad de sus afirmaciones, en primer lugar, con base en una investigación de fuentes etnohistóricas cotejadas con cronologías dadas por la arqueología. Y en segundo lugar, mediante la comparación de una selección de piezas tarascas y mexicas, estableciendo las posibles semejanzas entre los objetos presentados

Tras establecer algunos conceptos a lo largo de esta exposición que tienen que ver con la situación contextual de los tarascos de quienes se conserva la mayor cantidad de manifestaciones artísticas, es decir, de los uacúsecha; asimismo, tras haber establecido una cronología que sitúa la historia 'imperial' uacúsecha posterior a un posible paso de los mexicas por Michoacán, quedó aclarado que el momento o la vía mediante la cual los mexicas se podrían haber apropiado de los conceptos del arte tarasco, no era durante una estancia mexicana en Michoacán previa al asentamiento de éstos en la Cuenca de México. No se analizó con detalle otra posibilidad de contacto entre mexicas y tarascos, no porque no exista, sino debido principalmente a que Miguel Covarrubias habló del estilo del arte primitivo mexicana. Este autor, buscó 'lo arcaico' del estilo mexicana al

proponer a lo tarasco como influencia primigenia. Pudimos asegurar también que, con respecto al desarrollo mexicana, a los tarascos no puede considerárseles 'arcaicos', porque se trata de un pueblo con un desarrollo histórico, básicamente contemporáneo al mexicana.

Una de las incógnitas más grandes al respecto de las afirmaciones de Miguel Covarrubias, era entonces, que no mencionaba la posible vía de apropiación de los conceptos de 'forma' y 'volumen' tarascos posteriormente recreados en el estilo mexicana. No sabemos cómo esas 'masas geométricas simples' y las 'formas sintéticas' del arte tarasco pudieron haber influenciado al arte de Tenochtitlan. Sólo conocemos, a través de la sensibilidad del autor, lo que le pareció que el arte mexicana había tomado del arte tarasco.

Se expuso en un tercer capítulo la escultura y la cerámica de la que Miguel Covarrubias pudo haber tenido conocimiento. Siendo que este autor caracterizó acertadamente a la cultura tarasca, descartamos que hubiese podido analizar piezas que no pertenecieran a esta cultura y que comparara equivocadamente un corpus mexicana con uno que no formara parte del arte tarasco.

Establecida esta condición y expuestas las piezas pertinentes, las diferencias estilísticas e iconográficas entre el corpus tarasco y el mexicana, resultaron claras. Sin duda, las 'formas geométricas simples' y los 'bordes cortantes' que menciona Covarrubias refiriéndose a la escultura tarasca, resultan evidentes en ciertos ejemplos como los Chacmool o los Coyotes de Ihuatzio. Sin embargo estos elementos contrastan con el abigarrado contenido iconográfico y las formas redondeadas, no sólo de los Chacmool mexicas de época tardía, sino con el de la mayoría de las expresiones escultóricas mexicas. Asimismo, vimos que la cerámica tardía, claramente la mejor

representante de lo que a la postre, ambas culturas llegaron a representar, indican una concepción del arte muy distinta.

Sin entrar en detalles, es posible afirmar que ambos corpus cerámicos, ni parecen herederos de una misma tradición, ni responden a una misma impronta estilística o iconográfica. Se puede señalar además, que los tipos cerámicos para ambas culturas son muy distintos, es decir, que la cerámica tarasca también difiere profundamente en las posibilidades en que la alfarería mexicana toma forma.

Por lo tanto, la incógnita más grande que se plantea ahora es ¿Cuáles fueron las razones de Covarrubias para relacionar ambos estilos? y ¿Qué rasgos estilísticos tarascos son real y visiblemente comprobables en el arte mexicano?

Las respuestas precisas no puedo darlas, pero con respecto a la escultura, recordemos que Miguel Covarrubias afirmó que “en la formación del arte mexicano, la influencia tarasca se deja sentir en forma de una primitiva escultura ‘cubista’ en piedra volcánica, desarrollada en el concepto arquitectónico de forma como volumen.” Es decir, que el autor habría reconocido la profusión del empleo de formas geométricas en la escultura tarasca y de alguna manera, la habría visto reflejada en el arte mexicano. Someramente puedo suponer que Covarrubias adivinó en la escultura mexicana, una distorsión o una evolución de la escultura tarasca y su arcaico ‘cubismo’: la riqueza geométrica y los bordes cortantes de la escultura tarasca habrían tenido eco en el arte mexicano primitivo, quizá en las “imágenes de madera o de piedra volcánica, representantes de sus humildes antecesores”, a partir de eso, habría tenido lugar una evolución estilística que convertiría a la escultura mexicana en lo que llegó a ser en su época ‘imperial’; pero sin que la escultura tarasca y sus formas, perdieran su importante lugar en la genealogía del arte mexicano.

La creación de sistemas generales y comparativos de conceptos estéticos es el método que, como se indicó y se comprobó, Covarrubias desarrolló en su trabajo antropológico y arqueológico. El autor ha desmenuzado el arte mexica para encontrar los ecos de aquellas culturas que lo constituyeron. Sin embargo, una vez deconstruido su objeto de estudio, se concretó a señalar las formas, la técnica y los símbolos. En mi opinión, a Covarrubias le faltó construir nuevamente: de haberlo hecho quizá tendríamos la respuesta a la pregunta de en qué momento el arte mexica y mediante qué procesos históricos, habría asimilado los elementos constitutivos que él mismo señaló.

Cabe señalar que de nada habría servido únicamente comparar las características formales o iconográficas de cada una de las piezas elegidas en el corpus. Porque existía la posibilidad de que incluso coincidiendo en sus aspectos generales, culturalmente, tarascos y mexicas, poco o nada tuvieran que ver durante sus etapas tempranas. No habría sido éste, más que un ejercicio que corroborara coincidencias visuales. Al respecto es posible asegurar que dicha posibilidad de coincidencias no se hace patente a través de la comparación de un corpus artístico. Y que en efecto, tarascos y mexicas no compartieron significativamente una etapa temprana donde hubiesen existido influencias en un único sentido.

Tras esta pequeña investigación, puede asegurarse que el estilo mexica no muestra la impronta tarasca que Miguel Covarrubias señala. Además de ser bastante disímiles los estilos, históricamente resulta imposible comprobar vínculos o cualquier proceso histórico entre tarascos y mexicas que ayudara a sostener la idea de una tradición escultórica compartida. Sugerir que el arte primitivo mexica bebió de un 'arcaísmo' tarasco es anacrónico. Al parecer, las apreciaciones que Miguel Covarrubias hiciera al respecto no son ni plástica ni históricamente factibles.

Bibliografía.

Fuentes primarias.

Alcalá, Fray Jerónimo de. *Relación de Michoacán*, coord. Moisés Franco Mendoza, Morelia, El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 2000.

Alvarado Tezozómoc, Fernando. *Crónica Mexicana y Códice Ramírez*, anotaciones de Manuel Orozco y Berra, tercera edición, México, Porrúa, 1980.

Alvarado Tezozómoc, Fernando. *Crónica mexicayotl*, tr. del náhuatl de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975 (Primera Serie Prehispánica, 3).

Codex Telleriano - Remensis, Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript, Eloise Quiñones Keber, Hong Kong, University of Texas Press, 1995.

Códice Telleriano - Remensis en Antigüedades de México, basadas en la recopilación de Lord Kingsborough, estudio e interpretación José Corona Núñez, vol. 1, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1964.

Códice Vaticano A. Introducción y explicación de Ferdinand Anders y Maarten Jansen, Graz, Austria, Akademische Druck und Verlagsanstalt - Fondo de Cultura Económica, 1996 (Códices Mexicanos, XII).

Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo. *Séptima relación de las diferentes historias originales*, edición de Josefina García Quintana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.

Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo. *Las ocho relaciones y el memorial de Culhuacan*, paleografía y traducción de Rafael Tena, vol. 1, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998 (Cien de México).

Durán, Fray Diego. Historia de las indias de Nueva España e islas de tierra firme, edición, paleografía, introducción y notas de Ángel María Garibay K., tomo II, México, Editorial Porrúa, 1967 (Biblioteca Porrúa, 37).

Espinosa, Fray Isidro Félix de. Crónica franciscana de Michoacán, apuntamientos bibliográficos de Nicolás León, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas - Morevallado Editores, 2003.

García, Gregorio. Origen de los indios del Nuevo Mundo, estudio preliminar de Franklin Pease G.Y., México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Gilberti Matutino, Vocabulario en lengua de Mechuacan, México, Centro de estudios de historia de México CONDUMEX,

Historia de los mexicanos por sus pinturas, en Mitos e historias de los antiguos nahuas, paleografía y traducciones de Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2002 (Cien de México), p. 15 - 110.

Larrea, Fray Alonso de. Crónica de la orden de N. Seráfico P.S. Francisco, provincia de S. Pedro y S. Pablo de Mechoacan en la Nueva España, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán - Fideicomiso Teixidor, 1996.

Muñoz, Fray Diego. Descripción de la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, en las indias de la Nueva España, Crónica del siglo XVI, introducción de José Ramírez Flores, Guadalajara, Jal., Imprenta Gráfica - Junta Auxiliar Jaliciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1950.

Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán, edición de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1987, (Serie Antropológica, Núm. 74)

Sahagún, Fray Bernardino de. Historia general de las cosas de la Nueva España, introducción, paleografía y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin,

tomo 2, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones - Editorial Patria, 1989 (Cien de México).

Tello, Antonio. Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco, tomo II, volumen 1, paleografía de José Luis Razo Zaragoza, estudio introductorio de Alfredo Corona Ibarra, Guadalajara, Jal., Gobierno del Estado de Jalisco - Universidad de Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1968 (Serie de Historia, 9).

Tovar, Juan de. Historia y creencias de los indios de México, transcripción al castellano moderno de Susana Urraca Uribe, Madrid, Miraguano Ediciones, 2001.

Estudios contemporáneos

Abascal y Macías Rafael, "Miguel Covarrubias, antropólogo" en Miguel Covarrubias, Homenaje, ed. de Lucía García-Noriega y Nieto, Fundación Cultural Televisa, Centro Cultural Arte Contemporáneo - Editorial MOP, 1987.

Acosta, Jorge R. "Exploraciones arqueológicas realizadas en el estado de Michoacán durante los años de 1937 y 1938" en Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, México, III, 1939, p. 85 - 99.

Ahuja, Guillermo. "Algunos comentarios sobre la relación del occidente de México y el altiplano central" en Memorias de la primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro - occidente de México. Querétaro: Centro Regional de Querétaro - INAH, 1988, p. 357 - 361.

Alvarado, José. "Hipótesis sobre la cerámica tarasca" en Artes Plásticas: raíces y frutos de la cultura, núm. 2, dir. Manuel Rodríguez Lozano, verano de 1939, México, p. 67 - 69.

Anders, Ferdinand y Maarten Jansen. Religión, costumbres e historia de los antiguos mexicanos, libro explicativo del llamado Códice Vaticano A, Graz, Austria, Akademische Druck und Verlagsanstalt - Fondo de Cultura Económica, 1996 (Códices Mexicanos, XII).

Arnaud, Charlotte, et.al. Arqueología de las lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México, México, Centre D' Études Mexicaines et Centraméricaines, 1993 (Cuadernos de Estudios Michoacanos, núm. 5).

Ávila Palafox, Ricardo. "Medio siglo de reflexión sobre el Occidente de México" en El Occidente de México en el tiempo: aproximaciones a su definición cultural, coord. Ricardo Ávila Palafox, Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, 1994.

Beals, Ralph L. "The Tarascans" en Handbook of Middle American Indians, vol. 8: Ethnology Part 2, editor general Robert Wauchope, editor del volumen Evon Z. Vogt, Austin, Tx., University of Texas Press Austin, 1969, p. 725 - 767.

Beltrán, Ulises et. al. El Michoacán antiguo, Estado y sociedad tarascos en la época prehispánica, coord. Brigitte Boehm de Lameiras, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 1994.

Binford, Lewis R. En busca del pasado. Traducción del inglés de Pepa Gasull, Barcelona, Crítica - Grupo Grijalbo Mondadori, 1998 (Crítica, Arqueología).

Bonifaz Nuño, Rubén. Escultura azteca en el Museo Nacional de Antropología e Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Brand, Donald. "La región tarasca" en La arqueología en los anales del Museo Michoacano, épocas I y II, comp. Angelina Macías Goytia, coord. Lorena Mirabell, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993 (Antologías, Serie Arqueología) p. 459 - 494.

Burrus S.J., Ernest J. "Religious Chroniclers and Historians: A Summary with Annotated Bibliography" en Handbook of Middle American Indians, vol. 13: Guide to Ethnohistorical Sources Part 2, editor general Robert Wauchope, editor del volumen Howard F. Clive, Austin, Tx., University of Texas Press, 1973, p. 138 -185.

Carot, Patricia. "Arqueología de Michoacán: nuevas aportaciones a la historia purépecha" en Introducción a la arqueología del Occidente de México, México,

Universidad de Colima - Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, p. 443 - 475.

Castro - Leal, Marcia. Tzintzuntzan: capital de los tarascos, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1986.

Chadwick, Robert. "Archaeological Synthesis of Michoacan and Adjacent Regions" en Handbook of Middle American Indians, Vol. 11: Archaeology of Northern Mesoamerica Part 2, editor general Robert Wauchope, editores del volumen 11 Gordon F. Ekholm e Ignacio Bernal, Austin, Tx., University of Texas Press, 1971, p. 657 - 693.

Corona, Eduardo. "Hallazgo arqueológico en Tiristarán" en Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia, núm. 39, marzo de 1970, p. 31 - 33.

Corona Núñez, José. Tres códices michoacanos, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1986 (Biblioteca de Nicolaitas Notables, núm. 31).

Corona Núñez, José. Historia de los antiguos habitantes de Michoacán, desde su origen hasta la conquista española, Morelia, Basal Editores S.A., 1988.

Corona Núñez, José. Mitología tarasca, 5a. edición, Morelia, Mich., Instituto Michoacano de Cultura, 1990.

Covarrubias, Miguel. Arte indígena de México y Centroamérica, tr. del inglés de Sol Arguedas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1961.

Crónicas de Michoacán. Selección, introducción y notas de Federico Gómez de Orozco, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1991 (Biblioteca del estudiante universitario, 12).

Cuéllar, Alfredo. Tezcatzóncatl escultórico, el Chac Mool (El dios mesoamericano del vino), México, Avangráfica S.A., 1981.

Davies, Nigel. El imperio azteca, el resurgimiento tolteca, tr. del inglés de Guillermina Féher, México, Alianza Editorial, 1992.

Duverger, Christian. El origen de los aztecas, tr. del francés de Carmen Arizmendi, México, Grijalbo, 1987 (Colección Enlace).

Enciclopedia de México. Director José Rogelio Álvarez, tomo XIII, México, Secretaría de Educación Pública, 1988.

Faugère - Kalfon, Brigitte. "Venados y hogueras sagradas en la Relación de Michoacán: reivindicación nórdica y construcción del Estado en los pueblos tarascos" en Génesis, culturas y espacios en Michoacán, coord. Veronique Darras, México, Centre Français d' Études Mexicaines et Centraméricaines, 1988.

Faugère - Kalfon, Brigitte. "Algunos aspectos del clásico en el centro - norte de Michoacán" en Arqueología, Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Segunda Época, núm. 7, enero - junio, 1992, p. 39 - 50.

Fisher, Christopher, Helen P. Pollard y Charles Frederick. "Intensive agriculture and socio - political development in the Lake Patzcuaro Basin, Michoacán, Mexico" en Antiquity, núm 73 (1999) p. 642 - 649.

Flores Guerrero, Raúl. Historia general del arte mexicano, época prehispánica, México, Hermes S.A., 1962.

Gamio, Manuel. Álbum de colecciones arqueológicas, seleccionadas y arregladas por Franz Boas, ilustraciones de Adolfo Best, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.

Gali, Ramón. "Arqueología de Tzintzuntzan" La arqueología en los anales del Museo Michoacano, épocas I y II, comp. Angelina Macías Goytia, coord. Lorena Mirabell, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993 (Antologías, Serie Arqueología), p. 429 - 445.

Gendrop, Paul. Compendio de arte prehispánico. México, Trillas, 1987 (Linterna Mágica, núm. 5)

González Rul, Francisco. "la cerámica Postclásica y Colonial en algunos lugares de la ciudad de México y el área metropolitana" en Ensayos de alfarería prehispánica e historia de Mesoamérica, Homenaje a Eduardo Noguera Auza, ed. Mari Carmen Serra Puche y Carlos Navarrete Cáceres, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1988 (Arqueología, Serie Antropológica, núm. 82), p. 387 - 415.

Gutierrez Solana Rickards, Nelly. Las serpientes en el arte mexicana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de humanidades, 1987 (Colección de arte, 40).

Hernández Rivero, José. "Materiales cerámicos en frontera: cerámica tarasca y cerámica azteca - chontal" en Tiempo y territorio en arqueología: el centro norte de México, coord. Ana María Crespo y Carlos Viramontes, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996 (Serie arqueología, Colección científica)

Hers, Marie Areti. Los toltecas en tierras chichimecas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1989 (Cuadernos de Historia del Arte, núm. 35).

Historiografía novohispana de tradición indígena, coord. José Rubén Romero Galván, vol. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003 (Historiografía Mexicana).

Jiménez Moreno, Wigberto. "Historia Antigua de México" en Históricas, boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, edición de Miguel Pastrana, no. 72, sept. - dic., 2005, p. 16 - 35.

Kirchhoff, Paul. "La Relación de Michoacán como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarascas" en Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los

indios de la provincia de Michoacán (1541), transcripción, prólogo, introducción y notas de José Tudela, Madrid, Aguilar, 1956.

La escultura prehispánica de Mesoamérica, Beatriz de la Fuente, et. al., Milán, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones - Jacka Book, 2003, p. 121 - 134.

León Alanís, Ricardo. "Los estudios lingüísticos y etnográficos en Michoacán, siglos XVI y XVII" en Lengua y etnohistoria purépecha, homenaje a Benedict Warren, coord. Salvador Paredes Martínez, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas - Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), 1997 (Encuentros, núm. 2), p. 163 - 178.

León - Portilla, Miguel. "Casi cien años de grandeza del pueblo del sol" en Historia de México, tomo 5, coordinador general de la obra Miguel León - Portilla, México, Salvat, 1986.

León, Nicolás. "¿Cuál era el nombre gentilicio de los tarascos y el origen de este último?" en Anales del Museo Michoacano, tercera época, núm. 2, Morelia, Instituto Nacional de Antropología en Historia, 1990, p. 29 - 32.

López Austin, Alfredo. Tarascos y Mexicas, México, Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas - Fondo de Cultura Económica, 1981 (SEP/80, núm. 4).

López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján. El pasado indígena, México, El Colegio de México - Fideicomiso Historia de las Américas - Fondo de Cultura Económica, 1996 (Hacia una nueva historia de México).

López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján. "Los mexicas y el Chacmool" en Arqueología mexicana, revista bimestral, editorial Raíces - Instituto Nacional de Antropología e Historia, mayo - junio, 2001, vol. IX, núm. 49. p. 68 - 73.

López Sarrelangue, Delfina Esmeralda. La nobleza indígena de Pátzcuaro en la época virreinal, Morelia, Mich, Morevallado Editores, 1999.

Matos Moctezuma, Eduardo (coord). Trabajos arqueológicos en el centro de la Ciudad de México, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990 (Antologías. Serie Arqueología).

Macías Goytia, Angelina. "La arqueología en Michoacán" en La antropología en México, Panorama histórico. La antropología en el occidente, el Bajío, la Huasteca y el oriente de México, coord. Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988 (Biblioteca del INAH, núm. 13), p. 89 - 132.

Malmström, Vincent. "Geographical origins of the tarascans" en Geographical Review, vol. 85, núm. 1, enero, 1995, (Versión PDF).

Marquina Ignacio, Arquitectura prehispánica. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.

Martínez Marín, Carlos. "Historiografía de la migración mexicana" en Estudios de Cultura Náhuatl, Vol. XII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, p. 121 - 135.

Martínez Marín, Carlos. "Peregrinación de los mexicas" en Historia de México, Tomo 4, coordinador general de la obra Miguel León - Portilla, México, Salvat, 1986, p. 693 - 708.

Mendieta y Nuñez, Lucio et. al. Los tarascos: monografía histórica, etnográfica y económica, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1940.

Muriá, José María, La historiografía colonial, motivación de sus autores, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones - Facultad de Filosofía y Letras, 1981 (Colección Opúsculos/ Serie Investigación).

Navarrete, Sylvia. Miguel Covarrubias, artista y explorador, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Ediciones Era, 1993 (Galería, Colección de arte mexicano).

Noguera Eduardo, Cultura tarasca, México, ediciones encuadernables El Nacional, 1942 (Biblioteca del Maestro, no. 24).

Noguera, Eduardo. La cerámica arqueológica de Mesoamérica, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, segunda edición, 1975.

Noticia histórica acerca del estado de Michoacán, s. autor, México, Secretaría de Educación Pública, 1946 (Biblioteca Enciclopédica Popular, 107)

Obregón Rodríguez, Ma. Concepción. "La zona del altiplano central en el Postclásico" en Historia Antigua de México. Vol III: El horizonte Posclásico y algunos aspectos intelectuales de las culturas mesoamericanas, coord. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia - Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas - Miguel Ángel Porrúa, 1995, p. 265 - 303.

Olay, María de los Ángeles. "El Occidente Mesoamericano" en Descubridores del pasado en Mesoamérica, México, Editorial Océano - Antiguo Colegio de San Ildefonso, Dirección General de Ediciones - Turner Publicaciones, 2001, p. 197 - 224.

Olay, María de los Ángeles. "El Occidente, una historia en construcción" en Introducción a la arqueología del Occidente de México, coord. Beatriz Braniff Cornejo, Colima, Universidad de Colima - Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes /Instituto Nacional de antropología e Historia, 2004 (Colección Orígenes) p. 43 - 78.

Oliveros, José Arturo. Síntesis cultural del estado de Michoacán, informe 15 - 46 del Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Pastrana Flores, Miguel. Arte tarasco, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999 (Círculo de Arte).

Pastrana Flores, Miguel. "Códices anotados de tradición náhuatl", en Historiografía novohispana de tradición indígena, coord. José Rubén Romero Galván, volumen I, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2003. (Historiografía Mexicana).

Pasztory, Esther. "Antecedentes" en Aztecas, coord. Eduardo Matos Moctezuma y Felipe Solís, catálogo de la exposición "Aztecs" en la Royal Academy of Arts, Londres 16 de nov. 2002 - 11 de abril 2003, s.l., Turner - Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002.

Piña Chan, Román. Los Olmecas, la cultura madre, Turín, Lunwerg Editores - Jaca Book, 1990.

Piña Chan, Román. "El lienzo de Jucutácato o Xiuquillan" en Los arqueólogos frente a las fuentes, comp. Rosa Brambila y Jesús Monjarás-Ruiz, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, p. 214 - 215 (Colección Científica, núm. 322).

Piña Chan, Román y Oi Kuniakí. Exploraciones arqueológicas en Tingambato, Michoacán, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982.

Pollard, Helen. Proyecto desarrollo del estado tarasco: los señoríos Urichu, Xaracuaro y Pareo, cuenca de Pátzcuaro, 1990 - 1998, informe final, tomo 3: la cerámica. Informe técnico no publicado del archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Pollard, Helen. Tariatari's legacy: The Prehispanic Tarascan State, Oklahoma, University of Oklahoma Press - Norman and London, 1993 (The civilization of the American Indian Serie).

Pollard, Helen. "Proyecto: Los señoríos Urichu, Xaracuaro y Pareo: un método para investigar el desarrollo del Estado tarasco" en El Occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas, Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara - Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación (ORSTOM), 1998, p. 211 - 220.

Pollard, Helen, et.al. "las élites, el intercambio de bienes y el surgimiento del área nuclear tarasca, análisis de la cerámica de la cuenca de Pátzcuaro", traducción del inglés de Eduardo Williams, en Estudios cerámicos en el Occidente y Norte de México, ed. Eduardo Williams y Phil C. Weigand, Zamora, Mich., el Colegio de Michoacán - Instituto Michoacano de Cultura, 2001, p. 289 - 309.

Poniatowska, Elena. Miguel Covarrubias, vida y mundos, México, ediciones Era, 2004.

Romero Galván, José Rubén. "La Crónica X" en Historiografía novohispana de tradición indígena, coord. José Rubén Romero Galván, volumen I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003. (Historiografía Mexicana).

Roskamp, Hans, "El carari indígena y las láminas de la Relación de Michoacán: un acercamiento", en Relación de Michoacán, coord. Moisés Franco Mendoza, Morelia, El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 2000, p. 235 - 264.

Roskamp Hans, "La metalurgia prehispánica y colonial en Jicalán, Michoacán, México: una prospección arqueológica", Informe Presentado a FAMSI: Fundación para el avance de los estudios Mesoamericanos, Inc., 2003 [en línea] disponible en <http://www.famsi.org/reports/02011es/section01.htm> [Consultado el 10 de diciembre de 2006].

Ruiz, José Fabián. Los antiguos michoacanos, visión de la prehistoria a la conquista hispana. Morelia, s. editorial, 1987.

Sánchez, Gerardo. "Viejos y nuevos estudios sobre el Michoacán prehispánico" en Historiografía michoacana: acercamientos y balances, coord. Gerardo Sánchez y Ricardo León Alanís, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas - Morevallado Editores, 2000, p. 49 - 56.

Schöndube B. "El occidente, tierra de ceramistas" en México en el mundo de las colecciones de arte. México, Secretaría de Relaciones Exteriores - Universidad Nacional Autónoma de México - Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

Šégota, Dúrdica. Valores plásticos del arte mexicana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1995 (Estudios de arte y estética, núm. 22).

Sejourné, Laurette. Arqueología e historia del valle de México: de Xochimilco a Amecameca, México, Siglo Veintiuno Editores, 1983.

Sejourné, Laurette. Arqueología e historia del valle de México, 1. Culhuacán, México, Siglo Veintiuno Editores, 1991.

Seler, Eduard. "Los antiguos michoacanos", introducción, corrección y notas de Francisco Miranda, traducción del alemán de Erika Krieger en Relación de Michoacán, Coord. Moisés Franco Mendoza, Morelia, Mich., El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 2000, p. 139 - 234.

Siméon, Rémi. Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana, tr. del francés de Josefina Oliva de Coll, México, Siglo Veintiuno Editores (América Nuestra , núm. 1).

Solís, Felipe. Tesoros artísticos del Museo Nacional de Antropología, México, Aguilar, 1991.

Solís, Felipe y Ángel Gallegos. "Arte funerario en el occidente de México en la época prehispánica" en Correo del Maestro, núm. 42, nov. 1999, [en línea] disponible en <http://www.correodelmaestro.com/anteriores/1999/noviembre42/artistas42.htm> [consultado el 3 de dic. de 2006].

Solís, Felipe y Ángel Gallegos. "Tariácuri, fundador del reino de Michoacán" en México Desconocido, fascículo Pasajes de la historia, núm. 8, enero 2003. [en línea] disponible en <http://www.mexicodesconocido.com.mx/espanol/historia/prehispanica/detalle.cfm?idc=1&idsec=1&idsub=11&idpag=4004> [consultado el 17 de diciembre de 2006].

Solís Chávez, Laura Eugenia. Una visión del Michoacán prehispánico, Morelia, Editorial Quadri - Casa de la Cultura de Morelia - Instituto Michoacano de Cultura, s.f.

Starr, Frederick. "Stone images from Tarascan territory, Mexico" en *American Anthropologist*, 10, núm. 2, 1897, p. 45 - 47.

Swadesh, Mauricio. Elementos del tarasco antiguo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1969 (Serie Antropológica, 11).

Swadesh, Mauricio. "Lexicostatistic classification" en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 5: Linguistics, Robert Wauchope editor general, Norman A. Mcquown editor del volumen, Sn. Antonio Tx., University of Texas Press Austin, 1967, p. 79 - 103.

Todorov, Tzvetan. La conquista de América, la cuestión del otro, México, Siglo Veintiuno Editores, 1987.

Toscano, Salvador. Arte precolombino de México y de la América Central, ed. Beatriz de la Fuente, prólogo Miguel León - Portilla, tercera edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1970.

Vega Sosa, Constanza. Forma y decoración en las vasijas de tradición azteca. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia - Secretaría de Educación Pública, 1975 (Colección científica, Arqueología, 23).

Warren, J. Benedict. La conquista de Michoacán 1521 - 1530, tr. del inglés de Agustín García Alcaraz, Morelia, Mich., Fimax Publicistas, 1989 (Estudios Michoacanos, VI).

Warren, J. Benedict. "Fray Jerónimo de Alcalá, autor de la Relación de Michoacán" en *Relación de Michoacán*, coord. Moisés Franco Mendoza, Morelia, El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado de Michoacán, 2000, p. 37 - 56.

Weigand, Phil C. "Rerum novarum: el mito de Mexcaltitán como Aztlán" en *Arqueología del occidente de México*, coordinadores Eduardo Williams y Robert Novella, Zamora,

Mich., El Colegio de Michoacán, 1994, p. 363 - 381.

Westheim, Paul. La cerámica del México antiguo, fenómeno artístico, trad. del alemán de Mariana Frenk, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1962 (Colección de Arte, 11).

Westheim, Paul, Alberto Ruz, Pedro Armillas, Ricardo de Robina y Alfonso Caso. Cuarenta siglos de plástica mexicana, coord. de Román Piña Chan, Verona, Editorial Herrero S.A., 1969.

Williams, Eduardo. Las piedras sagradas: Escultura prehispánica del occidente de México, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, 1992.

Williams, Eduardo. "El antiguo Occidente de México: un área cultural mesoamericana" Informe Presentado a FAMSI: Fundación para el avance de los estudios Mesoamericanos, Inc., 2003 [en línea] disponible en <http://www.famsi.org/spanish/research/williams/> [Consultado el 11 de mayo de 2006].